
This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google books

<https://books.google.com>





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

WIDENER



HN L91M 7

500 537,35



HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

DORA MAYER

ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

TOMO I

PREMIO DE ESTIMULO

EDICION OTORGADA

POR EL

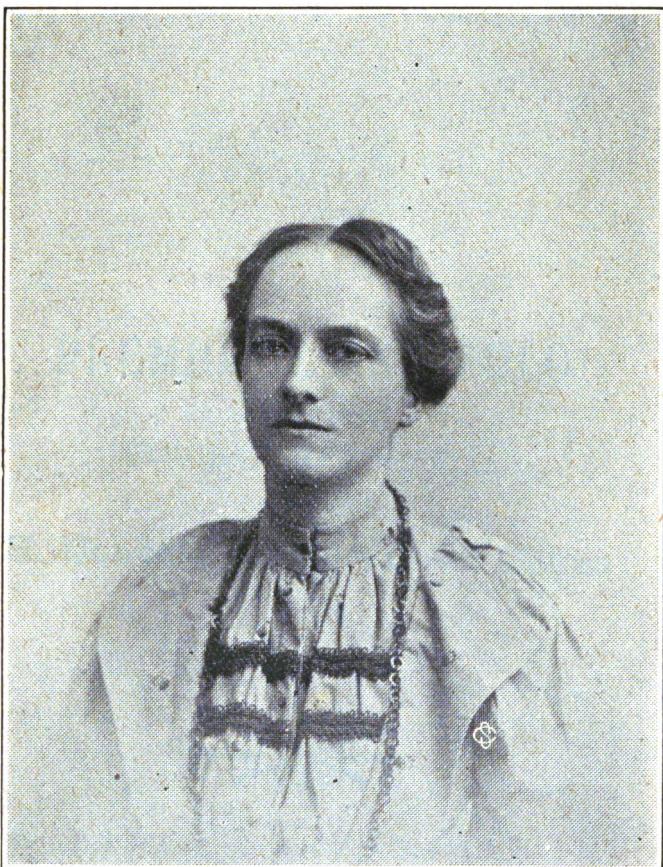
H. Concejo Provincial del Callao



1907

IMP. DEL H. CONCEJO PROVINCIAL

CALLAO



DORA MAYER.

DORA MAYER *Indígena*
La autora
ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

TOMO I

PREMIO DE ESTIMULO

EDICION OTORGADA

POR EL

H. Concejo Provincial del Callao



1907

IMP. DEL H. CONCEJO PROVINCIAL

CALLAO

Soc 537.35

28

CUATRO PALABRAS

Timbre de legítimo orgullo para el H. Conejo Provincial del Callao es la aparición de este libro, que responde á un ideal muy elevado de mejoramiento y de vida.

Dora Mayer es una escritora notable. Su labor intelectual se recomienda por sí misma. Es la obra de un corazón nobilísimo unido á un talento de primer orden. Nada hay en ella que no sea digno de encomio. A una vasta cultura eminentemente científica, une Dora Mayer un espíritu observador y un criterio analítico sutilísimo. Solo su edad no está en relación con la madurez de su juicio. A pesar de no haber cumplido aún los 35 años y de ser de contextura aparentemente muy delicada, trabaja mucho y su producción es tan fecunda como nutrita. Con lo que ha escrito hasta ahora tiene ya para publicar varios tomos y no de tan reducidas páginas como éste.

Aunque nacida en Hamburgo, alemana de origen, Dora Mayer es peruana de corazón. Radicada en el Callao desde niña, sus aficiones más caras están en el Perú. Sus primeros ensayos literarios los hizo en inglés y en alemán. Escribió una novela de costumbres peruanas, "Der Cosmopolit", que conser-

— II —

va inédita, y una obra de índole distinta, "A Life Contrast" dada á luz en Hamburgo en 1895.

Publicó aqui su primer artículo, en "El Comercio" de Lima, á fines de Octubre de 1900.

Dorá Mayer recuerda siempre con cariño la afectuosa acogida que le hizo don José Antonio Miró Quesada, redactor de ese diario, al presentarse ella misma y ofrecerle, tímidamente, acompañada de su señor padre, D. Anatol Mayer, aquel bello fruto de su inteligencia. Desde entonces, ha colaborado sin descanso en casi todos nuestros diarios y revistas, que tienen á honra contar con el valioso contingente de su pluma. Actualmente es corresponsal de varios periódicos extranjeros, á los cuales lleva un eco de nuestra patria, por cuyo bienestar y progreso se interesa vivamente.

Los artículos que contiene el presente volumen son en su mayor parte conocidos de nuestro público.

El H. Concejo Provincial del Callao no ha querido sino reconocer el mérito de la escritora y contribuir á propagar sus ideas. Romper de una vez con el pasado. Por que hay que reaccionar de algún modo. Acostumbrados como estamos á celebrar el aniversario nacional con jolgorios de bajo pueblo, sin ninguna manifestación culta que levante el espíritu, que signifique un adelanto, no es extraño que haya llamado la atención de algunos espíritus suspicaces ó mal humorados este propósito sano de premiar á un escritor, en conmemoración del día clásico de la patria, con una pequeña edición de sus obras.

Pero el hecho, al fin, se ha realizado. Los que se enojen de hombros, los que no saben ó no quieren apreciar las buenas acciones, no tienen corazón ni son honrados. El deber de las Instituciones es propender al adelanto de todo lo bueno. Hay que enaltecer á los que escriben, á los que luchan, á los que piensan,

— III —

há los que trabajan, en una palabra, por que solo así se consigue el engrandecimiento y el bienestar de los pueblos. ¡Ojalá siempre quisiesen las instituciones abrir campo á la inteligencia y reconocer el mérito de los escritores! Ojalá tratasesen ellas de contribuir si quiera en parte á la difusión de sus más nobles ideas! Por desgracia, en nuestro deplorable medio ambiente, pocos son los que proceden con amplitud de miras y los que posponen su interés particular á los grandes intereses generales. Los más lo subordinan todo á un fin enteramente mezquino. Aplaudir á un escritor, ¡qué crimen! Arrancar cuatro centavos del dinero destinado á envilecer al pueblo con fiestas tan inútiles y vulgares como la llamada *noche buena* v. y g. (y que no es en suma sino la incitación á la crápula, y al desenfreno) para conseguir la publicación una obra como la que motiva estas líneas, ¡qué temeraria injusticia! ¡El regocijo del pueblo posponiéndose á una mera disquisición literaria! ¡La labor del pensamiento regateando sus dineros al vicio!.....

Así se razona, así se piensa, por desgracia, entre cierta gente, que forma opinión á veces y que suele imponerse, haciendo gala de sinceridad y honradez; esto es de lo único de que verdaderamente carece.

Pero dejemos á un lado estas reflexiones que puede llevarnos muy lejos, y sigamos adelante.

Dice Lamartine en sus "Nuevas Confidencias", hablando de Madame Staél: "Amaba todo porque todo lo comprendía. Era también amada universalmente por que sus opiniones no habían sido jamás odios sino entusiasmos. Esos entusiasmos eran la temperatura natural de su corazón y de su palabra".

Pues bien; en Dora Mayer pasa algo semejante. Ama todo por que todo lo comprende y de todo

— IV —

habla con verdadero entusiasmo. En su corazón no tiene cabida el egoismo. Es superior á su medio. Sus escritos encierran grandes verdades. No escribe por complacer sino para ser útil, para enseñar.* No divaga; estudia, razona; no dogmatiza; analiza, convence. Poco ó nada se cuida de su estilo. Su sintaxis no es tal vez de las mejores, pero, en el fondo ¡qué riqueza de pensamiento acumulado en todo lo que escribe; qué penetración tan honda de la vida en todo lo que ilumina con el poderoso reflejo de su talento y de su pluma!

Su obra es de aquellas que no se destruye fácilmente. Todo en ella es sólido y estable. Tiene la consistencia del hierro. Cada palabra suya es una enseñanza; cuando mueve la pluma es para expresar una idea. Su filosofía no empequeñece ni desanima; por el contrario, fortifica y eleva. Crée en el progreso y no desespera de nada. Tener fé en el porvenir es lo que la hace feliz en el mundo. Para ella todo es realizable; todo es digno de atención y de estudio. En un átomo insignificante se encierran los gérmenes de la vida.

Analizando la doctrina de Darwin, protesta de la repugnancia que sienten algunos con respecto á su descendencia del mono y exclama: “¿Porqué ese encarnizamiento contra los animales? ¿Qué funciones materiales tienen ellos que no tengamos nosotros también? Desprovistos de las carnes que nos adoran y reducidos á esqueletos, nos parecemos íntimamente á los monos y solo diferimos en ciertos detalles, de los perros, focas y hasta de los murciélagos” y agrega: “Estudiemos el carácter de los animales domésticos que nos acompañan y encontraremos allí las mismas cualidades, las mismas pasiones que son propias del alma humana” y termina “La teoría de Darwin, lejos de rebajar la dignidad humana,

“enaltece el mérito del mundo entero y establece una “ley de progreso é inmortalidad igual para todos los “seres”.

La ciencia inspira siempre las doctrinas de Dora Mayer. La verdad le sirve de fundamento. No quiere decir esto que Dora Mayer carezca de imaginación ni que deje de sentirse á veces impulsada por ideales al parecer irrealizables. A nuestro juicio, existe en ella, dos naturalezas distintas que se complementan sin embargo: la del soñador que todo lo vé color de rosa, que abriga plena confianza en un porvenir venturoso y la del pensador que indaga y se nutre de la realidad de la vida y sus miserias y trata de sobreponerse á ellas, poetisándolas acaso, para hacer mas atrayente su observación y su estudio.

De esa dualidad singularísima nace el verdadero carácter de la obra de Dora Mayer. Sus sentimientos generosos, su naturaleza delicada la obligan á condolerse de las desgracias humanas y, de ese fondo de eterna tristeza, que es el germen fecundo de la existencia, brotan sus páginas vigorosas y proféticas, en las que encierra grandes dosis de compasión por el hombre y un deseo infinito de bienestar para el mismo.

De ahí su abnegada y tenaz campaña en favor del indio, que es de lo más noble y desinteresado que hemos visto. Con una voluntad férrea, con una inquebrantable fé en el destino de aquellos desheredados, se convierte en el paladín mas resuelto y poderoso de su causa y combate sin tregua por ellos, satisfaciendo así una de las mas legítimas aspiraciones de su alma.

A los que niegan ó ponen en duda la regeneración del indio les contesta: “Negamos á la raza criolla la competencia de formar por si sola un estado. “Falta en ella la facultad laboriosa mientras que sobra la meditativa. Nadie discutirá la verdad de

“que la cabeza es una parte más noble del cuerpo humano que los brazos y los piés, pero, sin embargo, á que condición tan triste sería reducido un individuo si se le dejara solo el cerebro, privándolo de las extremidades” y agrega: “La regeneración del indio se impone como un medio de salvación ante el diluvio que viene; (alude al peligro yanke) la regeneración del indio debe ser para nosotros el problema palpitante del día, como en Inglaterra lo es el proyecto de Chamberlain”, (1) y concluye: “Sírvanos el caso de los japoneses, modernizados de la noche á la mañana y admitidos en el concierto de las potencias, como ejemplo de una raza inferior que defiende su patria y sus fueros con aptitud perfecta. La raza indígena que al estar bien dirigida, habría podido romper la espada de Pizarro, puede todavía decir; ¡alto! á los imperialistas del siglo XX.”

Su lógica es inflexible. Su propaganda, activísima. No pide, no quiere, no desea sino justicia. El indio, entre nosotros, es poco menos que una bestia. Pues bien; tiempo es ya de que cesen sus sufrimientos, de que no le miremos solamente como objeto de explotación y de lucro. A otros tiempos, otros hombres, otras costumbres. Seamos más humanos; menos injustos. Principiemos por amar nuestra raza. No maldigamos nuestro origen; no echemos lodo sobre nuestro pasado, que es todo un pasado de esplendor y de grandeza. Si el indio se humilla y nos detesta es por que le tenemos abituado á la esclavitud y no empleamos con él sino el palo y el látigo. Su abyección es la nuestra. Es la víctima de nuestros vicios. Reconozcámole sus derechos y virtudes. Seamos prácticos. Antes que en el chino que nos debilita y envilece pensemos en el indio que tra-

(1).— Esto fué escrito en 1903.

— VII —

baja y puede constituir un día la base de nuestra futura riqueza.

He ahí lo que Dora Mayer piensa y siente con relación á esa raza, que es la nuestra, y sobre la cual pesa el dolor y el aprobio, acumulados en trescientos años de servidumbre y de violencia

Sensible es que en este volumen no se publique todo lo que Dora Mayer ha escrito sobre tema tan importante.

Así como la ilustre escritora española, Concepción Arenal, se consagró en lo absoluto al apostolado de la desgracia, y en las cárceles encontró la fuente en que bebía sus inspiraciones nobilísimas; así, Dora Mayer, con la misma constancia y no menos talento, parece haber abrazado la causa de los indígenas, y en ella tiene hoy cifradas sus mas bellas esperanzas porque abriga el convencimiento de que la razón se abre paso y de que—tarde ó temprano—sobre todas las conveniencias, siempre impera la justicia!

“No es la suerte la que reparte en el mundo de “rrotas ó victorias; desgracias ó fortunas”; dice: “es la voluntad del hombre la que labra su porvenir” y, segura de este principio, no desconfía de alcanzar el triunfo.

Inútil me parece decir que no me he propuesto aquí seguir á Dora Mayer en todas las faces de su pensamiento ni hacer un estudio crítico, por somero que fuese, de la portentosa labor intelectual á que ella se consagra asiduamente.

Mi osadía no llega á tanto. Para ello necesitaría tener dotes de que absolutamente carezco. Expongo sus ideas, reconozco su mérito, aplaudo sus iniciativas generosas y la admiro sinceramente.

Eso me basta.

En su obra se descubre la influencia de los pensadores alemanes è ingleses.

— VIII —

Su lectura me produce el mismo efecto que la de Emerson: es tan sustanciosa que al par que nutre parece robarle á uno el aliento. Hay que fijar mucho la atención en lo que dice. Sujiere siempre mas de lo que expresa. No puede leérsele de corrido. Ahonda tanto, entra tan de lleno en las cosas de la vida, que su visión óptica más se asemeja á un telescopio que á una luna de aumento. Los mas complicados problemas de nuestra época los aborda con tal fuerza de argumentos, con tan profundo espíritu crítico, que parece abrir nuevos senderos á la inteligencia y descubrir sus secretos á la naturaleza. La sociología es su musa predilecta.

La rigidez de sus costumbres, su método de trabajo, son de aquellos que no se ven en nuestros tiempos.

Idólatra de la moral, sigue sus principios al pie de la letra, y en su vida tranquila de trabajo incesante y de austero recojimiento, se muestra alejada de una sociedad á cuyo estudio se dedica y en cuyo seno encuentra no solo virtudes que enaltecer y errores que corregir, sino faltas que se vé en la dura necesidad de condenar.

De trato agradabilísimo, de maneras enteramente cultas, tolerante é ingénua, con esa ingenuidad sana y benévolas de las almas superiores, deleita hablar con ella y se siente una fruición y un encanto indecibles al oirla expresarse como se expresa. No conoce la afectación ni se deja llevar por las apariencias. Es sana de alma y cuerpo. Solo los Domingos recibe en su casa. En los demás días, su tiempo es escaso para dedicarlo á otra cosa que á trascribir al papel sus ideas. Sostiene correspondencia con grandes pensadores americanos y europeos. Es tenaz é infatigable. Hasta en su modo de caminar y de hablar pone de manifiesto la agitación en que vive y la acti-

vidad que desplega en todos sus actos.

De nuestra, raza cálida é impresionable, posèe el brillo de la imaginación, aun que conserva en toda su plenitud la severa concepción y la solidez de pensamiento de la patria de Kant.

En sus escritos resplandece siempre una serenidad de juicio y una elevación de concepto que entre nosotros no se ve por lo regular. Es una mujer superior. El Perú no ha tenido cerebro de mujer mejor organizado que el de ella, sin excluir á Clorinda Mato, á Trinidad Henríquez y á Mercedes Cabello—la infortunada pensadora—á las que puedo citar como ejemplo.

Su modestia no tiene límites. Cuando habla trata de disimular lo que sabe. Quiere enseñar pero sin vana jactancia, sin hacerse sentir. Su conversación instruye y alienta. De sus labios no sale jamás una frase de desfallecimiento. Un rasgo que retrata su carácter es el de haber rechazado alguna vez el dinero que se le ofrecía por sus escritos, viendo peligrar su independencia. No; eso, nunca. Su libertad no tiene precio. Ella es la única dueña de todos sus actos y no conoce mas poder que el de la inteligencia.

Cosa notable. Esta mujer que sabe tanto, que escribe tan bien, que lleva en el cerebro otro taller como el de Vulcano, en que forja los más admirables *tours de force* de la inteligencia, no ha tenido otro maestro ni ha recibido mas lecciones que la de su sabia y buena madre.

En Dora Mayer no caben claudicaciones. Lo que ella juzga bueno lo defiende á todo trance. No vacila ni teme. Expone y juzga; aplaude ó condena. Es firme en sus convicciones y tenaz en sus propósitos. A este respecto, pocos son los que podrían aventajarle entre nosotros.

— X —

Pero debo poner fin á este trabajo. Y lo hago contra mi gusto. ¡Es tan agradable tratar de algo bueno, y noble y sano y superior en el mundo! Se sufre á veces tanto con las miserias humanas, que hay momentos en que se siente uno feliz hablando de temas como estos, y en que no aspira uno sino á pensar en cosas ignotas, á vivir en regiones elevadas, apartándose de todo aquello que nos causa daño, que nos hace sufrir para tener el derecho de exclamar con Maeterlinck: "Levantad los ojos, ved lo que sois; mirad lo que haceis; no es aquí donde vivimos; es allá arriba donde nos encontramos."

Remigio B. Silva.

Secretario del H. Conejo Provincial.

Callao, Julio 28 1907.



EL GENESIS CIENTIFICO.

Las verdades con que nos han obsequiado algunos científicos eminentes en los ramos de la astronomía, sociología, biología, bacteriología, microscopía y química, aún no son propiedad del pensamiento de las masas. Los miembros más cultos de la sociedad están dominados por impresiones incorrectas respecto al mundo exterior, y solo por un esfuerzo excepcional de la imaginación logran representarse las circunstancias y las proporciones de las cosas tales como realmente son.

¿Quién se siente navegar en este pequeño barco cual es la tierra, entre los infinitos y enormes cuerpos del universo? ¿Quién palpa esa incesante e imponente actividad que lo rodea en la esfera microscópica?

Vamos á concretarnos á un solo punto en este artículo. Estamos al fin del siglo XIX, y aún las personas se indignan cuando se dice que los seres humanos pueden ser descendientes de los monos.

Allá por el año de 1859 el célebre Darwin dió un nuevo rumbo á los estudios fisiológicos, y tuvo de-

recho para hacerlo, porque sus argumentos eran el resultado de una serie de observaciones prácticas y asiduas. Sin embargo, el hombre, orgulloso, se rebeló contra la idea de un probable parentesco con los animales, que emanó de las reseñas proporcionadas por el naturalista inglés.

¿Porqué ese encarnizamiento contra los animales? ¿Qué funciones materiales tienen ellos que no tengamos nosotros también? Desprovistos de las carnes que nos adornan y reducidos á esqueletos, nos parecemos intimamente á los monos, y solo diferimos en ciertos detalles, de los perros, focas, y hasta de los murciélagos. Estudiemos el carácter de los animales domésticos que nos acompañan y encontraremos allí las mismas cualidades, las mismas pasiones que son propias del alma humana. El engreimiento con que se deja acariciar el gato, el amor propio del caballo, el sentimiento moral del perro, nos son inteligibles porque la capacidad de sentir todos esos efectos los poseen ellos del mismo modo que nosotros. La división de labor, en la cual se basa la vida social de los hombres, impera también en un nido de hormigas; el amor materno agita el pecho de la paloma y se muestra en la idolatría por su prole que tiene la mona. Los pájaros que cantan á la salida del sol, están animados por un gozo instinctivo como el poeta que se inspira con la armonía de la naturaleza.

Le agradeceríamos á la persona que nos indicara una emoción experimentada por el hombre, que no se vislumbre en la vida de los animales, ó una sensación revelada por los animales que no tenga su equivalente en nuestra propia experiencia.

Los animales son seres de un tipo igual al nuestro, entonces por qué protestar con tanta vehemencia cuando se trata de echar abajo la mística barrera que la doctrina ha erigido entre hombres y bestias?

¿Acaso es mucho menos denigrante el tener fraternidad de raza con un indio caníbal que con un mono chimpancé? Y para hacer otra prueba, indaguemos cómo y cuáles fueron los fundadores de las familias modernas que vivieron en épocas atrasadas de la historia. Mientras más recorremos un árbol genealógico en escala retrógrada, hallamos á nuestros progenitores menos ilustrados, penetrados del ambiente social de sus respectivas épocas. El aumento de la civilización hace que el nieto tenga hábitos siempre más refinados é ideas más amplias que el abuelo, distinguiéndose las generaciones de un modo más marcado mientras más distan entre sí al través de los siglos.

Nuestros primeros antepasados representan una época de completa ignorancia, como lo indican no solamente el sentido común, sino las huellas que de su existencia han dejado en las capas minerales. En una era que data cincuenta mil años antes que la actual, la superioridad del hombre no fué tanta que desdijera de su origen de las razas animales.

Los primeros ejemplares del orden antrópido fueron individuos sin gracia en sus movimientos, no poseían idioma; vagaban por la tierra sin más objeto que el de satisfacer simples apetitos, y tenían que buscar refugio en las cavernas y sobre los árboles. Esos seres, en sus ocupaciones poco se distinguieron de las fieras; las mujeres en sus cuidados maternales se asemejaban á todas las demás hembras que habitaban las selvas vírgenes; los hombres con sus pasiones se parecían al toro ó al venado celoso. Si la cantidad de las circunvalaciones del cerebro expresa la cualidad intelectual de un individuo, ¿qué simples no habrían sido los cerebros de los primeros hombres para corresponder á la escaséz de sus pensamientos?

Por más realce que haya tomado la civilización, debemos recordar lo que fué la humanidad en su in-

fancia, y cuáles fueron los primeros triunfos del ingenio humano, cuando el saber estuvo aún naciente.

En cualquier ramo de la ciencia en que se traza el curso de una evolución, los últimos resultados guardan poca semejanza con sus pequeños principios.

No hay por cierto mayor distancia moral entre un salvaje paleolita y las fieras, como entre aquel y un Galileo, un Victor Hugo, un Spencer. El contraste entre hombres y animales que hoy parece tan grande, no es suficiente motivo para negar que ha habido continuidad genérica entre aquellas dos categorías de seres.

¿De donde ha salido la especie humana sino de los organismos inferiores? Se sabe por la ciencia moderna que en antiguas épocas geológicas, el ser humano no existió, y que solo hizo su aparición en un período determinado. ¿Cómo pues se presentó sobre la tierra el primer hombre? Fué él una criatura débil, sin padres que lo cuidaran, ó un milagro, un hombre adulto caido del cielo?

En tiempos históricos, cada individuo que encontramos tiene sus progenitores, y si el primer hombre los tuvo, lo único lógico es que serían miembros de alguna familia de mamíferos que entonces vivieron, ya fuesen monos ó monos-hombres.

Es indudable que á los brutos debemos en resumen nuestra condición física y social. Quitando las causas en que se fundan los característicos del ser humano, es decir eliminando las tendencias heredadas y las enseñanzas preparadas, el hombre no tendría cerebro potente ni estructura compleja. Cada esfuerzo hecho por cualquiera de los animales, cada hemoción despertada en un organismo ínfimo, impulsó adelante la naturaleza que crió generaciones cada vez más hermosas, hasta que se produjo la forma humana. Si en años remotos los seres marinos no hubieran aprendido

gradualmente á respirar aire y moverse sobre la tierra firme, no habrían nacido generaciones terrestres, ni por consiguiente seres tan adaptables á todas las condiciones naturales como lo es el hombre. Si las energías y los talentos de los mamíferos no se hubiesen estimulado durante la ardua lucha por la existencia, no habría surgido una raza inteligente y racional como la humana.

En fin, si fuese posible convencer á los incrédulos de que nuestra procedencia de las bestias es un hecho, todavía nos preguntarían: «¿Y que se gana con esa teoría que choca con nuestras tradiciones altivas sea una verdad? Felizmente salvamos la época en que hubo proximidad física é intelectual entre los hombres y los brutos; hemos borrado con miles de siglos la infancia ignominiosa de la humanidad y hemos puesto una inmensa distancia moral entre nosotros y los seres irracionales. ¡Séanos permitido considerarnos como hijos de los hombres y no se empeñen tanto en legitimarnos como herederos de los monos!»

Nosotros contestamos que se ganará infinitamente cuando la teoría de Darwin sea aceptada por el público en general.

La teoría que con verdadero entusiasmo defendemos, tiene una inmensa fuerza moralizadora, porque enseña el respeto hacia los animales, á quienes muchos suelen mirar como viles instrumentos del hombre. ¿Cómo despreciar á aquellas generaciones humildes, de las cuales la nuestra es nada más que una continuación? ¿Cómo creer que el espíritu de los animales se evapora y se convierte en la nada, cuando indudablemente aspira á los mismos destinos que el alma humana?—La teoría de Darwin, lejos de rebajar la dignidad humana, enaltece el mérito del mundo entero y establece una ley de progreso é immortalidad igual para todos los seres. En la naturale-

za lo diminuto es importante porque es gérmen de lo colosal, y los hechos más pasajeros se perpetúan en consecuencias infinitas.

Noviembre de 1900.

LA FILOSOFIA DE LA POLITICA MODERNA

¡El siglo XIX se burla de cualquiera aureola con que hubiesen querido ceñirlo los poetas y los idealistas! Con el mayor cinismo ostenta en sus últimas páginas las escenas del proceso Dreyfus al lado de la fé patriótica de Zolá y la guerra en Sud Africa junto á las conferencias de paz de la Haya.

Aún no se ha podido organizar un mundo libre de los furores béticos y del laberinto de las pasiones. No pidamos lo imposible. Mientras existan sobre la tierra algunos millones de chinos refractarios á la civilización moderna, y un buen número de pueblos salvajes, y semisalvajes, conviene que las naciones cultas no pierdan la costumbre de pelear, y más bien como resultado de las discordias mutuas, lleven al colmo de la agudeza los inventos para la ofensiva y defensiva.

La paz es un producto espontáneo del bienestar de las naciones y del progreso humano. Los estados que florecen por la agricultura y las industrias, y cuya prosperidad depende de grandes empresas internacionales, rehuyen la guerra. El hombre en quien se han desarrollado los afectos humanos, el amor á fructíferas ocupaciones, ceja naturalmente ante condiciones que interrumpirían sus faenas y pondrían en riesgo todo lo que constituye la felicidad del hogar: salud, vida y garantías.

Obediente á estas circunstancias, la guerra quedará relegada entre los medios que se adoptan, únicamente en casos extremos y bien meditados. Exigir más por ahora, ¡sería invocar un milagro, un atentado contra la continuidad.

Actualmente el romanticismo está fuera de lugar, y lo que necesitamos es la observación exacta de los hechos. ¿Con qué esperanza nos alentaremos, después de haber echado una mirada alrededor? Los sentimientos generosos se evaporan, pero las conquistas quedan—así nos aleccionan los sucesos más recientes.

Un concepto científico, que es de trascendental consecuencia para la filosofía de la historia, es aquella teoría conocida con el nombre de la “supervivencia de los más aptos”. Tenemos delante de nosotros tres ejemplos que ilustran la cuestión: primero la contienda hispano--americana; segundo, la guerra del Transvaal; y tercero el litigio peruano--chileno sobre Tacna y Arica.

Los Estados Unidos han llegado á un grado de desenvolvimiento tal, que la doctrina de Monroe no basta ya para expresar sus aspiraciones. Mientras tanto, España, no pudo contener el desafecto de sus colonias, y su heroísmo tradicional tuvo que estre-

llarse contra las energías jóvenes de la república del Norte.

El Africa representa un campo de ejercicio para las fuerzas sobrantes de Europa. Las tribus salvajes no tienen derecho para cerrar su continente á los hombres que mejor que ellos saben utilizar el terreno y explotar las riquezas de la naturaleza, haciendo al mismo tiempo imperar costumbres más suaves ó mas equitativas.

Los pobladísimos centros de la civilización se desbordan, los pueblos más vigorosos tienen que desparramarse por todo el globo, procurándose lugar y objetos de actividad, aunque sea á viva fuerza , si la ignorancia les pone obstáculos. En vez de ser tierra muerta, el Africa es hoy el escenario de las empresas de ingleses, alemanes, franceses, portugueses é italianos. Hasta aquí el triunfo de las razas superiores sobre las inferiores es justificado y provechoso para la cultura.

Según la versión inglesa, los boers estuvieron en el mismo caso que las tribus africanas: ellos no comprendieron los deberes anexos al comunismo internacional, y en hora fatal entablaron un obstrucionismo contra el desarrollo comercial. Su dominio tuvo, pues, que caer como otros impedimentos á las conveniencias universales.

La nación inglesa tiene una fé ilimitada en si misma. La Gran Bretaña se distingue por su constitución liberal y su magnífica táctica colonial; bajo las leyes inglesas es preferible vivir, y con la iniciativa y energías inglesas se mejoran las condiciones de los países.

En consecuencia, los pueblos que son conquistados por la noble Albión, aunque se ven ultrajados en su nacionalidad, ganan prácticamente en ventajas ad-

ministrativas, y debe llegar á conocer que fueron forzados hacia su propio bien.

Tenemos aquí que Inglaterra, al entregarse á sus tendencias de imperialismo ha pretendido conferir un beneficio á todo el mundo, y que los Estados Unidos de Norte América, han admitido hasta ahora solamente que sus sentimientos humanitarios los obligaron á tomar las armas, aunque como buenos abogados, se quedaron con los bienes de sus protegidos.

También en Sud América, tenemos un país imperialista. Chile es indudablemente la república de más ambición en nuestro continente, y no podemos contentarnos con anatamatizar su soberbia, porque debemos medir las posibilidades de éxito que tiene.

El pueblo chileno goza de paz interior; es enérgico y patriota, resuelto á realizar sus planes sin el menor escrúpulo. Chile ha mostrado prudencia para fomentar el desarrollo del país en general, dando facilidades á las industrias y al comercio, y creando por su administración una base de garantías que inspira confianza al elemento capitalista.

Basta decir que en el Perú prevalece un carácter de indolencia, habiendo además una costumbre inveterada de lanzarse á las guerras intestinas, y en dos rasgos se ha pintado el peligro de su situación política.

Chile, cuya vitalidad no cabía en los límites estrechos que le marcaran en el mapa desde la era de la independencia. Chile deseó poseer la provincia de Tarapacá, y declaró la guerra á su legítimo dueño. Chile que en el año de 1900 divisa ventajas en una extensión mayor de su territorio, declara su inten-

ción de quedarse con Tacna y Arica, leal al lema de su escudo: *Por la razón ó la fuerza*.

Del modo que los principios enérgicos avanzan en todas partes tendría que haber lógicamente con el tiempo un Chile hasta el istmo de Panamá. Chile está calculando la hora propicia para extender sus límites paso á paso hacia el Norte, Sur y Este, y tendrá bien cuidado de ser amigo de las repúblicas de Oriente, hasta que se haya robustecido con sus conquistas en el lado del Pacífico.

Hoy sabemos que la supervivencia de los más aptos es un principio más sagrado que el derecho de propiedad territorial. La suerte de cada nación se decide por sus merecimientos, por el grado de competencia que sabe alcanzar. Se comprende que todos los pueblos pugnan por acomodarse en la tierra como mejor pueden, y la fé de los peruanos en sus títulos legales sería una ilusión, si otros motivos no defendieran su causa.

Chile, al sostener que la diplomacia moderna se reduce á especulaciones políticas, tiene mayor razón que el Perú, cuando invoca en su favor leyes morales que no están realmente en vigencia. Pero, las tendencias imperialistas que hoy dominan á cuatro ó cinco potencias, constituyen una amenaza temible para los demás pueblos, que son ó más débiles ó menos agresivos. Por consiguiente, se puede esperar que se forme una corriente en contra del imperialismo. Verdad es que el centro del poder debiera estar en manos de aquel que sepa procurar el mayor bienestar para el mayor número de individuos particulares, y también es cierto que la cultura superior ha tenido muchas veces que imponerse por la fuerza; pero nadie querrá ser víctima de los estravíos del egoísmo. ¿Cómo, pues, distinguirán las naciones imperialistas en general, cuando

están destrozando políticas verdaderamente nocivas, ó cuando los gérmenes aún caóticos de entidades políticas predestinadas á la grandeza? Un país que tiene una fé exagerada en su propia excelencia, no puede respetar debidamente á otros pueblos, cuya índole no comprende. Hay razas y naciones, cuyos gustos son incompatibles y de las cuales cada una por sí sola debe desarrollar sus cualidades especiales para salvar el mundo de una triste uniformidad.

Sin embargo, cuando los pueblos dejan pasar la oportunidad de hacer una atinada oposición, se verán arrollados con el tiempo por los avances del imperialismo, y sentirán el yugo intolerable de un gobierno extraño.

La república Argentina y el Brasil no están en una situación más segura relativamente á los planes de Chile, que el Perú y Bolivia.

Poco creyó España, en los días de su gloria, que Inglaterra la superara en el dominio de los mares, y poco esperó la Suecia de Gustavo Adolfo que Rusia la reemplazara como potencia mayor en Europa.

Sufrimientos muy verdaderos son los que acompañan la pérdida de la patria; dolor profundo es presenciar el orgullo de los vencedores y sentirse herido en las mil susceptibilidades del sentimiento nacional. Por otra parte, para un estado fuerte, el dominio del mundo es un ideal tan seductor como imposible, pues el imperialismo tiende al mismo fin que el monopolio: cuando ceden todos los obstáculos opuestos á la compañía dominante, ésta misma degenera, porque se llega al colmo del esfuerzo sólo bajo la presión del estímulo y de la competencia.

Con aquella previsión, que es el privilegio de las inteligencias superiores, podamos quizá ahorrarnos en Sud América las amarguras del vasallaje y las tragedias de la ambición. El exceso de pasividad

en los países pacíficos y la actividad ininoderada de los pueblos guerreros, hacen causa común para traer la desgracia; los estados fuertes se condenan por el odio y los débiles por la indiferencia.

A la juventud entusiasta del Perú advertimos que, en nuestro tiempo positivista, las simpatías de los pueblos son un factor poderoso sólo cuando media algún interés palpitante que convierte esa simpatía en acción. Se necesita una voluntad esforzada para dar á la patria aquella fuerza material ó esa importancia en el concierto internacional que le puede servir como garantía de integridad.



EL PATRIOTISMO.

¡El patriotismo, pasión sublime cuando se inspira en el amor; vanidad ridícula; si origina del orgullo!

El patriotismo verdadero no necesita comentarios; imposible sería recomendarlo mejor de lo que se ha hecho ya con palabras y ejemplos brillantes. Pedro el Grande y Guillermo de Prusia hicieron de su patria un imperio poderoso; Juana de Arco y Garibaldi despertaron el pundonor de su pueblo; Kosciuzco ocultó entre laureles la decadencia de Polonia; Bolívar y San Martín llamaron á la vida estados llenos de esperanza; Maceo y Bolognesi, pidieron con su sangre la libertad de su tierra natal; don Pedro del Brasil arrostró el dolor de un destierro inmerecido—esas son las obras del patriotismo, frutos de un sentimiento nobilísimo. Todos comprenden que el alma contrae un cariño intenso por los recuerdos de su juventud, y es capaz de sacrificarse cuando manos impías asaltan el santuario de sus tradiciones. Interpretando los modos de sentir y pensar característicos de localidades determinadas, los poetas han sido más elocuentes, y el hombre, al concretar sus esfuerzos á un círculo íntimo, ha conseguido los resultados más hermosos.

Preguntemos ahora qué efectos produce el sentimiento patriótico en sus momentos menos felices.

Pocas personas se dan cuenta de las corrientes que arrastran á los pueblos; la gran masa de los ciudadanos se halla demasiado distante del centro de operaciones para juzgar con corrección la actitud pública de su país. Los particulares dependen para su información de los voceros políticos y de la prensa. No faltan diplomáticos que saben dorar la peor de las causas con la elocuencia de su palabra y es tarea de muchos periodistas arrastrar con una exaltación inconsulta á millares de sus lectores. La vanidad patriótica acoge precisamente aquellas versiones que están en favor de las tendencias nacionales; en la mayoría de las colectividades está latente el egoísmo y la manía del poder, y sobre esa base, más que sobre cualquiera otra, es fácil organizar una acción unánime. El egoísmo no edifica con paciencia monumentos inmortales si no sube arrogante hacia su zénit, hasta que las leyes del universo lo obligan á hundirse en el ocaso.

Ora el patriotismo es como un niño adormecido, sonriéndose con sus propias ilusiones, mientras que vecinos hostiles acechan sus debilidades y traman su destrucción; ora es como un tirano, que quiere hacer girar el mundo al rededor de su cerebro.

¡Cuántos pueblos viviendo en una desprevención completa, han dejado acumular los eventos hasta producir un cataclismo! Dios no se ocupa en salvar naciones; miles de ellas han sucumbido después de luchas titánicas, ó yacen subyugadas, protestando aún inútilmente contra su suerte. La sociedad tiene interés solo por conservar los elementos de prosperidad; se sentiría aliviada con la extirpación del llamado «peligro amarillo» y la desaparición del Transvaal no la alteraría.

Tal es el escepticismo del destino para con los que equivocan su propio valor.

Mientras tanto, las potencias persiguen su carrera triunfal, levantando la animosidad de los países que cautivan, y la desconfianza de aquellos que temen ser las víctimas próximas de su ambición. Los precedentes de la historia se declaran también contra la conquista. El astro de Roma que presidió durante siglos en el horizonte de la tierra, se extingió como la gloria de Napoleón, que sorprendió al mundo con destellos meteóricos. Persia, Grecia, Turquía, España, Francia, se presentan hoy reducidos ó reduciéndose á sus límites más estrechos. Pueblos que fueron subyugados con manos de hierro, recordaron en silencio los agravios que recibieron y juraron que jamás habría unión entre vencedores y vencidos. Germania se vengó de Roma, Suiza sacudió el gobierno de Austria, Irlanda todavía no simpatiza con Inglaterra. Una opulencia anormal destruyó infaliblemente el vigor de los estados, y un justo rencor dió fuerza á sus enemigos para aniquilarlos. La conquista ha triunfado realmente solo cuando se encontró con tribus salvajes sin conceptos de patria y de sociedad.

El patriotismo naturalmente abraza con sus raíces una zona pequeña, en donde prevalecen condiciones especiales; pues un amor que se extendiera á toda la humanidad y á todo el globo sin distinción, sería cosmopolitismo. Debido á esa excepción que hacen nuestros afectos en favor del suelo natal, poco á poco se segregan otra vez las provincias del imperio central, y las colonias de la madre patria. Respetando involuntariamente al patriotismo, el sentimiento humano se rebela contra hechos como el sacrificio del Trasvaal, ó las medidas brutales llamadas chilenización de Tacna y Arica. Los espectadores impar-

ciales se hallan llanos á perdonar hasta los medios ilícitos que emplea un país pequeño en su lucha desesperada con un coloso.

El poder consiste exclusivamente en la civilización superior—ésta se difundió y quedó perdurable donde las armas usurpadoras tuvieron que retirarse.

Una necesidad ineludible es para los europeos violar los terrenos de los salvajes; provocar á los asiáticos y retar los guerreros del Africa. Es imposible contener el espíritu de empresa de las razas superiores, ó dejarlas perecer, negándoles la expansión.

Proteger á las razas inferiores á costa de las superiores sería un arreglo contrario al progreso. Acatar la resistencia insensata que los pueblos retrógrados pudieran oponer á las franquicias que exige el progreso, sería una locura. La fuerza muchas veces tendrá que resolver las diferencias de voluntad que animan á los hombres. No nos asociamos al romanticismo que prematuramente quiere abolir la guerra. ¿Cómo consentir en un desarme de las naciones cultas, mientras existe el riesgo de un contacto inesperado con el salvajismo? La China progresista será una amenaza más grande que la China conservativa, porque su pueblo, inteligente, pero de moral atrasada, aprovechará de los inventos europeos que se introduzcan en el imperio, para llevar el terror al occidente y saciar su odio contra los extranjeros que pertubaron la paz de las tumbas en Pekin.

En una palabra, se necesita una política de puertas abiertas; lo demás es labor perdida. ¿Qué cargo peor se puede hacer al afán patriótico mal entendido, que el haber causado guerras inútiles? Recordémonos que las primeras naciones civilizadas amparan bajo su bandera aquellas huestes sedientas de sangre y codiciosas de botín, que castigaron los

atentados boxers; fijémonos que la moral se debilita en cada campo de batalla.

Manifestaciones de orgullo no son elementos de paz; ni llevan consigo la fuerza de aquellos principios que verdaderamente persiguen ideales. Es increíble que naciones cultas puedan entregarse á un delirio de gozo, cuando el enemigo vencido llora su desengaño y la muerte de sus aspiraciones. El valor y la caballerosidad de un Roberts se entienden en los hijos de una nación eminentemente como Inglaterra; sin embargo, los soldados ingleses mueren por una causa que es altamente ofensiva para los demás países; luchan por pintar todo el mapa del rojo británico.

Bien se sabe que las potencias en la China no hacen otra cosa si no anteponer sus planes particulares á los intereses del progreso. La política de los Estados Unidos, ya que se ha declarado imperialista, no será guiada por el principio del americanismo, sino por el amor al lucro. Alemania censura la diplomacia de Inglaterra, pero el imperio germánico espera que el brioso pueblecito sud-africano dé un golpe á su rival orgulloso, para después marchar más alzado en el mismo camino de la ambición. Aquel sentido práctico algo sajón, aquel cálculo cínico, aquel realismo prosaico, aquel culto á la conveniencia, tan modernos, tan admirados, amenazan culminar en un positivismo que está en pugna abierta con todas las consideraciones en que se basa la vida civilizada. El exclusivismo político y el sistema de absorción por la fuerza deprimen la existencia social en sus esferas altas; la supremacía moral pasa insensiblemente de una raza á la otra; el patriotismo desconoce su misión.

Con justa desconfianza los naturales de una comarca miran á los huéspedes de otras naciones, llámanse nitlanders, misioneros ó inmigrantes, porque

vienen seguidos de reclamaciones diplomáticas y de bayonetas invasoras. Tales huéspedes, cuando son proscritos de su patria, como Guillermo Penn y sus compañeros, ó familias humildes, como los colonos de Oxapampa, pueblan desiertos, contribuyen con su trabajo al bienestar de su tierra adoptiva, generalizan las costumbres más plausibles, hacen surgir ciudades opulentas, como San Francisco y Buenos Ayres; extienden el área habitable desde el Klondyke hasta Magallanes; hacen todo esto sin ofender á nadie.

Si en el concurso pacífico de las aptitudes personales, bajo leyes generales pero firmes, un individuo sale vencido por el otro, no hay lugar á quejarse, y si naciones enteras superan á las demás por su vitalidad y sus talentos, sería mezquino el deseo de contenerlas en su progreso. En el siglo XX, más que en el XIX, la intercomunicación de los pueblos será inmensa; se borrarán las reservas, estrechándose las relaciones entre los diversos países y se multiplicarán las simpatías al pronunciarse los efectos de la consanguinidad. Las varias razas, conforme se prepararon en sus largas evoluciones aisladas, al fin tendrán que encontrarse en una lucha puramente comercial, y desde hoy el programa del patriotismo debe ser: ganar la soberanía de la competencia mediante la perfección del individuo.....

.....



LA MUERTE DE UNA REINA

Murió la reina Victoria, dejando estupefacto á su pueblo, al cual acompañó durante el largo término de 64 años. Todo el mundo, decían los periódicos de Londres, se estremecerá al saber que la moribunda de Osborne House exaló el último suspiro. Como un solo cuerpo enorme, los millones de seres que habitan la isla británica, estaban pendientes del estado físico de la anciana señora; postrándose y animándose con las débiles alternativas de la esperanza, y deseando con intensidad que la vida venciera aún á la muerte. Al fin las dudas concluyeron, y la prensa lanzó sus encomios á la grande y amada reina; toda alegría se suspendió, y las miradas se dirigieron hacia el océano del infinito, interrogando si allá el alma de la difunta se destacaba aún como un punto luminoso. No asociarse á este duelo nacional sería chocar con el sentimiento público, negar su simpatía en circunstancias que significan para los ingleses casi un acontecimiento de familia.

Un crítico de tendencias republicanas se detiene á reflexionar sobre estos sucesos: tanto homenaje rendido á una persona, que como mujer fué nada más que una matrona respetable, y como soberana, dada la constitución de Inglaterra, tuvo muy poco

poder ejecutivo. Diáriamente, en humildes chozas, se practicarán sacrificios de bondad y heroísmos de virtud mayores que los que realizara la hija de los Stuart, con 380,000 £ de renta anual. Ella fué una reina grande solo por la época en que vivió y por el carácter de su pueblo, que con su devoción espontánea le dió una importancia maravillosa. Cual figura alegórica, Victoria representó tres veintenas de desarrollo comercial y político, simbolizando con el esplendor que la rodeaba y con las atenciones que recibía, la posición que ocupa su país entre las naciones. En verdad estricta ella no fué dotada de una inteligencia extraordinaria; una buena voluntad y un corazón sensible fueron sus cualidades indiscutibles. Eso bastó para que en ella convergiesen los afectos de todos los miembros del Reino Unido; que la corona gozara de prestigio e inspirara confianza, y que quizá á veces la diplomacia de propios y extraños se ablandara bajo el influjo de aquella galantería que se concede al principio femenino.

Nuestro tema de observación se presta á un estudio sobre los motivos que constituyen la fuerza y la debilidad del sistema monárquico.

Evidentemente la admiración tributada así á un individuo, es exagerada; el brillo deslumbrador del trono es debido á la grandeza nacional que en realidad fué creada por aquellos hombres que se llaman súbditos de su gracia magestad. Y sin embargo, la reina tuvo parte en la grandeza de su país, porque ella, con solo su presencia y su conducta recta fué una garantía de estabilidad, un elemento de unión y de paz.

En un país republicano hace falta esa solidaridad de las instituciones administrativas que poseen los estados monárquicos, y tan especialmente Inglaterra. Bien pueden algunas inteligencias claras pene-

trar la farsa que existe en el fondo del aparato real; pero, gracias á él las masas irreflexivas reposan tranquilas, sujetas á un orden incontrovertible. Los monarcas son un ideal encarnado, que no se critica de cerca, si no desdicen demasiado de su misión sagrada; y sus pueblos viven como los niños que respetan la autoridad paterna, acostumbrándose por la obediencia y el amor á ese comunismo y esa paciencia que suplen la inmadurez de sus conceptos.

Las republicanos, al contrario, con razón irreverente, encuentran en sus autoridades las imperfecciones que nunca faltan, é intentando á cada momento una reforma, originan la revolución y el laberinto.

Solo una pequeñísima minoría de los hombres es capáz de armonizar en nombre de un ideal intangible, impersonal; generalmente, bajo un régimen liberal, se empeñan en loca contienda las distintas voluntades, los impulsos inmoderados y los proyectos imposibles.

Si el descontento cundiera en Inglaterra, soltando los lazos de fé en las tradiciones establecidas, el imperio británico sufriría una disminución de su fuerza, pues habría perdido en tal caso la seguridad de sus propósitos.

Sin embargo, las generaciones verdaderamente modernas no podrán por mucho tiempo más rendir ese culto superticioso á una superioridad ficticia atribuida á la sangre real. Cuando con el aumento de la ilustración, los reyes dejarán de tener poder sobre la imaginación de los hombres, tampoco podrán ya contribuir á la compostura de la sociedad. Por ahora es un síntoma feliz, si el respeto á las formas antiguas muere en una agonía lenta y natural, y no de un modo violento. Las transiciones bruscas destruyen un sistema sin proveer un sustituto, como sucedió con la revolución francesa, que derribó la tiranía para

iniciar la anarquía, y abjuró las doctrinas católicas para después quedarse sin religión. Estamos en medio de una evolución difícil: los pueblos cesan de deificar á sus gobernantes, y aspiran á gobernar sus actos por una idea suprema: la grandeza de la patria y el bien de la humanidad.

Mañana, desde Albión hasta la India y desde el Canadá hasta Tasmania, retumbará el eco de innumerables salvas militares que reflejará la pompa funeraria de Windsor—se despide un próspero reinado, que legó á los ciudadanos la conciencia del deber y las costumbres del civismo.....

.....

.....

Febrero 1º. de 1901.



LA EVOLUCION DE LA MORAL

Los conceptos de la moral se fundan en la sanción pública y en el juicio particular de cada individuo. Tan cierto es eso, como que en los tiempos primitivos no hubo sanción pública, porque no hubo siquiera vida social, ni discernimiento individual, faltando la experiencia.

Los hombres hicieron la distinción entre el bien y el mal, sólo cuando conocieron los resultados que traían los actos perpetrados.

Ejemplos de que los crímenes de hoy fueron considerados como virtudes en épocas antiguas, abundan en el Antiguo Testamento y en las obras clásicas desde Homero hasta Platón. Para un ser ignorante ¿qué de malo pueden tener las costumbres polígamias, los vicios, el asesinato y la perfidia? El asesinato significa librarse de un enemigo; los excesos se cometan porque el gusto los pide; el engaño se ejerce como un talento.

La moral es una obligación hacia algo más imperativo que el yo, y menos palpable que las circunstancias inmediatas. ¿Cómo pudo surgir la creencia en esta obligación, y de dónde se derivan sus leyes? Dios jamás pudo haberse manifestado en la tierra rompiendo con el orden natural que rige hoy, y por consiguiente

te, siempre ha sido difícil probar la existencia de una autoridad en el mundo, y más difícil saber cual era su divina voluntad. Tampoco la conciencia que aconseja al hombre civilizado, puede interpretarse como una voz directa é inteligible de Dios, que siempre haya existido, porque la conciencia no es más que una disciplina mental heredada, un recuerdo permanente de las normas de acción que se observan en el medio en que vivimos. En fin, la moral no tiene el carácter de una intuición, sino que su genealogía se deja estudiar en un terreno práctico.

Aquí viene apropiado citar los cuatro cánones de Epicuro, que son reglas de sabiduría que están lejos de ser inspiradas por una revelación sobrenatural, y encierran sin embargo, como pronto demostraremos, todo el secreto de la historia de la moral.

Oigamos las fórmulas para la ciencia de la felicidad propuestas por el filósofo pagano: 1 Se debe fomentar aquel placer que no causa ningún sufrimiento. 2 Se evitará el sufrimiento que no produce ningún gozo. 3 Se debe evitar aquel placer que impide gozar de uno mayor, ó que trae mayores sufrimientos. 4 Se deben sufrir las penas que excluyen penas mayores ó que aseguran un gozo más importante.

Lo natural para un hombre inexperto es, buscar su satisfacción y evitar contingencias desagradables. Pero pronto los individuos tuvieron que descubrir que no estaban solos en el mundo, y que la satisfacción de sus propios deseos chocaba a veces con los intereses de otras personas. Se llegó pues á aprender la máxima de Jesucristo, de no hacer á otros lo que no quisieramos que hagan con nosotros. Quien hace sufrir, tiene que sufrir á su vez; quien goza á costa del orden universal, queda amonestado con duras penas. El hombre que abusó de su cuerpo, perdió el fondo de salud en la flor de sus años, y aquel que ofendió á sus veci-

nos, recibió el pago de la venganza.

No era de esperar que en los tiempos primitivos penetrase en el cerebro humano la necesidad de una consideración mútua; siglos tras siglos pasarían, antes de que se reconocieran las relaciones que existen entre las causas y sus efectos. Pero, aunque lentamente, la fuerza de los eventos impresionó la mente humana, la venganza fué un medio heroico para hacer sentir á los egoistas el sufrimiento que ocasionaba á otros, y no bastó la venganza directa, que devuelve medida por medida, sino aquella persecución implacable que castigaba á los descendientes de un culpable hasta la quinta generación. Hoy la venganza se rechaza como indigna de la generosidad cristiana; pero en su época, aquella costumbre fué saludable y justa; solo la venganza pudo enseñar á los individuos la magnitud de los ultrajes que cometían, solo sus rigores pudieron aterrorizar á los seres semi-salvajes, cuando aún no existía una moral social establecida, ni un poder legal ejecutivo. Mientras que el temor á la vindicta privada contuvo poco á poco los abusos de la fuerza, se vió que también la perfidia es inconducente, porque mejor se vive sobre la base del crédito mutuo que enredado en el sistema incierto de los engaños. La poligamia resultó ser un mal de los mayores, porque además de traer disensiones en las familias, degeneraba las razas. Así en grande como en pequeño, lo desacertado de muchas costumbres se hizo evidente, y las verdades que se descubrieron poco á poco formaron los artículos de la moral, es decir, de la sanción pública si fueran reconocidas con unanimidad, y de la ética particular si operaban en un radio más estrecho.

La moral es simplemente la ciencia del modo correcto de vivir, no solo como miembro de una sociedad humana sino también como parte de un sistema físico universal. El objelo supremo del individuo es

satisfacerse sin estorbar á cualquiera otra entidad. En su busca por la felicidad el hombre encuentra la moral, es decir, descubre las reglas que le protejen de incurrir la oposición de sus prójimos ó reconoce el premio que debe perseguir á través de los obstáculos.

La conveniencia general, con la cual deben estar en armonía los actos del individuo, no es la misma en todo tiempo, pues la vida social engendra, con variación inagotable, nuevas situaciones, complicaciones y aspiraciones. Por eso el hombre, lejos de resolver definitivamente los problemas del deber, apenas se ha acomodado á una cierta constelación de circunstancias, cuando ya los hechos se transforman y lo obligan á experimentar de nuevo.

Después de las exposiciones precedentes, queda manifiesto que la moral tiene que ser el fruto de un estudio progresivo y no puede entenderse como un código fijo.

Los cuatro cánones de Epicuro, por ser reglas prácticas, y no dogmáticas, hacen presente en todo caso el fin que deben perseguir nuestros esfuerzos morales.

En tiempo de Epicuro como en el nuestro «fomentar aquel placer que causa ningún sufrimiento posterior», implica tener gustos que no deterioran al individuo ni provocan la protesta de los demás.

En la edad media, cuando la superstición estaba en su apogeo, y un orden legal, aunque ideado, todavía no poseía eficacia, las ideas morales de los pueblos fueron tan confusas é imprácticables, que no era demás recordarles: que debían evitar las penas que no producen ningún goce». Los sacrificios dignos de una ignorancia profunda, que verificaron muchos anacoretas y ascéticos, prueban que hubo un desconocimiento completo del objeto ideal de la moral. Una acción que no sirve para la mejora de las condiciones humanas, aunque sea

un sacrificio para la persona que la ejecuta, no es laudable, y por su misma inutilidad humillante en sus efectos.

«Evitar el placer que impide gozar de uno mayor ó que trae mayores sufrimientos» significa dominar sus impulsos y deseos inmediatos, al considerar que su cumplimiento pudiera ser dañino en sus últimas consecuencias.

Hoy mismo ningún ser de baja moral «se resigna á sufrir las penas que sirven para evitar penas mayores, ó aguanta voluntariamente tribulaciones para alcanzar un bien trascendental». El individuo innoble huye de los ratos desagradables; de entre las penas escoje la menor, y no toma sobre sí mortificaciones para obtener una futura satisfacción.

Pero, mientras mas culto es el hombre, más exigente es respecto á lo que se llama satisfacción; su deseo inquieto lo pone siempre en divergencia con el estado de cosas actual, y lejos de contentarse con placeres mediocres, á la fuerza produce lo sublime. Con la mirada fija en su ideal, el hombre superior es capaz de sobreponerse á las circunstancias hostiles, y más aún, arriesgar las ventajas que posee para alcanzar una ventura soñada.

Emancipados del misticismo podemos señalar hoy el objeto positivo de la moral. Todo lo que produce la desgracia ó es inconducente á la felicidad suprema, es inmoral.

Con orgullo podemos decir que mucho, muchísimo se está haciendo para la mejora de las condiciones humanas. La historia contribuye lentamente con lecciones enfáticas á la regeneración de los principios políticos; las ciencias naturales reflejan luz sobre los métodos de la higiene y el poder mecánico; la sociología revela las causas ocultas que determinan los fenómenos de la vida civil. Ante las exigencias de la refor-

ma caducan las opiniones y caen las instituciones antiguas; la educación hace á los individuos gradualmente más delicados para percibir lo defectuoso y más susceptibles hacia lo bello, la vida terrestre se hermosa. ¿Quién querrá comparar las alegrías de un salvaje con la exaltación que siente el alma culta delante de un ejemplo de nobleza, una obra grandiosa del arte ó las perspectivas que abre el pensamiento de los sabios?

Cada dia se renueva el orden general sobre un nivel más elevado— gracias á la moral, la ciencia de la felicidad.

Los pesimistas dicen: «Triste labor del género humano, que nunca alcanza la perfección; pero ¿qué queremos, si nuestro destino es ceñirnos á las mutaciones rápidas del progreso y tener aspiraciones infinitas?



LA LEY DE LA FUERZA

El hombre moderno está bastante familiarizado con la idea de los microbios como factores de las enfermedades que lo acongojan. Cuando asoman el cólera, la fiebre amarilla, la difteria ó la influenza, sabemos que estamos acometidos por huestes de seres invisibles que invaden nuestro cuerpo y toman posesión de él hasta dejarlo en ruinas. Así mismo, las enfermedades que no son epidémicas, tienen por causa unos corpúsculos animados, cuya existencia, y cuyos modos de vivir, aunque por mucho tiempo se sustraen al conocimiento de los bacteriólogos, al fin se trazan y comprueban. Nuestra imaginación puede pintar á esos visitantes, caminando desde largas distancias, escondidos entre las mercaderías de un buque, ó albergados en la ropa de los viajeros; también esos microbios antipáticos se multiplican con rapidez inaudita en un balde de leche,, en una vasija de agua; infestan la carne que compramos, se adhieren al pan que comemos, se nos transmiten por los insectos, nos llegan con el hálito de nuestros amigos, y penetran con la atmósfera cargada de emanaciones inmundas. ¡Visión horrible! Una ciudad llena de tuberculosos, y una higiene pública, que por más q' se diga, siempre deja que desear—podrá haber salud en medio de tales criade-

ros de enemigos destructores? Si nos detenemos á pensar, nos sentimos vivir bajo la sombra del peligro y del sufrimiento; dudosos de lo que nos pueda traer la hora próxima, y casi admirados de la inmunidad de que aún estamos gozando.

¡Pobres de nosotros, si nuestro bienestar dependiera de la casualidad! Felizmente no es así. El cuerpo del hombre no está á merced de los ataques que lo amenazan, pues, nada menos que como una fortaleza, tiene su guarnición de microbios que lo defienden y sus aposentos fuertes, donde los asaltantes se reducen á prisioneros impotentes. Si nuestro organismo sucumbe, ha sido derrotado por sus enemigos como una nación que no supo garantizar su existencia por su propia energía y precaución.; su fatalidad ha consistido en rechazar los enemigos peligrosos, ó, peor aún, en una descomposición interior.

La ciencia refiere que los animáculos habitantes de nuestra epidermis, traban lucha con los microbios de afuera, y finalmente se les ve devorando á sus antagonistas vencidos. El germen maligno que se introduce en un organismo vigoroso no encuentra condiciones favorables para desarrollarse, y, lejos de ocasionar perturbaciones en las funciones ordinarias, desaparece en la sangre sin dejar una huella. La salud depende del giro que toma esa contienda entre los microbios que militan por los derechos del cuerpo y el ejército asaltante, que, si triunfa se pasea por nuestro interior ufano y abusivo como cualquier conquistador.

Naturalmente conviene limitar en lo más posible el desarrollo de los elementos que nos hacen oposición, del mismo modo que una hábil diplomacia está alerta para templar el equilibrio político. El organismo más fuerte tendría que rendirse, si al rededor de él las legiones de sus enemigos prosperaran y aumentaran matemáticamente, sin interrupción. Para impedir la aglo-

meración de microbios hostiles, tenemos, como auxilio preeminente, el aseo escrupuloso y otras medidas de saneamiento.

Sin embargo, bajo el punto de vista que hemos expuesto, podemos retirar un tanto la atención del estado sanitario exterior, para dirigir nuestra solicitud hacia las condiciones de resistencia que debemos cultivar en nosotros mismos. Sin profundizarnos en el por qué de las cosas, prácticamente se sabe qué clase de conducta es favorable á la conservación física, y por consiguiente, á la longevidad. Todos los actos llamados inmorales han sido condenados por la experiencia como causantes de enervación, y aún las imprudencias pequeñas nos hacen perder la ventaja en las continuas pruebas de fuerza que sostenemos. Fuera de esto, la adaptación del organismo á las circunstancias diversas, es una necesidad que se impone y las razas más adaptables son las más durables.

Evidentemente, los excesos de beber y comer, y otros peores, disminuyen la actividad del cuerpo. Las personas adictas al vicio, ó presentan un suelo fecundo para los elementos mórbidos, ó engendran en su naturaleza, un desorden que altera la sangre de sus venas y contamina todas sus sustancias vitales. Sobre generaciones se extiende la maldición contraída por los individuos sin conciencia, que con sus pasiones indignas de la humanidad, retan á los espectros de enfermedades dolorosas y á las miserias de la degeneración. Seres, al parecer inocentes; nacen con una predisposición para el mal que está en relación directa con la historia de sus antepasados. El cuerpo de un vicioso es como un estado agitado por convulsiones intestinas que producen la anomalía y un suicidio lento; los sentidos alejados por el alcohol, no vigilan los accesos abiertos á la invasión micróbica, ó las materias en fermentación carcomen las estructuras nobles que debían sostener.

Las personas que han alcanzado un peldaño superior de la escala moral tampoco están exentas de cometer faltas, y no tienen perdón si desperdician sus energías en vez de economizarlas. Aquellas hermosas señoritas que asisten á las distracciones incesantes de París y Londres; aquel sabio que, por no detenerse en la carrera de su perfeccionamiento intelectual, ejercita en extremo su cerebro, se expone á sufrir un déficit de robustez en la parte que más se afecta con su modo de vivir.

Muchos males se deben á causas insignificantes, que por su repetición frecuente adquieren el poder de un influjo acumulado, ó á un concierto de motivos que cada uno por sí solo no habría tenido importancia.

Cualquiera debilidad es fatal en el momento de una crisis, y nos convierte de dueños de la situación en vasallos de las circunstancias. Una naturaleza sana, parecida á un estado poderoso es casi invulnerable, opone baluarte tras baluarte á una agresión extraña; el cuerpo mediante un régimen sabio, logra atravesar también con felicidad sus períodos de mengua; y, como los pueblos viriles, se reconstituye con un instinto seguro de los desastres que lo sorprenden. El sistema físico está dispuesto á acomodarse á todos los cambios é irregularidades; progresá, se presta con plasticidad á nuestros deseos, si cumplimos con una exigencia justa: moderación en lo que hacemos; su docilidad solo acaba cuando marchamos adelante con precipitación y aturdimiento.

Cuando hay corrupción en el sistema, entonces sí, cunde con facilidad una disolución completa; el menor descalabro produce una complicación general, y los contagios se propagan con velocidad incontenible. El ser impuro cría en sí la peste, y deja á su posteridad el triste legado de una constitución frágil, de una mente turbada por la indisposición, y una voluntad perverti-

da por la impotencia material. ¡No solo los dolores y la locura, también los crímenes son hijos del vicio!

A nadie se le oculta el influjo que tiene la salud de las generaciones sobre el bien de los países en particular y de la humanidad en general. Hombres sanos quiere decir hombres de empuje y de espíritu despejado;—naciones en todo respecto competentes, no pueden ser compuestas de personas débiles y defectuosas.

A la raíz de los problemas sociales tenemos esa posibilidad increíble, espantosa: el hombre vencido por los microbios. Tan precaria es la soberanía que tiene el ser humano sobre la creación, que en medio de sus luchas internacionales, no por un momento puede descuidarse de la defensa contra los elementos invisibles que lo rodean.

No es la suerte que reparte en el mundo derrotas ó victorias, desgracias ó fortunas; es la voluntad del hombre que labra su propio porvenir.

Si perjudicamos nuestro organismo, la decadencia consiguiente se manifestará después de largos años; si iniciamos una regeneración, nuestros nietos realizarán el ideal que nos hemos propuesto; así se explica por qué sin temor á los castigos lejanos, sin paciencia para luchar por los fines distantes, obedecemos á la pasión. Tan paulatinamente obran los efectos de nuestras acciones, que paso á paso desciende el hombre, sin horrorizarse de su caída gradual, y paso á paso asciende, sin percibir que se recompensan sus esfuerzos.

Los médicos no pueden dar la salud, ni la policía la higiene. Aunque se encuentre un serum curativo para todas las dolencias conocidas, no se podrían suprimir los síntomas con que la naturaleza quisiese anunciar su descontento respecto de un tratamiento inconsulto que se le da. El arte médico se limita á suspender las causas dañinas y á proteger ó distribuir convenien-

temente las energías restantes en caso de enfermedad.

Por lo que toca á la vigilancia oficial, si el amor á las condiciones higiénicas no nace de la mayoría de la población, los edictos municipales no se mostrarán muy eficaces en extirpar las costumbres perniciosas. Para producir el efecto extenso que se desea, se necesita una base ancha. El método doméstico de cada familia debe ser la barrera que se erige contra el desarrollo de las epidemias. El sentimiento de dignidad humana, generalizado en todos los rangos de la sociedad, sería el mejor factor que barrería con los alojamientos inadecuados y otros focos de infección.

Cada miembro de la sociedad influye con su conducta y su libre arbitrio en la proporción de los efectos buenos ó malos que resaltan en la vida colectiva. Con una cooperación en grande escala se puede dar rumbo á los eventos: los seres inteligentes, disputando en guerra sin tregua la existencia á los principios inferiores y trasmitiendo por la herencia, fuerza y más fuerza á las razas futuras, pueden asegurar la salud y elevar con eso á la patria, y á la humanidad entera á las alturas de su destino.



VATICINIO AMERICANO

El centro de la cultura parece trasladarse, como la luz del día, de este á oeste. Primero se formó un foco de ideas y de costumbres civilizadas en las altiplanicies asiáticas, abrazando con su radio toda la región fluvial del Indo y del Ganges, los valles de Persia, las costas de Arabia, y extendiéndose al través del Mar Rojo hasta los arenales de Egipto. Los pueblos arios, con sus hábitos de peregrinación, propagaron por la tierra la semilla espiritual que maduró bajo el sol de las Indias, mientras que en el extremo oriente se erguía el imperio chino, cual monumento perenne del origen de las instituciones civiles.

Más tarde son los habitantes de Europa que toman el centro de la cultura: se concentra la atención sobre los episodios que se realizan en las playas del Mediterráneo; los pensamientos de Grecia y los hechos de Roma dominan la historia. Ese nuevo centro de ilustración en el sur de Europa, envolvió en su desarrollo á la Galia, Germania y Britania, á todas aquellas partes donde retumbó el paso de los césares y la voz de los apóstoles del Evangelio. El Asia quedó sumido en el silencio y el olvido; el cristianismo, fruto supremo de la vida oriental, dió sus provechos á Europa y no al continente de su origen; el mahometismo, que inspiró con

aliento guerrero á los hijos de Meca, llevó los árabes á España, á edificar la alhambra de Granada y dar fama á Córdoba. Durante tres mil años, Europa se ha afianzado en la supremacía intelectual que Grecia heredó de los fenicios, y se ha cubierto de glorias excelsas è impercederas.

Algún día el ángel con la antorcha del progreso, establecerá su corte en la tierra de los Andes—de aquí partirán destellos de ingenio que oscurecerán el hemisferio opuesto. Cuando el sol está en el zénit de Europa, amanece en las costas del Pacífico, y en cuanto culmina en nuestro meridiano, las patrias de Dante, Shakespeare, Goethe y Victor Hugo deben descansar en el crepúsculo.

Desde que Colón, con valor intrépido, abarcó el occidente desconocido, la cultura europea dirigió su corriente hacia el nuevo hemisferio—vaciando gradualmente más y más fuerza vital en el suelo americano, hasta que al fin el corazón de la humanidad comenzara á latir por aquí. Al presente, Europa posee la hegemonía indiscutible de la civilización; pendientes están las razas lejanas de sus triunfos científicos, de sus modas y de su política; mientras que las pulsaciones de nuestra existencia nacional apenas repercuten en los grandes centros sociales de allende el Atlántico.

Pero, ya se pronuncia con frecuencia entre nosotros la palabra «americanismo», y ese término debe expresar algo especial, característico de los jóvenes estados que nacieron á la llamada de Washington, Hidalgo y Bolívar. El americanismo debe significar un modo de sentir, un rumbo de ideas, peculiar á los americanos, una individualidad independiente emanada de las condiciones originales que ríjen en este continente.

Indudablemente existe en Norte América una índole definida, que se distingue de cualquiera que podría encontrarse en las naciones antiguas, y que es ca-

paz de reaccionar poderosamente sobre el viejomundo.

Ahora ¿qué impulsos de voluntad se está preparando en la sociedad hispano--americana, esa porción del continente que nos interesa más de cerca, y que tiene su vida propia, completamente diferente de la de sus hermanos del norte?

Con un entusiasmo juvenil, los sud-americanos son amantes de los ideales hermosos; su existencia está basada en los principios de la libertad republicana; sus votos son por la realización del arbitraje internacional; y falta poco para que se pongan en su programa la tolerancia religiosa absoluta y la ventilación del problema feminista. Parece que nos lisonjeáramos con la confianza de poder encarnar aquí la utopía de los europeos, con sus instituciones sociales intachables. Desgraciadamente, mientras más alto se coloca el objeto á que se aspira, mas se nota la discrepancia que existe entre el deseo y su ejecución práctica. Los sueños dorados provocan la burla de los escépticos;—y sin embargo bajo auspicios que felices marchamos á la obra de fundar un imperio moral americano!

Cuando Europa se civilizó por la invasión asiática, las fuerzas que impelían á los hombres fueron la necesidad material ó los impulsos vagos de la curiosidad. Al empuje de los Hunos las tribus germánicas salieron de sus localidades y se derramaron sobre Italia y España; se confundieron las razas sin saber cómo. Las generaciones sucesivas, obedeciendo al amor por las aventuras y al instinto bético, se precipitaron hacia un destino desconocido; mil causas que germinaban en el seno de los pueblos, quedaron ignoradas, hasta que llegó la era de la razón, la ciencia del siglo XIX.

Desde ésta época privilegiada data la carrera de las naciones independientes sud--americanas. Mientras que en la región de los Alpes y los Pirineos, la mañana estuvo brumosa, el rayar del alba al pie de los Andes

presenta el mundo iluminado por vivísimos fulgores; podemos estudiar los modelos que el esfuerzo humano de tantos siglos deja erigidos, y examinar los errores que arrojan sombra sobre su grandeza. Inmediatos á los descubrimientos científicos, con un criterio educado á la moderna, comprendemos el deber de organizar del mejor modo posible la actividad social; gracias al cable submarino, estamos á pocas horas de distancia de Roma, Madrid, París, Lóndres, Berlín y San Petersburgo; como los espectadores ante la escena de un teatro vemos exhibirse el agitado drama de la actual y los actos largos é imponentes de la pasada historia europea.

¿Quién no quisiera que su patria presidiese, como en su tiempo lo hizo Francia, al refinamiento del gusto ó que estuviese como Inglaterra, á la cabeza del movimiento comercial? ¿Quién no se inspiraría quizá en el ejemplo de estados como Suiza, Suecia y Noruega, felices por la ausencia de ambiciones peligrosas, contentos con albergar los domadores de una naturaleza fiera?

La prosperidad lo mismo que el decaimiento de los países, son efecto del carácter de los hombres que lo habitan. Tres causas determinan el carácter del individuo: la herencia, la educación y la voluntad personal.

Desde las épocas antiguas han ido trasmittiéndose de generación en generación, primero, el valor de los bárbaros, vencedores de selváticos jabalíes y de gigantícos guerreros; y después la habilidad de los pueblos ciudadanos á quienes valió más que proezas, la contracción del pensamiento y constancia del trabajo.

Hasta ahora subsisten en los pueblos sajones esa fuerza y perseverancia que se derivan de su rudo pasado.

Bajo el cielo azul de Turquía queda probado lo

que pudo la voluptuosidad y el desenfreno de las pasiones, para producir una descendencia degenerada del soberbio califato de Bagdad.

Si en cuestiones de disposición natural nos referimos á los efectos del clima, por otra parte la estadística moderna nos presenta al problema del alcoholismo, común á todos los temperamentos. Francia ve su posición política minada por el vicio del licor; los Estados Unidos de Norte América lo temen; las razas indígenas de este continente serán exterminadas por él. Una alcohólica obsequió á su patria una posteridad de 200 mendigos y 100 criminales en 75 años! Fácil es deducir de este ejemplo lo que sería la transmisión de calidades personales en grande escala.

A nuestra mente acude la idea de la educación como el medio salvador para contrarrestar las tendencias peligrosas de la naturaleza humana. La ventaja inestimable de una buena dirección doméstica y escolar no se consigue en todas partes tan seguramente como se pretende. Pero una juventud inteligente sabe aprovechar tambien las verdades que se patentizan por las ocurrencias diarias y las duras lecciones de la vida en general. La educación quiere decir la formación de las ideas sobre la base de los resultados prácticos del saber, es el fundamento de la voluntad que se encamina hacia un destino preconcebido.

En ningún país existe un promedio tan grande de personas instruidas, como en Alemania. Desde muchos siglos atrás los alemanes se esmeraron en dar á sus hijos una educación severa y concienzuda; serios en todo lo que hacían, se desarrolló en ellos un decidido amor al orden, á la moral y á la industria. Hasta mediados del siglo pasado, los alemanes tenían muy escaso orgullo nacional; debido á las condiciones especiales que prevalecían en el interior, fueron escépticos con respecto á los elementos que contenía la pa-

tria, y en vez de explayarse en declamaciones patrióticas, expresaban una admiración sincera por las instituciones y peculiaridades extrangeras. Más á este pueblo le faltó solamente la unidad política para convertirse en potencia mayor; esos ciudadanos poseían virtudes cívicas listas para sostener un imperio; poseían una individualidad nacional que no podría haber soportado la imposición de un orden extraño. El nuevo estado alemán no solo tiene una organización general, sino que está organizado en todos sus detalles; en todas las secciones del pueblo hay vida inteligente, y el socialismo puede considerarse como síntoma de la abundancia de aspiraciones que existe en la población.

Con habitantes instruidos un estado es resistente en todas sus partes. No queremos otro reino de los incas, en el cual el pueblo con sumisión ciega á sus mandatarios, no desempeñaba un papel político y con la muerte de su soberano ya no tenía causa que defender. Del ciudadano moderno se exige opiniones propias y energía.

Rusia nos presta el ejemplo de lo poco que vale la inteligencia cuando no influye en las acciones del hombre. El imperio eslavo padece de terribles defectos sociales. La población rural está hundida en la ignorancia, y la urbana se compone mayormente de aristócratas y empleados entregados á la corrupción. La crema de la sociedad, la minoría intelectual, horrorizada de las condiciones tristes que prevalecen, ó desahoga su decepción en agitaciones políticas y denuncias trágicas—impotente por su escaso número, y mil veces más impotente por la falta de un programa de reformas practicables y el suficiente poder de voluntad para realizar un cambio, no tiene siquiera la fuerza moral para dar un buen ejemplo de conducta.

La fibra del realismo también se echa de menos un tanto en Italia y España. El desarrollo de las

razas del Tiber y del Guadalquivir fué modificado demasiado por el influjo de la religión. La misión de la iglesia debe ser puramente moralizadora; por la razón de que el clericalismo no tiene su centro de interés dentro de una nación, sinó fuera de ella, es imposible que su ingerencia en los asuntos mundanos contribuya al engrandecimiento de un estado. Sin embargo, en el porvenir tendremos las complicaciones económicas más difíciles, los fenómenos psicológicos más graves como resultado de la exuberancia de energías propia á los países que sobresalen por su prosperidad.

En Europa todas las aspiraciones de los hombres hacen vibrar la nota de la discordia, de esa discordia sublime que busca solución en la armonía. Todas las naciones se odian como rivales ó se temen como enemigas; tras las aproximaciones amistosas, tras las diversas manifestaciones del patriotismo se oculta la animosidad mas inveterada.

¿Pero quien da cuenta de la esencia fertilizadora que los diferentes pueblos se comunican recíprocamente? ¿Qué sería del arte y de la poesía, sin aquel soplo de belleza que viene de Italia; sin el fuego y la gracia de España; sin la imaginación de los franceses? ¿Como hubiera sido posible el renacimiento de los países del Mediterráneo si no fuese que les trajo nueva vida la moral severa del norte? ¿Adónde se precipitaría el género humano con la velocidad del progreso, si no lo retardara la feliz indoleacia del sur y si la alegría meridional no se reflejara en la frente austera de los especuladores y pensadores sajones?

Con razón los americanos consideran un deber sagrado el garantir el respeto por las nacionalidades y poner por fundamento á sus relaciones el principio de la fraternidad. La nueva era tiene que ser de la paz. La civilización moderna está impaciente por sa-

cudir el yugo de la coraza y la deshonra de las crónicas sangrientas.

Chile, inspirándose en el éxito maravilloso obtenido por las potencias europeas, admira la paz armada, tan ventajosa para el desarrollo de la técnica y la disciplina militar, que facilitan el tránsito del ser salvaje á la vida ordenada y la guerra, que mantiene las facultades de los pueblos en una tensión suprema. Pero es tarde ya para trasplantar á un suelo virgen estas ventajas del sistema marcial. Chile, y las repúblicas que sigan su ejemplo tendrán tan solo el mérito de desterrar de entre nosotros la ilusión, esa tendencia que tiene el carácter latino á contentarse con exaltaciones momentáneas, sin preocuparse de la realidad.

El Perú no debe preparar sus hijos para la guerra. El Perú ha apelado ante el tribunal americano contra la ley de la fuerza impuesta por Chile, y no puede dar á sus generaciones jóvenes aquel rumbo de costumbres que conducen finalmente á empresas de conquista. El Perú pondrá su esperanza en la inteligencia, en la creación de grandeza y fuerza moral. Hay un principio mental, que á la vez separa las razas terrestres y les permite colaborar en las obras de la civilización, que puede hacer inexpugnable la América y defender las prerrogativas de sus estados: el poder de la opinión. La luz de las ideas se difundirá desde los cerebros que están en contacto inmediato con las ciencias físicas y la historia, á todos los individuos del pueblo. Entonces llegará el fin de las desuniones civiles, que desgarran á los países; de las malas prácticas que diezman y deshabilitan á la población; y el clima quedará vencido por la superioridad creciente del hombre.

.....
Realizado esto, el genio de la luz se despedirá

de las riberas orientales del Pacífico; y tacando con el ruedo de su manto dorado la diseminada Polinesia y conmoviendo las olas al rededor del continente de Australia, regresará al Asia para dar la vuelta al mundo ¡quien sabe cuantas veces!

Lima, mayo de 1901.

EL PROBLEMA DE LA CARIDAD

Todo tiene su pró y su contra, también la caridad, esta virtud predilecta de los cristianos.

Un sociólogo de la talla de Spencer, ha dicho: «Es dudososo si una filantropía mal entendida, que se ocupa solamente en las mitigaciones directas de los males humanos, é ignora con persistencia las consecuencias indirectas que resultan, no causa un total más grande de miserias, que el que sería producido por un egoísmo extremo».

Los científicos, los discípulos de la naturaleza, no predican la doctrina de la misericordia.

La naturaleza engendra más existencias que las que pueden sostenerse; millones de seres nacen, pero solo unos pocos individuos sobreviven y se reproducen. Citaremos el ejemplo típico de los arenques, cuya cría aumenta de tal manera, que si no fuese perseguida

por varios enemigos, pondría en poco tiempo en seco con sus cuerpos los mares septentrionales. Sucedería entonces que los arenques, por su superabundancia, acabarían con las condiciones necesarias para su propia conservación, pues agotarían el mar y sus recursos alimenticios; sofocarían la vida de los demás habitantes del elemento salado, y causarían un estancamiento, una putrefacción general.

Respecto al género humano. parecen regir las mismas leyes. La vitalidad de las naciones se mide por el aumento que se observa en su población. Al mejorar las condiciones sociales, el incremento de los seres humanos tendría que hacerse siempre más enorme, y si se suspenderían las causas actuales de mortalidad, como son guerras, epidemias y accidentes, puesto que el globo terrestre no crece, el número de contendores en el campo de la vida llegaría á ser abrumador y ofrecería un problema terrible á los estadistas. Es verdad que hasta hoy la raza humana está muy mal distribuída en la tierra; en algunas partes los hombres se disputan ávidos cada pulgada de terreno, cada pié cúbico de aire, mientras que en otras se extienden inmensos despoblados, y los frutos más suculentos devuelven su semilla al suelo sin que un paladar se haya aprovechado de su sabor. Pero, si llegara la edad dorada de la paz y de la razón universal, si la agricultura y el comercio explotados en medida igual, engendraran una prosperidad maravillosa, se notaría pronto en todo el mundo esa pléthora de actividad que hoy se deja sentir en los centros densamente poblados. Mirando lo que pasa actualmente en las ciudades, se presentan para cada puesto más candidatos que los que se pueden emplear, sean pretendientes á un profesorado, á la construcción de obras, á los negocios mercantiles, ó al desempeño de cualquier otro servicio remunerado. Al no haber vías de egreso para el sobrante de la

población ¿qué sería de los elementos que fuesen rechazados por los proveedores de cargos? Simplemente se haría una selección rigurosa de los individuos más útiles y competentes, y el resto perecería.

El sistema de la reproducción y de la selección consiguiente, está en vigencia perpétua, y por eso los científicos adoptan la regla que sigue: «si es imposible que todos los seres que nacen subsistan, es preciso que sobrevivan los mejores».

El método de la naturaleza, de engendrar tantas aspiraciones á la vida, que tienen que resultar efímeras, podría calificarse de cruel, si no fuera que su acción tiene un motivo ético, es decir, el de dar más impulso, mediante la competencia, á las aptitudes de los ejemplares vigorosos.

Este orden de cosas, el empeño de la caridad no lo puede alterar. Al proteger á los seres débiles, dice Spencer, les damos á estos una oportunidad de reproducirse en una raza degenerada, que ocupará el lugar que por derecho pertenece á los individuos de energías victoriosas. El exterminio de los puniblemente inválidos no es una desgracia, sino al contrario, una ventaja; la tendencia al mal y al ocio que existe en ellos, capaz de trasmitirse á la posteridad, llenaría el mundo de hombres perversos que serían un peligro y un estorbo para los hijos de las familias decentes.

Más aún, ¿en qué quedaría la caridad si con su lejanía alentara el pauperismo y duplicara así la miseria?

• Bajo muchos aspectos, la caridad no es un elemento moralizador. El recibir caridades es hasta cierto grado una ofensa á la innata dignidad humana; el ideal de todo ser es sostenerse por su esfuerzo propio, y no depender de la gracia de nadie. Los que necesitan de la caridad, se sienten con amargura derrotados en la lucha por la existencia, ó con una falta des-

graciada de pondonor, se entregan libremente al parasitismo, que excluye toda emoción noble. Es un fenómeno explicable que la bondad encuentra siempre un mal pago; el corazón humano no agradece lo que entiende como una humillante manifestación de superioridad ajena.

Diversos son los motivos que rigen á los hombres para socorrer á los necesitados. No hablaremos de aquellas personas que quieren comprar el cielo con sus donativos ó exhibirse ante sus semejantes. A menudo puede trazarse en las obras de caridad una deficiencia de carácter unida á un corto alcance de penetración en el efecto de las medidas tomadas: el socorro es un apoyo inseguro para los menos pudientes, á la vez que les da un concepto falso de sus recursos verdaderos; además la humanidad pierde si con una asistencia demasiado solícita se deprime el esfuerzo personal de los individuos.

Otras veces, los auxilios al prójimo se otorgan para conciliar una conciencia acusadora, y al distribuir una parte de riquezas ilegítimamente obtenidas; el donador cree expiar pasadas irregularidades. Esa corrupción del juicio, esa costumbre de sustituir la caridad en casos donde otras virtudes hacen falta, es tan frecuente como deplorable.

El espíritu moderno obedece á dos corrientes de ideas diametralmente opuestas. Por un lado la filantropía se organiza más y más; por el otro se citan las leyes de la selección para revolucionar completamente los dogmas anteriores de la moral. Los políticos principalmente se adhieren al nuevo modo de pensar; en las relaciones internacionales no se conoce la caridad ni se le quiere admitir derecho de ser alguno. No solo que se extirpa sin escrupulo las razas no civilizadas, sino que, por más que se eleve el nivel general de la cultura, siempre «lo mejor se muestra enemigo de lo bue-

no», como dicen los ingleses.

La teoría de los naturalistas parece que quisiera justificar el más craso egoísmo—pero el egoísta que triunfa en los conflictos que ofrece la vida civilizada, no puede ser un individuo inferior, porque necesita de insignes talentos y de prendas nobilísimas para vencer la competencia de los otros pretendientes.

La misma naturaleza que nos enseña las despiadas luchas por la existencia, nos muestra también, es verdad, que en cada vida ocurre una época de flaqueza, la de la infancia, para no referirnos al ejemplo más problemático de la decrepitud. Por consiguiente, hay instantes en que la creación sucumbiría sino fuera por los sagrados instintos del altruismo. Pero estas contemplaciones que los seres vivientes extienden á veces los unos á los otros, son más bien un deber que una caridad. También las naciones tienen su infancia, y si reclaman leyes que las protejan en su edad de desarrollo, invocan un derecho que todos deben reconocer.

De cualquier modo está fuera de duda que se haría el mayor favor al género humano si se disminuyera la necesidad de hacer caridades; y se adelantaría un gran paso hacia este fin, si el altruismo se ejercitara más en la equidad que en lo que se llama filantropía caritativa.

En el estado actual del mundo la equidad es deficiente, y los individuos que son defraudados de las consideraciones que con justicia merecen, se convierten indebidamente en miembros mórbidos de la sociedad.

No es raro que los ricos con su economía injustificada impiden vivir en condiciones normales á los empleados que dependen de ellos.

En el empleo de grandes empresarios acortan su vida muchas veces los trabajadores con tareas demasiado recargadas, ganando tesoros para sus patrones.

Al lado de las fortunas fabulosas que se acumulan, queda la miseria de las familias que son directa ó indirectamente oprimidas. Al obrero se le priva de la adquisición de ideas, privándole del indispensable tiempo libre, se le quita la energía necesaria para ascender de la condición de un simple instrumento al rango de un organismo con voluntad propia.

En todas las esferas de la vida ¿cómo se hará desaparecer el egoísmo que anima á los más poderosos, que abusan de los individuos que les sirven verdaderamente?

La ambición de algunos hombres ó de ciertas secciones sociales pesa siempre sobre grandes masas del pueblo.

El presupuesto público aumenta en algunos países, porque los legisladores tienen que procurar más empleos y más salarios para gratificar á sus electores; en otros, porque las personas dirigentes sueñan con el dominio del mundo, y porque los magnates industriales constituyen una fuerza política que persigue, no el bien general, sino sus propios intereses. Sin el menor escrúpulo se hace más difícil la existencia ordinaria; la clase media, en vez de poder elevar el espíritu y mejorar sus condiciones materiales, entrega un mayor número de sus miembros al proletariado y este engendra á su vez resentimientos siniestros, y derrama sobre la sociedad criaturas abandonadas y criminales precoces.

Seguramente que el amor al prójimo debe comenzar antes de que este llegue al último grado del infiernio.

Al entender de algunas personas, el progreso del mundo sería la apoteosis del crimen.

Los individuos, las naciones, nacen sin que el To-

dopoderoso les garantice vida, propiedad ni amparo; sólo la fuerza da derechos. Pongamos la palabra mérito, en vez de fuerza, y digamos que la creación avanza, no por la caridad, sino por la equidad de Dios.

Callao, Julio de 1901.

El SOCIALISMO

Las agitaciones socialistas se presentan en los estados por uno ú otro de estos dos motivos: ó las clases inferiores han llegado á un alto grado de independencia intelectual, y por eso tienen aspiraciones que el antiguo orden público no satisface, ó las clases superiores han abusado de su predominio, hasta que se ha despertado un sentimiento intenso de rebelión en las castas oprimidas.

Nadie sospechó lo que estaba pasando en el alma del bajo pueblo, hasta que lo revelaron los Danton y Robespierre.

Dios, al donar el mundo con la potencia del progreso infinito, tuvo que crear á este con su sombra acompañante, el descontento perpétuo.

El descontento aparece como fuerza explosiva, en la gran revolución francesa; como una enfermedad en el anarquismo, como una vibración nerviosa, en el ser de Bellamy, Henry George y Zola.

Los grandes genios sienten cuando una modificación moral se introduce en el carácter de la humanidad; y están impacientes por llevar á su desenlace las alteraciones que penden. Más, la imaginación de un hombre que adivina los próximos adelantos que prepara la evolución, sólo puede reflejar débilmente con sus teorías los resultados que nos reserva la gigantesca labor de la naturaleza.

Los escritores socialistas dan la voz de alerta, de que se está operando una crisis en el elemento público, pero ninguno de ellos puede pintarnos un cuadro plausible de las condiciones sociales venideras.

Las instituciones antiguas, después de haber estado en vigencia durante muchos siglos, hicieron resaltar ese contraste: el trabajo despreciado; el orgullo de rango sin méritos personales en que apoyarse; los ricos, estimando miles de libras de renta mensual una provisión escasa para sus necesidades; los pobres, fallando en su esfuerzo por conseguir el seco pan diario; la categoría, tratada con deferencias especiales; la plebe, regida por un gobierno austero y arbitrario.

No solo para el cristiano, también para el científico ateista, todos los hombres son hermanos; hijos de un origen común, tienen derecho igual á los frutos de la tierra.

Bellamy, buscando un remedio para subsanar las presentes anomalías sociales, redactó un programa del comunismo, en su libro «Looking backward».

Sólo queda el inconveniente, que el tipo uniforme de hombres que se necesita para realizar un sistema como el expuesto por el autor, no existe, ni nunca existirá. En el estado social supuesto por Bellamy, todos los individuos deben trabajar en medida igual, proveyendo las necesidades y sosteniendo las instituciones humanas, para después recibir también su

parte justa de los rendimientos que una tal organización de la actividad acumularía.

Pero—hay individuos como el plebeyo napolitano—cuyo concepto de felicidad es el *dolce far niente* sempiterno, y hay, por el contrario, personas como los grandes empresarios norteamericanos, salidos muchas veces de las secciones más oscuras del pueblo, que han elevado los negocios mercantiles hasta la altura del genio; cuyas combinaciones industriales pueden rivalizar con el talento estratégico de Napoleón I, con la circuspección de los estadistas más famosos.

¿Estas dos categorías de seres habían de poderse amoldar á las exigencias de un mismo plan; la indolencia del uno, la ambición del otro, por la fuerza ó por la persuación; habían de ceñirse á un bien común?

Bellamy comparte el error de los anarquistas, que olvidan que la diferencia de fortunas está en íntima relación con las diferencias que existen en la cualidad de las personas.

El hombre acomodado, en el principio de su carrera ha triunfado de numerosos concurrentes; y el hijo del millonario habría descendido á la pobreza, si no tuviera prendas propias para administrar los bienes heredados. No es tan injusta la ley de la herencia, desde que del padre al hijo pasan no sólo títulos y propiedades, sino también cualidades y hábitos.

El espíritu fundamental del anarquismo, se revela en su labor, la destrucción sin poder creador.

Los anarquistas quieren que todo se haga sin esfuerzo; según su doctrina, la educación, el gobierno deben formarse espontáneamente, por disposición natural de los hombres; su lema es «el máximo de holganza para todos, con el mínimo de esfuerzo para lograrlo».

Del vicio y del ócio ha emanado una entera ca-

tegoría social; los desgraciados que pertenecen á ella, inertes por sus malísimas costumbres, han tenido que retroceder hasta las últimas filas de los luchadores por la existencia desde donde protestan con el frenesí de la impotencia de las glorias alcanzadas por los compañeros más meritorios que ellos. Entre estos renegados de la humanidad hay personas que alguna vez han gozado de lujo, caracteres de un estirpe borrado Las pasiones que fueron su ruina, son su arma contra la paz civil; en la imposibilidad de elevarse, tales como son, á una vida respetable, se resignan á coronarse con la insignia lóbrega del asesinato.

Incalculables son los beneficios que la civilización ha reportado de la centralización del dinero. Las aspiraciones superiores que animan el género humano, no las han introducido los muchos que trabajan, sino los pocos que dirigen á los demás. La plutocracia y la aristocracia han creado los ideales para el obrero; el espectáculo que presenta la vida de los ricos y descansados es lo que señala los rumbos á la humanidad moderna; los inventos las artes, se han estimulado con las demandas que fueron originadas por los caprichos de los sujetos pudientes, los grandes caudales acumulados hicieron surgir los grandes proyectos técnicos.

El comunismo presupone que el ideal social esté claramente definido en la mente de cada uno de los miembros que concurren en sostenerlo.

Pero ¿qué sucede hasta hoy en materia de administración? Las clases ignorantías no pueden desempeñar con ventaja un cargo que requiere circunspección y vasta experiencia--y los hombres ilustrados, cuya obligación exclusiva debiera ser el velar por los intereses de todos—ellos padecen de aquel mal tenaz, el ogoísmo. La sociedad, sufre sencillamente, las consecuencias de sus imperfecciones inherentes, es decir

la escasés de verdadera cultura y educación moral. Y para impulsar el sentido ético de las generaciones actuales y próximas ¿sería benéfico el estado de cosas propuesto por los utopistas: la terrible osadez de una existencia sin tragedias, sin conflictos conmovedores, sin momentos heróicos?.....

En algunas partes los fenómenos políticos nacen espontáneamente de la evolución natural de las circunstancias; mientras que en otras se introducen las ideas preparadas en el extranjero, y se ingertan de un modo más ó menos apropiado sobre las condiciones existentes. ¡Compárese el movimiento socialista en Alemania, Estados Unidos é Inglaterra, donde es notable la posición elevada del obrero, con los ecos del socialismo en Austria, España é Italia! En Rusia, donde la autocracia del emperador se encuentra con la sumisión filial del campesino, las tentativas de revolución son un producto exótico, y con razón, en el suelo eslavo, producen la flor estéril del nihilismo.

De otra manera, que Bellamy, Zola se han constituido en vocero del rango obrero, exponiendo los agravios que sufre y reclamando los derechos que le corresponden. ¿Pero de donde provienen las dificultades con que tiene que entender el cuarto estado?....

La humanidad civilizada tiene por raiz el trabajo, que la elevó de la barbarie á la condición en que se encuentra ahora. En los tiempos primitivos los terrenos no tuvieron dueño; estuvieron á la disposición de cualquier hombre que quería tomar; todos vivieron en la igualdad, no había clases dominantes. Gradualmente algunos individuos se adelantaron con sus aptitudes, distinguiéndose en la guerra, en las ciencias y el comercio; mientras que las multitudes se quedaron atrás, sujetas á la iniciativa de los primeros. los valientes campeones fundaron la nobleza; los buenos negociantes la burguesía; el clero representaba los

En manos de egoistas la supremacía intelectual se había prestado á la perpetración de abusos y exacciones; el trabajador no tenía armas contra sus opresores porque le faltaban los conocimientos para aducir razones, experiencia para efectuar la cohesión de los interesados. Se había negado al pueblo la ilustración, para que ciertas clases pudieran permanecer en aquella altura del poder que ambicionaban, y explotar á su gusto el trabajo de siervos irrestistentes. Con mentiras fútiles se había viciado la atmósfera de los incáutos, hasta que los discípulos se hicieron más cierdos que los maestros.

Tantas fueron las culpas acumuladas por las clases soberanas, que el orden social se iba invirtiendo.

La aristocracia de la sangre, por el mismo exclusivismo que le es particular, tiende á degenerar; como explotadora de sinecuras se hace despreciable, como pretendiente á una superioridad simplemente tradicional, está desacreditada. ¡Las filas obreras vienen jóvenes, vigorosas, regeneradoras!

¿Pero, porque al fin las castas proletarias entran en la competencia general, Zola quiere refundir la humanidad en una sustancia homogénea? Imposible. ¡Que siga la evolución!

Por medio del trabajo, las familias pueden procurarse todos los privilegios sociales: posición, cultura, placeres. Hoy los obreros bien organizados, pueden hacer valer sus derechos contra el poder del capital, y llevar sus reclamos ante los parlamentos. En legítimo combate, el partido socialista puede disputar el terreno al viejo conservatismo.

Basta con eso. El orgullo del trabajo quiere imponerse á la sociedad con el mismo despotismo con que antes lo hiciera el orgullo de la nobleza.

Pero la obra de tantos siglos, la variedad de clases, no puede borrarse de hoy á mañana. Los distin-

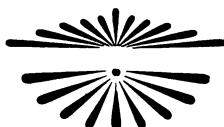
tos antecedentes han imprimido su sello á las personas; las épocas de penurias han atado el espíritu con mil pesadas cadenas á la parte material de la existencia la cultura refinada, la estética exquisita, son el patrimonio de la aristocracia verdadera.

Los hombres se agrupan según sus simpatías, buscando un acuerdo de gustos, costumbres y concepciones de la vida.

La sociedad sin consentir en una fraternidad artificial, se está encaminando lentamente hacia una nivelación final. Al estudiar la sociología, vemos lo mismo que en la geología de nuestro planeta: las alturas nacen de las ebulliciones primordiales de la materia, se erigen sobre los valles, y, cediendo á la acción meteorológica, se van confundiendo con las llanuras, después de haberlas fertilizado con el derrumbe de sus laderas.

Así, tras sacudimientos violentos y procesos paulatinos, decae la majestad de los tronos; los talentos especiales se hacen propiedad general, y la democracia real será cada día más posible.

Callao, Agosto de 1901.



estudios. El gran número de los vulgos se sometió al tutelaje de los pocos que tenían poder intelectual, el que, precisamente, se empleaba en el servicio de ambiciones tanto buenas como malas.

Para contener á la fiera humana, temible por su ignorancia, fuerte por sus proporciones, hubo de inventar muchos ardides, y los antiguos jefes, más bien sabios que no arbitrarios, gobernaban á los pueblos con la autoridad de un padre ó con la audacia de un tirano.

Moisés conducía á los judíos como el pastor guía los rebaños; Pedro el Grande civilizó á sus súbditos, mandándoles cortar las barbas en plena calle.

Cada vez que el pueblo se desataba de ese freno que le imponían las clases superiores, dió señales de incompetencia y de salvajismo,—convenía pues intimidarlo, oprimirlo con un aparato de leyes que pesara en su imaginación.

Las inteligencias mediocres no pueden ser regidas por principios indivisibles; así como su religión es antropomórfica, un culto de imágenes, su civismo se convierte en el culto de una persona. Por consiguiente, se afianzó más y más el prestigio de ciertas castas; príncipes y clérigos dividieron entre sí la faena laudable de domar y dirigir la voluntad de las multitudes inconscientes.

Al fin sonaría la hora de la emancipación del pueblo; pero entonces las clases distinguidas trepidaron en renunciar sus prerrogativas acostumbradas.

Todas las épocas de tránsito son difíciles y peligrosas. Se preveía con ansiedad la resolución en las condiciones del trabajo, la turbulencia de los juicios inmaduros, cuando despertara repentinamente la inteligencia de las masas.

¡Quién no temería al desencadenamiento de un esclavo que tenía tantos agravios que vengar!

Véase la página 54.

EL ESPÍRITU Y LA MATERIA

Mucho han discutido los filósofos para resolver si el mundo debe considerarse como basado en un principio material ó uno espiritual, ó en los dos conjuntamente. Algunas teorías establecen que todos los fenómenos materiales son imaginarios y que lo único real es el ser espiritual. En oposición directa con esa doctrina están los que consideran el alma como una quimera y refieren toda la vida mental á simples accidentes que acompañan los movimientos moleculares. Otros todavía creen en una esencia divina aparte de las materias, dominando la primera á las segundas y creando de éstas vidas y fenómenos temporales.

Ninguna de aquellas proposiciones satisface, y la solución verdadera del problema se hallará probablemente en la siguiente ley:

Cualquiera experiencia subjetiva tiene que expresarse en una manifestación objetiva; las dos condiciones son indispensablemente simultáneas; y por eso, lo visible y palpable que llamainos materia, tiene que acompañar lo impalpable que se llama pensamiento ó esencia mental.

Penetrémonos con la idea de que por donde hay materia, también hay espíritu; que la materia, en efecto, es nada más que la vida mental exteriorizada.

Al estudiar la materia, estamos estudiando al mismo tiempo los acontecimientos del mundo intelectual. Cada pensamiento, cada emoción que surge en nosotros, se traduce de un modo más ó menos perceptible en nuestro aspecto físico.

El ser intelectual superior lo distinguimos del ser elemental embrutecido por la conformación de su cerebro, por su sistema nervioso y por la armazón de sus huesos. Busquemos la razón porque existen las múltiples variaciones de especie animal, y por que ha habido un adelanto constante en los organismos durante el curso de los siglos. Es que desde los tiempos primordiales cada alteración mental se ha reflejado en una alteración física. Los seres de escasos recursos intelectuales y de hábitos simples poseen un organismo sencillo; pero poco á poco que van extendiendo su percepción y ampliando sus costumbres, se realiza igualmente en su cuerpo una metamorfosis encaminada de simple á más compleja.

La naturaleza parece un libro en el cual se vé escrita con los caracteres de los fenómenos visibles la historia de los elementos mentales. Demostrado está que la vida en la tierra no comenzó con los grandes ingenios, sinó con inteligencias sumamente inferiores.

En las épocas primitivas que se distinguen por la aparente ausencia de vida moral, no existieron formas orgánicas, sinó elementos que se aglomeraban y descomponían mediante las simples operaciones de la cristalización. Después siguió la era de las plantas dotadas de sensibilidad, y de los animales dotados de reflexión. Cuando se consolidó el pensamiento apareció la forma humana, y conforme ascendió la cultura, se mejoraron las razas.

Miles de años se necesita para afianzar una condición moral superior, y miles de años también se re-

quieren para que se cimiente un perfeccionamiento en el organismo. Los órganos y las funciones visibles representan los actos que pasan en la conciencia de los individuos, teniendo así el ser intelectual superior un sistema material más complicado.

Ahora un crítico agudo, creyendo haber encontrado el reductio ad absurdum de nuestra teoría, nos dirá:

«¿Entonces, un grano de arena simboliza una condición moral?» Sin recelo contestamos en el afirmativo.

Así como los objetos materiales que no alcanzan un cierto tamaño, se sustraen á la vista del hombre, también una mentalidad que no llega hasta ciertas proporciones, queda desconocida por nosotros. En el mundo se desciende de las manifestaciones de un gran poder intelectual hasta la observación de mínimas facultades, y nos falta sólo creer que en el orden moral existe algo menor aún que lo más ínfimo que podemos percibir.

El grano de arena es un compuesto de átomos. ¿Cuál es el ser animado que posee un mínimo de inteligencia y por consiguiente se presenta como un corpúsculo casi faltó de organización? ¿Es la célula ó es el átomo? El átomo es tan incalificable como pudieran serlo los primeros principios de la facultad mental.

¿A qué causa se debe que la tierra en una época fué un globo enorme compuesto de gases diáfanos, y después se fué condensando, diferenciándose su contenido en sustancias y cuerpos distintos? Es que la solidez de las substancias depende de la fuerza de cohesión que rige en los átomos, la que no fué siempre la misma; y la particularidad de los cuerpos resulta de una actitud especial en las partículas que se agrupan.

Todos los cambios periódicos de que dá cuenta la

historia fisiológica de la tierra es obra de los átomos. La formación de moléculas es un fenómeno de la vida colectiva de las bases finales, y bien sabido es que todo cuerpo visible es en su todo una colectividad de moléculas. El que la actividad de las materias se complique avance del régimen inorgánico al orgánico, debe referirse á progresos en la cualidad de los más pequeños corpúsculos. Los átomos han modificado su acción desde que la tierra nació de la nebulosa solar, y van modificándola cada día más; cuando el átomo se modifica, los cuerpos varían y las substancias se alteran. Sin la actitud de los átomos no tendríamos cuerpos; no existieran hombres; no tendríamos siquiera atmósfera que respirar, ni suelo que pisar, no habrían aquellas combinaciones de luz, agua y mineralés que se llaman vegetales y materias orgánicas. ¿Los factores, por pequeños que sean, que determinan todo esto en la tierra: ellos no tendrían vida è inteligencia? ¡Sí, las tienen! Nuestra vida es la vida de los átomos; nuestra esencia moral es el principio mental inherente en los elementos que nos componen.

La inteligencia recorre sus fases ascendentes tanto en el ser microscópico como en el individuo humano: la naturaleza está animada en todos sus detalles; y el mundo material, estimado como una pantomima que acompaña la evolución mental, es mil veces más interesante de lo que quisieron hacerlo los positivistas de antaño.



EL MUNDO ANIMADO

Cada cuerpo que vemos, sea grande ó pequeño, orgánico ó inorgánico, está compuesto de innumerables partículas microscópicas. Esas partículas, lejos de ser siempre las mismas en un cuerpo cualquiera, se encuentran en un continuo ir y venir; sustrayéndose algunas por los diversos procesos de desintegración, y siendo reemplazados por otros que se introducen mediante la adhesión ó asimilación física.

Hay plena evidencia, en los organismos superiores, de que las mudanzas físicas están en relación directa con las condiciones psíquicas. Tomando por ejemplo el ser humano, la nutrición, un simple acarreo de materias, sirve para mantener las fuerzas mentales; el estado moral fluctúa conforme que la digestión y la circulación de la sangre expulsan ó admiten las moléculas en el sistema orgánico. ¿Entonces, en qué debemos fijarnos para comprender el origen de la vida, de los pensamientos y de las emociones humanas? ¿En qué podemos fijarnos sino en los movimientos de las partículas, de las cuales dependen todos aquellos fenómenos?

Fué con fecha 9 de marzo de 1843 que el naturalista alemán Vöhler escribió á su amigo Liebig: «Imagínate que en el año 1900 los dos estaremos disueltos

en ácido carbónico, amoniaco y agua; nuestros huesos quizá formarán parte del esqueleto de algún perro que haya desecrado nuestra tumba»

Aquí comprendemos que las materias que hoy se combinan para presentarnos la forma y la faz de un amigo querido, después de difunto y de disuelto éste, se dejan trazar todavía dispersadas por acá y por allá, ocupando nuevos lugares en la naturaleza.

El cuerpo que enterramos con el solemne aparato fúnebre, entrega sus granos de polvo á la tierra que lo envuelve, sus gases á las plantas que risueñas mecen sus tallo en el aire; sus gotas de líquido á las corrientes ocultas, que algún día unen sus aguas al mar ó las elevan hasta las nubes.

Pero todos los días sucede que en un río ó en una flor podríamos reconocer algún átomo que ayer transitoriamente formó parte de nuestro cuerpo. Diariamente morimos, en el sentido de que grandes cantidades de moléculas abandonan siempre los organismos vivos. Pero el cadáver yerto despidie las partículas sin atraer otras hacia sí—allí está la diferencia entre la vida y la muerte.

Otro bromista más agudo que Vöhler, ha dicho: «La res debía sentirse honrada de que un trozo de sus caderas sea capaz de convertirse en un epígrama exquisito de Goethe ó en un discurso arrebatador de Bismarck.»

Esto en verdad es extraño: ¿cómo es posible que las substancias recién digeridas en el estómago, suben al cerebro para ayudar en las funciones del pensamiento? ¿No es indispensable para eso que las moléculas del alimento se dejen impartir aquellas agitaciones que prevalecen en la masa cerebral, y las que deben ser causa de las imágenes que atraviesan nuestra razón?

Flammarion nos repite la definición que la cién-

cia del siglo XIX supo dar al calor, á la luz y al sonido. La luz es una sensación producida en el nervio óptico del hombre por vibraciones del éter, cuya velocidad comprende entre 400 á 700 trillones por segundo. El calor es una sensación producida por vibraciones de 350 á 600 trillones por segundo. La percepción del sonido se produce en nuestro nervio auditivo al ser herido éste por vibraciones del aire de 32,000 á 36,000 por segundo.

El nervio óptico es un grupo de moléculas que responden una y todas á las vibraciones de cierta velocidad, que producen la impresión de la luz; las moléculas que componen el nervio auditivo tienen una susceptibilidad especial por las vibraciones de otro orden, que engendran la conciencia del sonido; y así, en resumen, es el aparato de todas las sensaciones humanas.

Las vibraciones del éter afectan á una multitud de moléculas en común; la impresión, por ser experimentada simultáneamente por miles de partículas, que están sensibles entre sí, se intensifica muchísimo y la suma de la impresión producida, convertida en una vibración de laya nueva, se comunica á las moléculas sensitivas que forman los centros cerebrales.

Moléculas, como sujetos sensitivos, y vibraciones como forma de comunicación, esto es lo único que encontramos para explicar los fenómenos de vida consciente.

Observemos la célula nerviosa y veremos cuanta animación y sensibilidad caben en los cuerpos minúsculos que se han reunido para formar el sistema animal. Esa célula microscópica de que hablamos, consiste en un hilo de fibra nerviosa gris, encerrada en una cápsula delgada de materia grasa que la protege. A un extremo de la célula se encuentra una especie de musgo diminuto, ó para expresarlo mejor, un

grupo de ramas cortas de protoplasma, llamadas dendrons. Los dendrons, poseen sensibilidad y trasmitten las impresiones recibidas á la célula, mientras que la fibra interior conduce la creciente nerviosa de las células á los músculos, tejidos ú otras células nerviosas.

Las ramificaciones de las fibras nerviosas están distribuidas en toda la superficie cutánea, y responden á cualquier irritación que les llega de afuera.

El impulso dado á los nervios que de tal manera se excitan, se telegrafía inmediatamente á los centros nerviosos, ó sea por ejemplo á los ganglios que están situados cerca de la médula espinal.

De la región central del sistema nervioso radía la conmoción impartida á los extremos opuestos del cuerpo; suponiendo que la piel de la mano izquierda haya sido irritada por una picadura, los centros nerviosos, al estremecerse, producirían una corriente, la que causaría un movimiento reflejo en la mano derecha. Pudiese ser también que una otra corriente subiese hasta penetrar en la masa encefálica, y sólo entonces nuestra razón se daría cuenta de que habíamos sido picados por un insecto. Es decir, las moléculas del cerebro se habrían puesto en actividad, y al ser estimuladas, harían resaltar ideas, recuerdos de picaduras recibidas en ocasiones anteriores y de los medios que se hubiesen empleado para combatir la mortificación consiguiente. Las substancias cerebrales, á su vez ejercerían presión sobre las ramificaciones nerviosas, y se pondrían en movimiento los pies y las manos del individuo para traer y preparar los medios de alivio.

Se necesitan, pues, operaciones muy limitadas, para que la razón de una persona sepa lo que pasa en las partes diversas del cuerpo, y es sólo debido á la gran precisión y rapidez conque las miriadas de células

ejecutan su labor de trasmisión, que el individuo se cree un todo indivisible.

Cada molécula del cuerpo humano es capaz de sentir impresiones, de retenerlas y de trasmitirlas.

Evidentemente, por la actividad de las células, las que algunas veces están en reposo, y otras veces se aproximan para comunicarse sus agitaciones, piensa y siente el hombre.

Las moléculas deben dividirse en categorías distintas, según que su susceptibilidad responda á distintas clases de influjos. Ya hemos visto que ciertas partículas se afectan de aquellas vibraciones que causan las impresiones de la luz, del sonido y del contacto; así deben haber moléculas que con dotes de percepción más perfectas, sientan el efecto de varias vibraciones á la vez; y sin duda otras, que vibran al recibir las corrientes del pensamiento!

Extendiendo nuestra hipótesis de que las partículas microscópicas de materia componen no solo el cuerpo, sino también el alma de los seres, echaremos una mirada sobre los reinos vegetal é inorgánico.

Un objeto que se afecta con las alteraciones que sufre el medio que lo circunde, no puede ser materia muerta, sino que es espíritu vivo.

Las moléculas de la planta son susceptibles á multitud de influjos exteriores; pero, al no responder á varias de las vibraciones que las moléculas del cuerpo humano perciben, carecen precisamente de un gran número de facultades que nosotros poseemos.

Seguramente que la insensibilidad hacia determinados influjos no constituye una falta absoluta de animación.

En un artículo interesante, con el epígrafe: «Tienen poder cerebral las plantas?» leemos lo siguiente: «Es innecesario aducir más pruebas de que un poder

cerebral existe aparte de un cerebro visible. Cuando vemos la irritabilidad de las plantas sensitivas, transmitida de un sitio á otro, la que queda exhausta despues de habersele aplicado repetidos excitantes artificiales, y que se repone despues de un período de reposo, es difícil desasociarla de la animalidad. Aún menos podemos ser testigos de cómo ciertos órganos de la planta adoptan posiciones y direcciones determinadas, venciendo obstáculos interpuestos, moviéndose con espontaneidad, ó estudiar la manera como son modificados por la aplicación de estimulantes, narcóticos ó venenos—y declarar que estos fenómenos son producidos por un poder diferente del que causa actos y efectos semejantes en los animales.»

Los procesos que se realizan en los cuerpos vegetales, son pues esencialmente análogos á los que funcionan en el sistema orgánico del hombre, y que acabamos de describir.

Siguiendo nuestra lógica, diremos, que en los cuerpos inorgánicos las moléculas están caracterizadas por una susceptibilidad más estrecha, en ellas no representan las vibraciones complejas; y las olas de la luz, del sonido y del contacto las afectan de un modo distinto de lo que sucede con las moléculas superiores. Sin embargo, unas horas pasadas en un laboratorio químico no pueden convencernos de qué en las moléculas que forman las substancias inorgánicas, existen las mismas señales inequívocas de actividad que en las moléculas de la célula viviente. Movidas por sus propios impulsos, y atrayéndose por sus afinidades misteriosas, modificándose por su contacto mútuo los átomos de los ácidos y de las sales químicas, parecen nada menos que muertos.

Efectivamente, el científico aprende á mirar la molécula como á un espécimen intelectual que prin-

cípia por tener facultades de poco alcance y acaba por manifestar síntomas de un entendimiento muy complejo.

Detengámonos para pensar en los espermatozoos que son los agentes de la reproducción de las especies y consideramos al mismo tiempo cuál es el poder oculto de esos corpúsculos pequeñísimos, que llevan consigo la imagen de una raza entera.

El tamaño y la inteligencia no tienen relación— si se hiciera una comparación entre la hormiga y el cocodrilo, que quizá la primera ganaría el premio del talento. Además, los conceptos del hombre respecto de lo grande y pequeño son solo relativos, apoyados en las dimensiones á las cuales están acostumbrados sus órganos visuales.

Pues solo el tamaño ínfimo de las maléculas impiden al hombre reconocer en ellas seres inteligentes, que componen los diversos cuerpos, á manera como los individuos humanos componen sociedades y naciones. La analogía es perfecta.

El agregado es el resultante de las propiedades que poseen las unidades que lo componen. En la sociedad se expresan en escala aumentada la primitividad ó el grado de cultura de los individuos que la forman, los cuerpos animales, vegetales y minerales revelan justamente aquel alcance de sensibilidad para el que los facultan sus materias constituyentes.

Sentimos no poder reproducir aquí íntegro el capítulo de la «Sociología» de Spencer, titulado «La naturaleza de la ciencia social», por relacionarse ese acápite tan íntimamente con la cuestión de que estamos tratando.

Dice Spencer: «Dada la naturaleza de las unidades, la naturaleza de los agregados que éstas forman, está predeterminada. Al decir naturaleza me

refiero por supuesto á los característicos esenciales, sin incluir los incidentales. Los caracteres de las unidades marcan ciertos límites dentro de los cuales tienen que caer los caracteres de los agregados. Las circunstancias que acompañan el proceso de la agregación, modifican bastante el resultado general; pero estas circunstancias, aunque á veces impidan ó estorben el acto de la agregación, ó en otros casos lo faciliten, nunca pueden dar al agregado caracteres que no sean concordantes con el carácter de las unidades».

Los caracteres físicos y morales que muestra el hombre, deben estar contenidos en las materias que construyen su sistema.

Hablando de sociología, Spencer también toca el tema del crecimiento y del desenvolvimiento natural de los cuerpos:

«Comenzando por los tipos de hombres que forman agregados pequeños é incoherentes, la ciencia debe enseñarnos de qué modo las cualidades individuales, sean intelectuales ó emocionales, hacen imposible que continúe el proceso de agregación. También debe explicar, cómo algunas modificaciones de la naturaleza individual, apareciendo al variar las condiciones de la vida, hacen posible la formación de agregados mayores.

«La ciencia sociológica ha de exhibir las influencias sociales más fuertes y prolongadas, las que al seguir modificando el carácter de las unidades, favorece la continuación del proceso agregativo, con el aumento de complejidad estructural consiguiente».

Todas estas reglas dadas con relación á los cuerpos sociales humanos, conviene con exactitud igual á los cuerpos físicos compuestos.

«En la substancia de cada especie de planta ó animal, existe una proclividad hacia la estructura que presentan aquella planta ó animal—una proclividad

que ha sido probada de un modo concluyente en los casos donde las condiciones necesarias para el sustento de la vida son simples, y donde los tejidos no han asumido una estructura demasiado complicada para permitir la reconstrucción.

«Cada escama que del tallo ó de las flores de la begonia phyllomaniaca cae al suelo, puede hacer brotar una planta completa de la misma especie--ese hecho prueba que las unidades de materia presentes en toda la extensión de los cuerpos mayores, tienen por tipo de agregación el tipo del organismo al cual pertenecen».

No importa que una modificación progresiva, efecto de la vida social de las unidades, haga más complicado el sistema de su actividad común—queda la verdad fundamental de que la causa de los fenómenos observados en la colectividad debe buscarse en los componentes.

Comprenderemos bien el ser humano, cuando apreciemos mejor la vida de las moléculas agrupadas en él.

.....

El estudio de la metafísica ha caído en descrédito, por no convenir su índole á las tendencias intelectuales de ahora. ¡Pero, ninguna ciencia muere por completo! Los varios ramos del saber humano, cultivados por un número escaso de adeptos durante las épocas desfavorables, han mantenido su vitalidad, hasta que alguna contingencia feliz les ha dado un impulso nuevo y les ha devuelto un vigor abundante. Si hoy los conocimientos positivos tienen embargados todo el interés del género humano, podemos estar seguros de que el genio especulativo está silenciosamente cobrando fuerza por medio de los descubrimientos que se hacen, y de que poco á poco surgirá una metafísica transformada y moderna, así co-

mo surgió una medicina práctica para reemplazar el arte caprichoso de Esculapio, y una filosofía nueva para fecundar las fórmulas áridas de Aristóteles.

En un futuro próximo, quizá las teorías metafísicas se levantarán sobre una base positiva.

Se trata de establecer científicamente que la materia y el espíritu son idénticos; al ser verdad esto, el espíritu sería palpable y visible; la indestructibilidad de la materia sería un hecho correlativo con la inmortalidad del espíritu; las disoluciones y agregaciones de las materias importarían otras tantas disoluciones y agregaciones de los elementos psíquicos.

Ya que sabemos que los fenómenos observados en los cuerpos conocidos, son el resultado de la acción de muchísimas partes, las que se encuentran en una migración continua, sacamos una consecuencia importante: se deben aplicar las leyes de la sociología para dilucidar los problemas psicológicos.

Al ponerse en conexión la fisiología y la sociología, la ciencia progresará un gran paso, pues los conocimientos humanos en ambas regiones se arrojarán luz recíprocamente.

Callao, Octubre de 1901.



ANALOGIAS.

I

EL EGO

La última palabra de la filosofía moderna es el animismo, doctrina que condena para siempre el error antiguo de mirar al hombre como un ser único en su clase respecto á dotes mentales é importancia moral.

Estamos de acuerdo con grandes científicos cuando decimos: «No tenemos derecho de asegurar que el grano de arena no siente la atmósfera que pesa sobre él, y que las gotas de agua del mar no sienten el impulso que las mueve durante el flujo y reflujo de la marea.» Arbitrariamente hemos calificado de materia muerta los objetos que probablemente tienen emociones y sensibilidades, aunque sean débiles y vagas. El mundo inanimado es una invención humana.

En los rayos del sol hay vida y fuerza fertilizadora; el éter es un medio que se muestra susceptible á cada acontecimiento que pasa en el universo. En los vapores cósmicos que están destinados á condensarse y formar soles y planetas, sin duda están latentes las pasiones de los seres que nacerán sobre las estrellas futuras. Todo vive: las rocas, las vetas de metal, la

tierra blanda de los campos, la humedad estancada en los pantanos, las nubes en el cielo y la nieve sobre las montañas!

¿Qué es el hombre? Es lo mismo que el éter y los trozos de granito: un compuesto de elementos físico-psíquicos, migratorios sin cesar. La mirada analizadora del científico moderno ve todas las formas conocidas de la naturaleza deshacerse en átomos, y en estos átomos encuentra la actividad palpitable que crea la diversidad de objetos que nos rodea.

La divisibilidad de los cuerpos fué revelada por el perfeccionamiento de los métodos ópticos y químicos—pero aquí no se detiene la revolución que desde el siglo XIX viene operándose en los conceptos que acerca de los fenómenos visibles se forma el hombre. La lógica filosófica procede á probar un hecho trascendental más: la divisibilidad de las almas—pues la vida y la inteligencia se hallan localizadas nada menos en las unidades ínfimas que en los compuestos grandes.

Al fin se podrá resolver los problemas que han embargado la mente de miles de los hijos de la tierra: ¿cómo debe entenderse el ego?-¿después de la muerte, qué suerte espera á mí y á los seres queridos que entre lágrimas he visto desaparecer?

Ya que dejamos de considerar el individuo humano como una esencia indisoluble, resalta el paralelo que existe entre la composición de los organismos individuales y la de los organismos sociales.

Delicada como la estructura de la sociedad es la vida de los hombres.

La sociedad consta de tantas voluntades absolutamente independientes como son miembros que se reunen en ella. Plausible parece á la vista de lo que hemos expuesto anteriormente, que las partículas que constituyen el organismo humano, cuerpo y alma, se

hallan asociadas solo bajo circunstancias determinadas, y que podrían separarse en cuanto á causas que operaran en cada una de ellas, así lo motivaran.

Preciso es conocer la acción individual de cada uno de los agregados de un compuesto, pues solo la solidaridad de sensaciones y armonía de movimientos en los primeros da el carácter de unidad al segundo. Esto es tan cierto respecto de los organismos animales como de los sociales.

La naturaleza para producir el género humano, ha recorrido con elementos menores una evolución igual á la que más tarde se empleó al formar las sociedades humanas, es decir la creación de la sociedad es la continuación de la creación del hombre. Comenzamos por las sustancias protoplásmicas que flotaron en los oceanos de la época primordial; poco á poco se presentan en aquellas síntomas de división, y luego sigue la organización; el desenvolvimiento de las diversas funciones y la separación de los órganos; hasta que al fin se establece en las especies vivientes un sistema presidido por el control cerebral y reglamentado por la acción de los nervios.

Con este relato corresponde íntimamente la historia del progreso social.

El paso inicial dado en el sentido de la civilización fué el que una cantidad de individuos originalmente homogénea, se diferenció en una parte que dominaba á los demás agregados, y otra que se dejaba dominar. En las reuniones de gente primitivas aún no existe una subordinación establecida; pero poco á poco se levantan los mandatarios, cuya palabra es acatada por las personas que los rodean. Junto con el incremento que toma una sociedad, avanza la evolución de sus centros dirigentes, y aquel organismo, siendo ya de carácter permanente, se pone más complejo. En las tribus pequeñas, el gobierno de los je-

fes poco estables generalmente, es una institución sencilla, pero, al complicarse el sistema, la administración se distribuye en las manos de numerosos delegados. Bajo los auspicios del rey, surgen poco á poco los poderes judicial, eclesiástico, militar y otros, que con el tiempo pueden subramificarse en nuevas dependencias.

Muchas personas, aunque se hayan convencido de que insectos como las abejas, pueden acomodarse á un régimen parecido á nuestras constituciones de estado, se resistirán á creer lo mismo acerca de principios animados cuya naturaleza en nada comprendemos, como son los átomos.

Sin embargo, quién puede negar que el mecanismo vital de los vertebrados superiores es obra de las influencias mutuas que ejercen sobre sí las pequeñísimas partículas orgánicas, y que cada molécula tiene su individualidad, aparte de la colectividad á la cual pertenece sólo temporalmente?

La razón del individuo no basta para mantener el orden en el sistema—al contrario, la regularidad necesaria se mantiene porque todas las diversas secciones del cuerpo desempeñan inteligentemente sus funciones. Nada percibe el hombre en su razón de los procesos de asimilación y desgaste que diariamente se efectúan en su interior, ni de las inventivas sagaces conque su naturaleza se repone de los estados morbosos; jamás sabe cuál pensamiento está próximo á surgir en su cerebro—las ideas vienen como poderes autónomos y hasta anárquicos—sorprenden á su dueño y lo atacan con ímpetu de rebeldes cuando menos quiere darles admisión.

La persona, lo mismo que una sociedad, es una unidad ideal, pero no real. La identidad del ser humano se mantiene como la de los pueblos y naciones apesar de que sus componentes de día en día varían.

Se puede decir que dentro de cada setenta años los componentes de una sociedad se hallan completamente substituidos por personas nuevas; y es ya un dicho popular, que el cuerpo humano está cada siete años absolutamente renovado en sus materias. Tan imposible sería, sin una comunicación habida entre las partículas microscópicas, que en el cuerpo humano continuasen sin interrupción las funciones é ideas particulares, como que el carácter de una sociedad se preservase sin que mediara entre las generaciones sucesivas la tradición en todas sus formas.

Tal trasmisión de partícula á partícula es la prueba más flagrante de que las materias químicas son á la vez agentes morales. Veamos el fenómeno de la incubación: todo germen necesita de un período en el cual puede contagiar con sus propias tendencias á elementos neutrales. La propiedad especial de un átomo puede propagarse á miles de otros átomos con quienes entra en contacto; de este modo las enfermedades, los impulsos, las ideas, toman fuerza lentamente en un cuerpo.

En la sociedad se llaman latentes aquellas disposiciones que agitándose en un solo pecho, ó en muchos seres aislados á la vez, esperan el momento de hacer prosélitos y constituirse así en corrientes arrebadoras.

En todos sus aspectos los fenómenos biológicos coinciden con los sociales.

Los elementos de la sociedad se dividen en múltiples categorías intelectuales—también entre las diversas partes constituyentes del cuerpo humano existe una diferencia de calidad: compárese las condiciones que son propias de los músculos y tejidos, con las altas virtudes que poseen las substancias cerebrales y nerviosas. En un sistema cooperativo, cada sección

está en cierto grado indispensable á la otra, y una remisión de esfuerzo en parte cualquiera puede traer por consecuencia un desarreglo serio. Así como sucede con la desmembración de un país, también respecto á una mutilación del cuerpo, importan mucho la proporción y el sitio del daño hecho, y sólo una catástrofe que destruye los órganos nobles, es concluyentemente fatal.

Los elementos superiores son los factores de cohesión en cualquiera sociedad; eliminar el cerebro de un cuerpo animal, es lo mismo que quitar los genios guiantes á las agrupaciones de hombres mediocres.

Un desarreglo del cuerpo enferma el espíritu. El cerebro vive de las impresiones que le remiten todas las células del cuerpo—es el resumen de los elementos contenidos en el organismo, como los hombres prominentes son el resumen y la flor de su nación. Así como la flor no se parece á la planta de que nace, el genio no se parece á los elementos populares, cuya más perfecta combinación encarna. Pero la flor es la creación de las ramas de cuyas savias brota; el genio es la creación de su pueblo; la molécula cerebral es una proyección de las varias potencias del organismo al cual pertenece.

Nuestros sentidos nos presentan al sér humano de un modo muy distinto de lo que es realmente, cuando se toman en consideración todas las minuciosidades que entran en su composición. El colectivismo social, el principio de cultura, no origina en la esfera de la raza humana, sino que lleva á cabo su labor ética aún en los seres que pertenecen á regiones ignoradas por la inteligencia del hombre.

Ya hemos llegado al punto donde termina la descripción del ego en lo que concierne sus característicos de compuesto social, y donde abordamos el problema de su disolución inevitable. Sobre las circuns-

tancias de la muerte y las probabilidades que atienden la inmortalidad, es posible ya el deducir conclusiones prácticas, las que serán el objeto de una continuación próxima de este artículo.

Callao, Octubre de 1901.

INMORTALIDAD

Todas las religiones y todas las filosofías se han ocupado del problema cuyo nombre encabeza estas líneas. Los filósofos naturalistas, con asegurarnos que la naturaleza siempre de nuevo invierte en su labor el polvo de los cuerpos desechos, en nada contribuyeron á la cuestión inmortalidad.

El hombre quiere saber si su individualidad consciente, con sus propósitos y amores, sus recuerdos y experiencias, es capaz de continuar y superar á la muerte.

Sin embargo, la ciencia, que ha hecho vacilar las creencias infantiles, prepara el ánimo para una fe más positiva.

Un escritor limeño dijo hace poco, con bastante acierto: «¿Quién dirá que no llevamos por un feliz ayuntamiento los átomos que constituyeron al primer hombre? Si, á través de los siglos innumerables, á través de los cataclismos, llevamos en nuestro sér los despojos de la humanidad difunta; los lodos de

todos los pantanos; la savia de todos los vegetales y los instintos de todas las bestias. Lo que fué garra de león es lengua de mujer, y lo que fué corazón de virgin quizá es hoy el cerebro de un monedero falso».

Desde el primer día de la creación terrestre ningún elemento ha parecido, ni quizá se le ha añadido átomo nuevo alguno—el mismo barro con el cual la naturaleza hizo los reptiles antidiluvianos, sirve hoy para formar los hombres modernísimos!

¿Y en un mundo donde la existencia perdurable es ley, habían de hundirse en la nada los pensamientos del hombre?

¡Si de la sangre de los héroes brotan flores, de sus ideas brotarán cielos!

La definición antigua de la vida, llamándola «unión del cuerpo y del alma», es insubsistente—la vida del hombre consiste en dos principios: los elementos y su actividad colectiva. Si se deshace una sociedad de seres humanos, quedan los individuos; si se deshace la vida individual, quedan los elementos.

Olive Schreiner, la famosa escritora sudafricana, pone en boca de un pobre pastor del veladit, que llora la muerte de su amada, las palabras siguientes: «¡El cambio es la muerte! ¡el cambio es la muerte! ¿quién osa decir que el cuerpo no muere, porque se convierte en yerbas y flores?—y así tienen valor de decir que el espíritu no muere, porque en el espacio infinito algún ser extraño, ultraterrestre, puede haberse engendrado de sus ruinas»

Sí; la muerte implica un cambio irreparable; lo que estaba unido en un cuerpo, se desune; célula de célula, átomo de átomo se separan; fragmento por fragmento desaparecen las manos, los pies, los ojos, los labios, la frente coronada de cabello: todo lo que fué el embeleso de nuestros sentidos. ¿Adiós para siempre, formas conocidas y queridas—pues la natu-

raleza nunca se repite!

Pero vamos á la escuela del sér, al alma, que irradiaba la vista de la difunta, que prestaba elasticidad á sus movimientos, calor al apretón de sus dedos. Solo en una parte pequeña del sér humano, es decir, en las moléculas del cerebro, reside la razón; y en fin, es la razón lo verdaderamente precioso, el encanto que se difundía por las materias que tan pronto pueden sér savia de árbol que sangre de mujer.

¿Pero cómo imaginarnos la razón sin el cuerpo al cual presidía? ¿De dónde vendría las ideas á esta razón cuando no habrían sentidos que le comunicarían las imágenes de la vista, las impresiones del oído, las caricias del tacto? Emancipados de las muchas sensaciones que los aprisionaban, y flotando libres en el espacio, los elementos de la razón percibirían las influencias de un medio nuevo—su mundo se transformaría. No, la inmortalidad es una ilusión; todo cambia; el alma, con desprenderse de los demás órganos del cuerpo, pierde sus relaciones antiguas, y aturdida se deja arrastrar por fuerzas ajenas.

Sér ó no sér, eso quiere decir, coordinar ó sér coordinado—sumergirse en el medio, ó imponerse á él. «La inmortalidad es de aquellos que son aptos para ella—quién quiera sér un alma grande en el futuro, tiene que sér un alma grande ahora». ¿Por qué motivo la razón individual había de ser impotente para vencer la catástrofe de la muerte, cuando encerrada en el cráneo del hombre supo dominar la mayor parte de la naturaleza conocida? El alma, después de la muerte, no se hallará en un universo incomprensible; no sabemos siquiera si salva ó no de la atmósfera terrestre. Diariamente los cuerpos en nuestro orbe se disuelven; sus elementos flotan en el espacio, almas con almas se encuentran.

Consentimos en que la razón, al escaparse del organismo que la contenía, estará aturdida, hasta el grado de ponerse inconsciente. Una alteración brusca de las circunstancias acostumbradas produce en un ser cualquiera una desorientación mental. Suspendeda como una exhalación en el espacio, el alma se sentiría como un Napoleón sin sus legiones, como un Bismarck sin el pueblo prusiano; como un Robinson Crusoe en la isla desierta. Pero es natural que las facultades psíquicas vuelvan en sí, y se adapten al medio nuevo. Recomenzando su actividad ordinaria, el alma se rodearía otra vez de elementos subordinados, ó entraría como parte integrante en algún sistema ya existente. El accidente de la muerte, que ha causado tantos temores y tantas dudas, se reduce á una simple retribución de los elementos.

.....
Los pesimistas no lograrán que la ciencia se ponga en pugna con la fé.

«Dios es el amor» dice el evangelista; «el universo se rige por la simpatía» dice la ciencia. Sí; la verdad más palpable en el mundo es la guerra incesante, la destrucción mutua, la lucha por la existencia, la oposición de principios hostiles en la sociedad. Pero la simpatía reúne lo bajo con lo bajo, lo noble con lo noble, artistas con artistas, obreros con obreros, filántropos con filántropos, patriotas con patriotas; y también criminales con criminales, traidores con traidores, hipócritas con hipócritas, libertinos con libertinos. Los animales toman el alimento y respiran el aire, por simpatía. No se mueve un átomo en la naturaleza, que no lo haga guiado por simpatía ó afinidad. Las plantas enamoradas de la luz, estiran sus tallos para alcanzarla, y las estrellas oscilan en sus órbitas porque sienten la proximidad de sus hermanas. Cuando por la fuerza son sacadas de la esfera de sus

simpatías, languidecen los retoños, se desesperan los animales, y se rebelan los hombres. Desterrado el ser humano del edén de sus deseos, no descansaría hasta recuperarlo—ó rompería los hilos de la vida, y cada fragmento de su corazón buscaría su amor perdido.

La simpatía es más fuerte que la razón. Las asociaciones complejas de ideas que llamamos la razón, pueden desordenarse y oscurecerse, pero la simpatía es como una brújula que dirige el ser infaliblemente al rumbo de su destino.

Aquellos que esperan que nuestra existencia racional ha de continuar en el futuro, á veces se desalientan ante el hecho de que el hombre no conserva recuerdo alguno de una existencia previa á su último nacimiento. Cierto que el pasado, si lo hubo, está envuelto en tinieblas impenetrables, pero cierto también que los hombres no son como seres que viven por primera vez. Un niño inteligente parece, no como un neófito en los hábitos humanos, sino como un adepto, que despertando de un estupor momentáneo, se encamina derecho á continuar una obra interrumpida. Podríamos creer que el espíritu de los hombres de antaño resuscitara en las generaciones jóvenes, que los tiernos vástagos que se desarrollan hoy misteriosamente bajo la vista de sus padres, fuesen sabios que regresaran á sus estudios, patriotas que volviesen á velar por el engrandecimiento nacional, músicos que quisieran arrancar melodías más divinas á los instrumentos modernos.

No puede haber efecto sin causa. Cuantas veces sucede que el individuo se encuentra atraído de un modo inexplicable hacia personas, cosas y lugares determinados:—¿No será que una existencia anterior, que no recuerda, se continúa? Las relaciones antiguas magnetizan al hombre sin que lo sepa; las som-

bras del pasado lo encantan, envueltos en cuerpos que no reconoce; en el mundo que le parece tan nuevo, se pasean sus previos amores y lo llaman hacia sí.

En la hora de la muerte, el hombre siente que todo su ser se concentra en una sola aspiración: sea que deseara realizar un proyecto, ó que quisiera gozar de una presencia querida, ó que anhelara sencillamente el seguir experimentando la voluptuosidad de la vida.

¡La aspiración se cumple; los muertos viven de nuevo! Todo lo cubre el manto del olvido, pero el espíritu obrando como en un sueño, busca un seno que lo reciba y á cuyo abrigo pueda rehabilitarse.

Las flores devuelven al ser humano renaciente el iris de los ojos y los aires le entregan los glóbulos de la sangre. Los elementos se reagrupan llevados por el instinto de la afinidad, y la simpatía no yerra jamás, no conduce á grotesco connubio lo puro con lo impuro; ni lo incompatible con lo incompatible. Así resurgen todos, los ángeles y los demonios—pues el ambiente también está lleno de gérmenes de pasión y de locura. El suicida que no pudo escapar de la vida, emprende otra vez su peregrinación; el sibarita se viste con los despojos de cuerpos acalenturados y los descontentos se levantan á regar amargura en el umbral de sus enemigos.

Para que la inmortalidad sea completa, falta solamente que cada individuo posea un conocimiento conciso de sus actos pasados. Un rayo de luz en el cerebro que nos probara la preexistencia, valdría más que las lucubraciones de miles diagnósticos y agnósticos. ¿Vendrá la conjunción que hará brillar la memoria como una chispa encendida? En algunos casos no se realizan las coincidencias que se necesitan para despartar las potencias morales del individuo. La memoria por ejemplo, se aviva cuando las circunstancias

exteriores estimulan las impresiones que se hallan guardadas en lo íntimo del alma. ¿Quién sabe si una asociación de eventos imprevista despierte algún día en la inteligencia humana el saber que alberga aún oculto de sí misma; ó si con el tiempo la actividad mental se identifique de tal modo que pierda la facultad de olvidar?

Callao, Julio de 1901.



PAZ

El Perú está reconstituyéndose lentamente, al cabo de sus desgracias. Concluída la existencia demasiado fácil que llevaba el pueblo peruano en los tiempos de la opulencia, sonó la hora para el sacrificio cruento y el trabajo esforzado en pro de la patria. Despues de terribles conflagraciones políticas, el Perú se halla capaz de levantarse de las cenizas como el fénix, porque la naturaleza le reservó para estos días inmensos caudales de riqueza, y á la Minerva desarmada le queda aún la ciencia para vencer la adversidad. De los muros del virreinato surgen ciudades modernas, en cuyo tibio ambiente vibran aún los ecos de Andalucía; y soñadores sublimes comienzan á pasearse entre las ruinas de los templos incáicos. El Perú tiene un pasado orgulloso, y pretende como por instinto á un puesto visible entre las naciones, de nuevo

se encamina hacia un destino brillante; pero es como una mujer hermosa, expuesta al peligro mientras más encantos se unen á su debilidad. Cada perla vertida por el mar en playas peruanas, cada mina descubierta en el seno de los Andes, cada valioso producto extraído de las selvas, es una esperanza para el país á la par que una tentación para la codicia de sus rivales.

Mañana que esté expedito el canal interoceánico, será aún más importante la situación del Perú; la bahía del Callao se prestará para cobijar flotas mercantiles imponentes, y las nuevas corrientes del tráfico traerán al país inundación de vida y de empresa.

¿Será el Perú dueño de aquel futuro, que con promesas halagadoras le brinda la suerte?—¿no le detendrá en su carrera la acción alerta de sus enemigos encarnizados?

Queremos paz. La guerra que fué desastrosa para el Perú en el año 1879, lo sería mil veces más ahora. Chile se halla en condición de equipar una escuadra de quince buques de guerra, acompañados de siete destroyers, catorce torpederas, seis escampavías, y otras embarcaciones auxiliares necesarias. ¿Cuándo podríamos medirnos con estas fuerzas navales del sur? Y para un país que tiene costas extendidas como el nuestro, la preponderancia del enemigo en el mar sería fatal para el éxito de la contienda. ¿Podría entrar el Perú en alguna alianza, para vindicar los agravios que sufrió? No. La nación, lo mismo que el individuo, solo debe fiar en sí mismo. Solo peruanos pelearían por el Perú hasta quemar el último cartucho—ningún estado extranjero sería legal á la causa del aliado más allá del punto en que su propio interés lo obligara á cambiar de actitud. Todas las naciones son egoistas, y hacen bien. Es tan difícil la

evolución de las entidades políticas, que á ninguna le sobra la ocasión para hacer derroches de generosidad. Ningún pueblo pretende al título de don Quijote, desfacedor de agravios—dígalo el Transvaal, que tuvo vanas esperanzas de conmover el mundo con el espectáculo de su amor á la independencia y de obtener la mediación de Alemania ó Estados Unidos.

La mútua envidia de las potencias garantiza la existencia á los territorios mal protegidos, ó estos no son molestados porque es ingrata tarea el extirpar la vitalidad de una raza. Ya que sabe Chile lo que cuesta la chilenización de Tacna y Arica puede estar seguro de que nunca nacerán chilenos ni á orillas del Rimac ni al pié del Misti! Aunque parezca una maravilla, los estados débiles pueden mantenerse al lado de los fuertes, exclusivamente por su propio mérito.

No dudamos que en estos últimos días algunos jóvenes aquí, de sentimientos ardientes, hayan querido ver estallar el conflicto entre Chile y la República Argentina, creyendo que entonces la Nemesis, trepando la cordillera humillaría al tricolor ofensivo. Una opinión seria no se compone toda de lisonjas, y los jefes que han celebrado verdaderos triunfos, siempre tuvieron el talento de sus enemigos en la más alta estimación. En el caso de que dos poderes militares como la República Argentina y Chile, vayan á la guerra, ambos tendrían probabilidades de éxito, y el segundo de estos países los tendrá algo mayores, por una razón sencilla: desde que Chile, es el elemento perturbador en la confraternidad sud-americana, mientras que la República Argentina tiene intenciones pacíficas, no habría guerra antes de que los chilenos la desearan, y éstos, que mas bien pecan de positivistas que de románticos, no precipitarían los eventos hasta no estar muy seguros de poseer ventajas.

La conquista registra éxitos asombrosos en la historia, y no sabemos hasta cuándo se prolongará su licencia. La propaganda que se hace en favor de la paz universal y del derecho de los pueblos, nos recuerda las profecías del Antiguo Testamento, anunciando al Mesías mil años antes de que su advenimiento se efectuara.

Para el futuro inmediato vemos más augurios de guerra que de paz; nos adherimos al concepto expresado en un telegrama publicado en *EL COMERCIO* el 26 de diciembre último: «La opinión que predomina en la gente de mejor criterio es que el conflicto quedará arreglado por ahora; pero que se presentará nuevamente, tarde ó temprano, por efecto de los exagerados armamentos de ambos países, que no pueden soportar los gastos que en ellos están haciendo; por lo que llegará un momento en que irán á la guerra como una solución».

La disidencia de una ú otra nación ambiciosa y quizá de algunas conquistadoras en embrión, que se vislumbra en las sesiones del congreso pan-americano, es suficiente para hacer nulas las actas benévolas que allá se redacten. Antes de que el bello objeto del arbitraje obligatorio, actualmente discutido en Méjico, se realice, bien puede haberse alterado por la fuerza todas las fronteras, y haberse polonizado las repúblicas menores en nuestro continente.

La humanidad entera condena la conquista. Cada cristiano ha aprendido en el catecismo el mandamiento que dice: «No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo; ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo».

Uno de los artículos fundamentales de la civilización es el respeto á la propiedad ajena. Pero los principios que para el individuo son sagrados, no los ob-

serva la colectividad—aquí hay una discrepancia de acciones que es un problema para la conciencia. Daremos que la conciencia colectiva siente la obligación de acordar con la conciencia individual y que á causa de su complejidad aún no logra hacerlo.

Hay una cosa más: la ley no solo adjudica derechos sino que también impone deberes. La Sagrada Escritura pronuncia su fallo á este respecto, enseñando que el derecho de propiedad se cancela en cuanto el hombre omite el cumplimiento de su deber. Hacemos referencia al pasaje contenido en el evangelio de San Mateo, capítulo veinticinco, en el cual Jesús cuenta á sus discípulos la parábola de los talentos:

«Hubo un hombre que marchando á lejanas tierras, dejó sus bienes en custodio de sus siervos. A uno de ellos entregó cinco talentos; al otro dos, y al otro uno —á cada uno según su facultad

«Después de mucho tiempo regresó el señor, é hizo cuentas con sus siervos.

«Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco talentos, he ganado sobre ellos.

«Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: en el gozo de tu señor.

«Y llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí otros dos talentos, he ganado sobre ellos.

«Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu señor.

«Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, yo te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recojes donde no esparciste.

«Y tuve miedo, y fuí y escondí tu talento en la tierra: he aquí tienes lo que es tuyo.

«Y respondiendo su señor, le dijo: Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí.

«Por tanto te convenía dar mi dinero á los banqueros; y viniendo yo, hubiera recibido lo que es mío con usura.

«Quitadle pues el talento, y dadlo al que tiene diez talentos.

«Porque á cualquiera que tuviere, le será dado, y tendrá más: y al que no tuviere, aùn lo que tiene le será quitado».

Esto corrobora lo que dijo un periodista chileno: «El progreso es la única y suprema ley á la cual tienen que someterse los que ni lo representan ni pueden impulsarlo».

Sí; la derrota debe iniciar la victoria; la derrota debe herir el pundonor de un pueblo, y revolucionando todo su ser, llevarlo al triunfo final. Ni los franceses después de Azincourt; ni los alemanes después de Jena; ni los peruanos después de San Juan y Miraflores, se declararon ineptos para administrar el lote de tierra que Dios les confiara!

A veces ha sido la desidia, á veces la imprudencia, á veces la presunción, el motivo que ha hecho naufragar los estados en su avance.

Desidia sería si el Perú, teniendo escritores sagaces y representantes hábiles, permitiera que sus opositores ganasen partido en los centros influyentes del extranjero, ó si dejara sin resolver la demarcación exacta de sus fronteras, cuando justamente de las cuestiones de límites surgen más tarde los conflictos con los vecinos.

Imprudencia sería si los prohombres de nuestra sociedad contribuyesen á fomentar en el pueblo ju-

cios exagerados, dando así la posibilidad de que una turba inconsciente ponga en compromisos el país con actos apasionados en un momento crítico.

Presunción sería, si el Perú quisiese vengarse de Chile por las armas propias ó ajenas.

En los momentos difíciles de su renacimiento, la nación sólo puede desear que su fuerza crezca á la sombra de la paz. Al poner su esperanza en el azar de la guerra, el pueblo distraería su atención de la labor práctica que aseguraría el progreso del país, y sería arrastrado por las mil vicisitudes de aventuras bélicas, hasta que acabaría por desmoralizarse completamente. Para embarcarse sin necesidad en una guerra, es preciso tener un exceso de vigor ó no tener nada que perder. El Perú no está en ninguno de estos dos casos, y todo el peso que tenga en la política sud-americana, debe usarlo siempre en favor de la paz, porque cualquiera interrupción de la tranquilidad pública, traería irremediablemente un atraso en su desarrollo comercial.

Fue el Perú que eligió la hermosa divisa: «Firme y feliz por la unión».

Los gobiernos yerran, aún en los estados más brillantes de Europa; pocas naciones tienen sus anales puros del delito de la conquista—perdonemos pues á Chile el mal que nos causara en el pasado; perdóname á nuestros mandatarios si se extravían—el pueblo peruano será el mejor defensor de su honra y de sus fueros, cuando se le deje en reposo para que pueda comprender sus fines y adquirir una solidaridad perfecta,

Con abogar por la paz seremos no solo buenos peruanos, sino también buenos americanos. Como la espada de Damocles está suspendida sobre la América del Sur, la América del Norte; y si la colectividad hispano-americana sigue aniquilando su fibra con ren-

cillas y luchas intestinas é internacionales, el tío Sam pretenderá hacer una obra de caridad, agregando las repúblicas revoltosas una por una á las estrellas de su bandera.

¡Tratemos de ser justos, y el mundo también lo será, no por santidad, pero por conveniencia!

Callao, Enero de 1902.

ARMINIO

Fué Arminio, quien estuvo de rehenes germánico en la metrópoli imperial, el que libertó su patria del dominio romano

Hace tiempo que en tremendos choques solían encontrarse romanos y teutones; superiores por su civilización los primeros, lograron someter paso á paso la fuerza bruta de los segundos, á manera de una cuadrilla de cazadores expertos, que tiende una red al oso de los montes. Llegó el tiempo en que los caudillos germánicos en su mayor parte estuvieron muertos ó hechos prisioneros, y los tiernos hijos de ellos habían sido llevados á Roma para inculcarles allí las costumbres é ideas de los vencedores. Germania quedó sin jefes que organizaran la resistencia contra los invasores; fortalezas romanas fueron erigidas en todos los recintos del litoral; pueblos extranjeros principiaron á confundirse con

las familias aborígenes; y los dispersos desalentados de las que fueron tribus poderosas, se dejaron enrostrar bajo las águilas imperiales.

El pueblo germánico, que desde el principio hubiese sido capaz de rechazar los ataques de las legiones romanas, permitió que estas penetrasen hasta el corazón de su territorio; sus hombres ilustres fueron comprados con honras y promesas; las muchedumbres aguardaron en quietud, hasta que se ajustara bien sobre su cerviz el yugo del derecho romano.

Completa hubo de ser la subyugación de la raza conquistada, antes de que el sentimiento nacional se enardeciese y se rebelase contra la opinión.

No hay ciencia sin experiencia; es preciso haber experimentado los sinsabores de la esclavitud, para amar la libertad hasta el sacrificio.

¿Porqué el espíritu de Arminio no se arrulló con la cadencia de las olas del Tíber; porqué no se enamoró de la ciudad donde lo formaron con una educación solícita y le brindaron halagos sin cuenta? Fue que la sangre de sus padres corría en las venas del joven exilado é impedía que su corazón latiera al unísono con el de los conquistadores.

Cuando Arminio fué á Germania, ya los ánimos estaban preparados para la lucha de la emancipación.

Segesto, un germano traidor, denunció al jefe romano los planes que se estaban fraguando, pero éste, ciego de soberbia, se rió de la idea de que peligro alguno pudiera asomar del lado de sus últimos vasallos. En el momento en que el cónsul Varo pensó sofocar una rebelión incipiente de las provincias al este del Rhin, los triunfos á que estaban acostumbradas las águilas romanas se trocaron en una serie de derrotas desastrosas. El ejército conquistador cayó en una emboscada y las columnas de soldados germánicos pasaron al lado de sus hermanos. Arminio, había estudiado

en Roma el arte de ganar victorias, y tan poco influyó en su ánimo el ambiente en que había pasado su juventud, que empleó el resto de su vida en borrar las huellas de la ocupación extranjera.

Desgraciadamente, el libertador tuvo que combatir aún con el envilecimiento que había cundido en su pueblo humillado; distinguidos compatriotas suyos, movidos por la ambición y la envidia, hicieron causa común con el enemigo contra él. Al fin, tachado Arminio de pretender á la soberanía absoluta de su patria, lo detuvo en su valiente carrera el arma homicida de sus propios parientes.

No preguntaremos si Arminio fué víctima de una negra ingratitud, ó sí, como tantos generales brillantes, tuvo la suerte de sobrevivir su gloria—fué él salvador de Alemania, la que una vez libre, pudo levantarse de los abismos de la vergüenza á cumplir destinos hermosos.

La historia que acabamos de narrar, se repite incesantemente durante el curso de los siglos. Siempre encontramos á los pueblos luchando por su independencia, repudiando la tiranía que ejerce sobre ellos una raza agena.

El patriotismo no obliga á la conquista, pero la conquista obliga á la guerra. ¿Como sería posible que un pueblo que tuviese su temperamento, su historia y su círculo de intereses perfectamente definidos, quisiese ser gobernado por otro de temperamento, historia é intereses distintos? La razón lo dice, que cada uno quiere conservar su personalidad nacional, es una pretensión insensata exijir lo contrario. Con Miguel de Unamuno no creemos en la superioridad de unas naciones sobre todas. “Quizá muchas supuestas inferioridades de un pueblo son verdaderas superioridades; tal vez las cualidades que lo hacen poco apto ó inepto para la cultura actual, le hagan aptísimo pa-

ra la forma que mañana tome esa misma cultura." Los juicios de los seres humanos, en acuerdo con el entendimiento limitado de éstos, son por lo general demasiado absolutos. ¿Cuál nación tuviera el derecho de decir que ella había sido nombrada tutora de la humanidad? "¿No hay algo de tiránico en empeñarse en que se proponga al prójimo un fin cualquiera?" Cada pueblo quiere vivir y desarrollarse á su propio modo. Las murallas que cierran las fronteras de un país contra la empresa y el progreso, deben caer, pero la bandera, que es el símbolo del amor al terruño y del individualismo regional, jamás debe ser arriada. En efecto, todo el mundo lo comprende así— es cierto que los testigos neutrales siempre aplauden al vencedor y se acojen á la sombra de su prosperidad, pero las simpatías espontáneas no van con los hombres que en tierras lejanas buscan laureles, sino con aquellos que defienden el sagrario de sus tradiiciones, las aras de su amor, el suelo de su patria. ¡El anglófobo más violento se enternecería, si los ingleses tuviesen que derramar su sangre defendiendo las playas incólumes de su isla natal!

No creemos en el imperialismo, sino como en un fenómeno pasajero, porque la separación de las razas ha obedecido á condiciones naturales que perdurarán, y esta separación tiene que acentuarse más, mientras que los hombres se vuelvan más dueños de la razón. Considerando los resultados que produce inalterablemente el progreso de la organización, debemos esperar que algún día una multitud de circunscripciones pequeñas reemplazará los grandes dominios. Y si éste ha de ser el fin de los imperios, ¿es fuerza edificarlos en donde aún no están?

Nos hemos valido del ejemplo de Arminio, para ilustrar todas las fases de la cuestión conquista.

El gobernador Varo cayó en el error común de

avaluar en poco el temple de sus enemigos; procediendo de estimaciones gratuitas, creyó que los bárbaros germánicos se confesarían acreedores á la civilizada Roma.

Arminio venció porque conoció á los romanos á fondo. Mal hace cualquiera que rebaja al adversario con palabras ligeras; al contrario, á en su interés está el enaltecerlo, porque, mientras más digno es el enemigo, más grande es la victoria y menos humillante la derrota.

Los pueblos débiles se pondrían fuertes, si se tomasen el trabajo de estudiar el origen y las condiciones del poder de sus opositores, y los fuertes trepitarían en llevar adelante sus tentativas ambiciosas, si adivinasen cuanta vitalidad existe en los débiles.

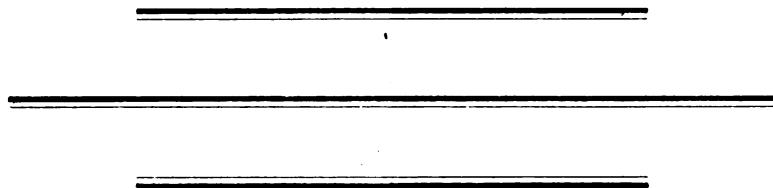
La dignidad de un pueblo no ha muerto, aún cuando sus hijos ignorantes se han puesto al servicio del enemigo, y sus vástagos ilustres han perdido la fe en el bien. Segundo los etnólogos modernos, las razas son indestructibles; y agregaremos que las diversas razas son incompatibles tanto más cuanto que aviva la animosidad entre ellas por la torpe imposición de la fuerza. Fué la impiedad del vencedor, chocando contra el sentimiento popular, la que hizo levantar en armas contra los romanos á las huestes alemanas. Cosa igual sucedió durante la guerra del Perú y Chile: cuando el invasor llevó su irrespetuosidad hasta los rincones mas escondidos de nuestra república, dió origen á que la indiada peruana librara á los chilenos las batallas de Marcavalle, Pucará, Concepción y Tarmatambo.

Por una causa tan innoble como es la de negar la vida á los pueblos que quieren vivir, se ha derramado la sangre humana sin intermitencias durante miles de años. El mundo bien podría estar harto de las glorias militares y cansado de tantos laureles ganados al

precio de tanta残酷 Hace muchos años escribió un autor inglés: "Los espartanos despreciaban la muerte, pues esto es una prueba de que los espartanos fueron una horda miserable. Esta indiferencia á la muerte puede ser una virtud en algunas personas; pero como un carácter general, es la señal mas patente de la miseria nacional. El fin de la legislación es hacer bendecir la vida y no la muerte."

Con estas palabras queda sentenciado el simple valor físico. Sobre el héroe feroz que fue el ídolo de los hombres primitivos, se levanta el tipo del ciudadano moderno que ceja ante la obra de la destrucción que quiere guardar sus brazos activos para labores útiles y que siente caridad por las víctimas que ofrecen sus pechos y el cañón. Paulatinamente la reflexión paralizará el brazo de los combatientes; se odiará la guerra como un baldón que pesa sobre la humanidad. ¡Qué perodoja: difundir el progreso mediante el retroceso á la barbarie! Hoy la conquista detiene el progreso, porque su presencia extingue la confianza entre los pueblos y desprestigia los artículos de la moral. La sociedad es un cuerpo por el cual circulan las ideas de un extremo á otro, y las bellas aspiraciones que los ciudadanos envían al cerebro colectivo, regresan al corazón de los individuos adulterados por la anarquía que prevalece en los principios de política internacional. Ya el derecho ha ganado fuerza; la evolución social está lista para arrojar el escudo de la guerra y tomar las armas de la paz. Una por una caerán las siete cabezas de la hidra de la guerra, y el golpe primero debe descender sobre la conquista.

Callao, Abril de 1902.



LA GRANDEZA DE LA PATRIA

I.

Cuando se habla de defender la patria, todo el muudo piensa en las armas. No hay cosa que halague más el orgullo de un pueblo que el proponerle la militarización del país. Sin embargo mucho más importante es pensar en el comercio, como medio de fuerza y engrandecimiento. El comercio es la forma moderna, la forma culta, que va tomando la lucha por la existencia.

En el Perú, la naturaleza ha depositado riquezas inmensas; la nación no ganaría nada con conflictos exteriores, en el interior están los problemas que tiene que resolver, y aún no sabe como darse abasto para explotar sus bienes. El Perú para ganar fuerza, necesita poblarse, y no lo haría por la guerra "la devoradora de hombres." El Perú es opuesto al principio de la conquista, y no haría bien en educar sus hijos para conquistadores—lo que sucedería si se militarizara el país con violencia.

Algunas naciones han adoptado el método de contestar cada adquisición bélica de parte de sus vecinas, con un aumento proporcional en su propio pié de guerra, y solo así se sienten invencibles. Al Perú no le

conviene ambicionar esa clase de seguridad porque sus finanzas no permiten hacerlo con la prontitud deseable, y si lo permitiesen, el país no adelantaría, si se distrajeran tan ingentes sumas con tal objeto. No se puede hacer las cosas á medias: si el Perú tuviera que arruinarse por reunir un ejército y armamentos adecuados, mejor haría de buscar su salvación en otras garantías. Todo está en no perder tiempo con una política errada. La atención de los peruanos debe concentrarse sobre el punto donde verdaderamente se puede hacer la obra de la regeneración del país, es decir, el fomento del comercio.

Riqueza es poder. Rico, el Perú podría hacerse respetar; pobre, sería como el jugador, quien en el empeño de recuperar la propiedad que apostara primero, acabaría por perder su fortuna entera. En los próximos años, el Perú no debe gastar el escaso capital de fuerza que posee, sino ocuparse en crear un fondo de fuerza nueva y competente.

El factor más importante en la conservación del orden político es hoy el interés comercial. Recordemos las reflexiones que hizo el »Post» de Berlín sobre el reciente conflicto chileno argentino. «La simpatía espontánea de los alemanes», decía aquel periódico, «se inclina del lado de los chilenos; pero los intereses comerciales alemanes son más grandes en la Argentina, así que este último país es acreedor al mayor apoyo de parte de Alemania.» Por consiguiente se puede suponer que el interés comercial de los extranjeros quizá contuvo esa vez los proyectos de Chile, negándosele á esta nación algunas facilidades, con las que habría contado para armar la contienda.

¿Qué sería del Perú, si en caso de una guerra, se echara en el balance el interés comercial de alguna potencia europea? Una simpatía que puede convertirse en servicios reales, vale mucho en política, y

los anglo-sajones pronto desahucian cualquier país que no se recomienda por su esplendor material.

Aún más, cerca de Lima obrarían los mismos efectos. Los peruanos cuentan con la amistad de Bolivia; sin embargo los bolivianos no son necesariamente amigos del Perú. Bolivia adquiriría tendencias chilenas, en cuanto la comunicación hacia su interior por la vía de Antofagasta superara á la que viene del lado de Mollendo.

¡Tacna y Arica volverían al Perú, sólo por el poder del comercio, volverían, regidos por esa atracción que ejercen los grandes centros activos!

La savia que da fuerza á Chile es el comercio. Hace muchos años que la gran flota mercantil de la compañía sud-americana ha podido sostenerse, y todos estos vapores están al servicio del gobierno chileno en caso de una guerra.

El Perú, dueño de una riqueza potencial incomparable, podría encontrarse falto de recursos positivos si de repente viniera un cataclismo internacional. El desarrollo comercial es una obra infinitamente más útil que el más valiente esfuerzo de armas que podría hacer el gobierno peruano. El comercio protege á una nación mejor que los blindados y las alianzas defensivas.

Los preparativos bélicos conducen á la guerra, porque las condiciones de la paz armada son odiosas, y al fin se sacuden con desesperación. Los pueblos que se han acogido á la protección de un estado extraño, casi siempre han perdido, primero, la dignidad, segundo la independencia, y tercero, parte ó todo de su territorio. Los tratados especiales de alianza despiertan los recelos de las demás naciones y traen responsabilidades inconvenientes. Mientras tanto, el comercio da importancia substancial á un estado, es el que

se vé apoyado por el interés general, sin deber nada á nadie

El Perú si se empeña, en dar vida á los proyectos relativos al ferrocarril intercontinental, la navegación fluvial, y los arreglos aduaneros, se librará de conflictos y tendrá oportunidad para tomar un impulso portentoso. Algunas naciones hay quizá, á las cuales aprovecha mucho la guerra, pero en el Perú necesita á lo menos unos veinte años más de paz para formar un pueblo idóneo y resistente.

El progreso del Perú ha sido fragmentario hasta ahora, gracias á los frecuentes trastornos políticos internos. Estos son efectivamente una calamidad mayor que el peligro que amenaza de afuera.

La falta de estabilidad y garantías ahuyentan el capital y la inmigración, y dan á los estados extranjeros un justo pretexto para la tan enojosa intervención en amparo del derecho de sus connacionales. Las revoluciones, en cambio de que alejan el elemento sano extranjero, hacen radicar aquí á especuladores mezquinos, los que en los momentos de apuro abtienen concesiones gravosas de los varios gobiernos y negocian con las reclamaciones diplomáticas.

Al contrario, en un país próspero y bien administrado, los inmigrantes son los primeros en defender los fueros de su patria adoptiva y en preferir las instituciones de éste á las antiguas que dejaron en su tierra natal.

II

Algunas veces se ha dicho en tono de reproche que los peruanos han estado tardíos en rehabilitarse después de su renacimiento político en el año de 1883. No aceptamos la censura. Un pueblo que cual el hijo

pródigo se había descuidado de sus primeras brillantes oportunidades, no pudo de la noche á la mañana convertirse en una raza esencialmente sabia. Lo único normal habría sido que el carácter nacional hubiese variado de un modo lento y gradual, influenciado por las duras lecciones que le diera la suerte. Así nos parece en efecto, que ha sucedido: el hombre pobre se ha vuelto mas trabajador, la opinión pública ha hecho frente á las perturbaciones civiles y se nota más circunspección en los diversos ramos administrativos.

No hay mal que por bien no venga. Una raza pobre, que no se resigna á ser pobre, por que tiene grandes aspiraciones, suele ser más competente que una raza que comienza por ser rica. El hombre ejerce sus energías de un modo supremo sólo cuando es urgido por la necesidad; por consiguiente, la sociedad en donde no se hace sentir el apremio de la necesidad, es más indolente, menos acostumbrada á luchar por la existencia. Las energías del pueblo peruano deben haberse elevado dentro de las dos últimas décadas, y seguirán elevándose mientras exista en el país un sentimiento nacional que se opone al peligro que ofrece cualquiera política absorvente de afuera.

Las grandes pasadas, que por una parte proveen de ideales á los peruanos modernos, y los libran de sumirse en un pesimismo indostánico, por otra parte han dificultado el progreso rápido de la regeneración. Los empleados públicos acostumbrados á manejar ingresos abundantes se encontraron de repente con un tesoro estrechamente limitado, y no atinaban á reconciliar los medios con la necesidad. Al experimentar esta misma situación en los círculos domésticos y otras esferas de la vida, el resultado fué perjudicial para la robustez física de la raza. Lo que acongoja á las familias es la depresión propia á las personas que de la riqueza han descendido á la pobreza.

¿Han podido evitarse todo esto y puede llamarse el proceso penoso de adaptación á condiciones nuevas un atraso punible de la rehabilitación? Al contrario, la nación está mejor encaminada ahora que en sus días de mayores glorias militares.

Tambien habría sido preferible que después de la desocupación chilena, los peruanos hubiesen procedido inmediatamente y con voluntad unánime, á la reconstrucción del estado. En vez de esto hubo disensiones civiles é internacionales, y así tuvo que ser, porque siempre había sido la costumbre ensayar la suerte de las armas en los momentos de perplejidad, y la época aciaga de que hablamos no fué apropiada para cambiar el método. Los hombres interrumpidos por la guerra en sus profesiones, la nación decepcionada, éstas fueron circunstancias que, tendían el caos más bien que el orden.

Hoy, repetimos, vemos un avance, y esperamos que el Perú está en vísperas de ser una de las pocas repúblicas latino-americanas, en las cuales desaparecen las revoluciones.

Los hábitos, según que se arraigan, cambian la faz de una sociedad. Los estadistas peruanos no pueden ocuparse lo bastante de este ramo sugestivo de la ciencia: la educación de los hábitos.

“Sí en los mejores días de nuestra existencia política hubiéramos puesto más reparo en la educación social de nuestro pueblo, no tendríamos el desagrado de ver á tantos pobres artesanos descuidados de sus deberes, nada celosos de sus compromisos, dominados por la pereza, sin aspiraciones levantadas, oceñando continuamente quejas fundadas, por su conducta, que desestimigian y llenan de baldón la noble carrera del hombre de trabajo.”

El mal que fué engendrado ayer, no podemos

enmendarlo, y tenemos que combatirlo, pero el mal de mañana debemos evitar.

En primera línea entre las obras benéficas ponemos la formación de un buen ejército—como elemento de paz. La presencia de un cuerpo militar conocedor de sus responsabilidades, haría imposible todas aquellas tentativas descabelladas que podrían poner en peligro la estabilidad de las instituciones civiles. Sólo soldados que hayan sido instruidos con esmero en establecimientos como la escuela militar de Chorrillos, son aptos para prestar servicios reales al país. Competentes en una guerra extranjera, impedirían igualmente cualquier conato de subversión en el interior de la república, y cada jóven que regresara de la escuela á su hogar llevaría consigo ideas juiciosas y hábitos cultos.

Una revolución causa más daño al país que una serie de mandatarios pésimos. Si como en el Perú de ahora años, ningún presidente elegido merecía concluir su período constitucional, más patriótico hubiera sido dejar el pueblo en paz, en vez de deponer un jefe objetable para sustituirlo con otro igual. En tiempos de continua revuelta la sanción popular no puede formarse, y justamente ésta sabe controlar perfectamente los actos de la autoridad suprema. Con los cambios de gobierno sólo ganaban algunos individuos ambiciosos—y quién hacia las campañas? el hijo del pueblo demasiado dócil que no sacaba ganancia alguna.

Supongamos que los hombres del pueblo estuviesen bien ocupados y pudieran formar hogares confortables, ¿acaso saldrían á hacer guerrilla en favor de cualquier perseguidor de empleos? ¿Pero, cómo ocupar las masas cuando no hay movimiento mercantil? La ociosidad conduce á los jóvenes á la guerra civil, encubridora del pillaje, y la generación del futuro tiene

que resultar inútil y degradada, no por mal natural, sino por los malos hábitos. Para reformar las costumbres de un pueblo no bastan enseñanzas: se necesita abundancia de trabajo para crear en los hombres el hábito de la aplicación. Ya que estuviesen más interesados en las condiciones de su existencia, los ciudadanos estudiarían la manera de conservar la salud y prolongar la vida; se moralizarían, porque el hábito de la actividad modifica el alma en todas sus manifestaciones.

En un estado próspero, las fortunas de los ciudadanos no vienen del gobierno sino del tráfico y la industria. por eso hay allá poco interés en derrocar los gobiernos. Generalmente aquí se clama demasiado al gobierno para que remedie toda clase de imperfecciones sociales. «En las regiones despobladas de América, la libertad y la justicia sólo caminan sobre rieles.» Póngase rieles, y en las provincias más apartadas de la república pronto surgirán centros tan civilizados como Lima. La prensa no necesita detenerse largamente en la denuncia de los síntomas patológicos de nuestra sociedad: procúrese que haya animación comercial, y todos los problemas que actualmente causan ansiedad se resolverán de un golpe. Bajo condiciones económicas más favorables se formaría mayor número de hogares permanentes; la mortalidad decrecería; la vagancia desaparecería, porque ella es la consecuencia del poco poder moral de los padres de familia. Los seres preciosos que abren los ojos al sol de los incas, recibirían cuidados más inteligentes y solícitos—sobre todo, la mujer peruana se prepararía mejor para la misión augusta que le cabe, pues una nación no puede engrandecerse sin tener grandes madres.

Lo pueblos no sucumben por falta de armamento, lo que los mata es mas bien la falta de prosperidad.

El poeta alemán Schiller dijo «con las naciones sucede lo mismo que con las mujeres: las más felices son aquellas de las cuales se habla menos.» Quizá que esta filosofía suene algo antigua en los tiempos del feminismo, pero haremos otra comparación más moderna: la mujer que se estima, no necesita armas para defender su honor, porque su propia dignidad la hace inaccesible; solo la mujer liviana no sabe cómo librarse de los huéspedes malos que ella misma ha invitado—eso también es cierto respecto de las naciones.

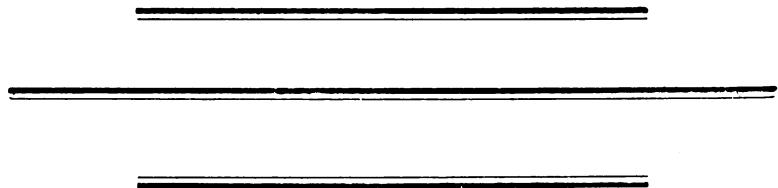
El comercio debe hacer sonar el nombre del Perú en todas partes. Sin el concurso de este factor poderoso, ni siquiera el arbitraje tan decantado protegería los derechos del país, porque la opinión de los árbitros se rige por la elocuencia de los agentes que abogan en favor de una causa.

Lejos estamos de llamar fracasados los trabajos que se han hecho en el último congreso pan-americano, puesto que allá el Perú ha dado expresión á sus mejores aspiraciones. Las obras grandes no se hacen en un día. Buena, bonísima ha sido la labor de los delegados peruanos, sólo que no han plantado árboles bajo los cuales pueden echarse á descansar.

Cuando sembramos un grano de trigo, podemos segar las mías á los pocos meses; pero si sembramos una pepita de dátil, el primer fruto de la cosecha se podrá recoger sólo á los cien años. No por eso nos hemos de desmayar—semaremos dátiles para que gocen las generaciones venideras, pero en el intervalo debemos sembrar trigo para no perecer de hambre.

Todas nuestras grandes aspiraciones son pepitas de dátil, y todos nuestros esfuerzos pequeños son granos de trigo, los que nos mantienen hasta que se puedan realizar las cosas prometidas.

Callao, Mayo de 1902.



PERSPECTIVAS

Hojeando una revista norteamericana del año 1897 leímos los párratos siguientes: «Maravilloso como ha sido el progreso de las repúblicas americanas durante el siglo presente, ese es sólo el preludio del desenvolvimiento más grande y magnífico que será inaugurado el siglo entrante. El siglo presente ha habilitado esas naciones con elementos industriales que, respecto á la magnitud, calidad, velocidad y efectos de gran alcance para la civilización, eclipsarán los esfuerzos más brillantes hechos en las edades pasadas, si solamente se evitan los errores fundamentales cometidas por las naciones europeas.

Con tales posibilidades y perspectivas para el próximo futuro; es lógica la pregunta: ¿Qué política deben observar las repúblicas americanas entre sí y hacia el exterior?

En cuanto á los Estados Unidos, el problema se ha resuelto ya en una política firme—una política de paz y buena voluntad de la república mayor en relación con sus diez y ocho hermanas menores. Habiendo éstas honrado á aquella al copiar su carta constitucional, su amor propio y el orgullo de sus instituciones civiles, naturalmente se ha estimulado en los Estados un interés activa en el bienestar de las otras na-

ciones. El ejemplo de los Estados Unidos no solo ha dado forma á la política recíproca entre las demás repúblicas del continente, sino también á las naciones del mundo antiguo. Es esta una política de paz, comercio y amistad honrada, y de ninguna especie de alianzas comprometedoras.

No solo en sus relaciones mútuas, sino también en las con el exterior, las repúblicas americanas debían evitar escrupulosamente la destructiva política bélica que Europa ha observado en el presente siglo, guerras que en resumen han costado más de cien billones de dollars.

Las repúblicas pueden escojer si quieren seguir un régimen semejante, ó al contrario, dedicar sus energías y caudales á las artes de la paz.

En fin, tienen que elegir entre una política europea de destrucción y una política americana de construcción—entre la guerra y el arbitraje.

Si las diez y nueve repúblicas americanas utilizaran durante el siglo XX en obras de adelanto general las sumas que Europa ha gastado en guerras durante el siglo XIX, se podría construir mil canales de Nicaragua con un costo de cien millones de dollars cada uno, es decir, realizar un total de obras que daría ocupación amplia á los trabajadores, y prosperidad y riqueza á los países. Es de desear que los hombres comprendan cuanto antes que la paz internacional y el arbitraje son asuntos de conveniencia civil, y que el respectivo interés personal puede crear un sentimiento público apropiado en los varios países.»

Después de que estas líneas fueron publicadas en Nueva York, han tenido lugar la exposición pan-americana de Búffalo, el congreso pan-americano de Méjico y el debate definitivo sobre la apertura del canal interoceánico—tres actos públicos tendentes á probar que los Estados Unidos avanzan con su progra-

ma de paz, comercio y hegemonía en América. Si nuestra hermana del norte busca de su lado un contacto con las demás repúblicas del continente, tiene en reserva planes de vasta trascendencia para su política, y desde que los tiene, hay que prepararse para el advenimiento de su influencia en el hemisferio meridional.

El poder de los Estados Unidos tendrá que ser aceptado aquí, lo mismo como fué reconocido por las potencias de Europa, y sabiendo contemporizar con él, no es necesariamente hostil á los derechos de la humanidad.

La paz y el comercio son beneficios que no pueden mirarse con desconfianza, y si el peso de la gran república se echa en el balance en favor de estos dos principios, sería la mejor garantía para el futuro que se podría desear.

El temor general es que la república norte americana puede convertirse en un poder autocrático que querrá dictar su voluntad, no digamos á naciones de terminadas, sino al mundo entero. Pero na hay cuidado, que aún quedarán elementos suficientes que podrían oponerse á un pretendido absolutismo de los yanquis.

Un pueblo que se hunde en la lucha por la existencia se parece al héroe de la tragedia, quien según las reglas del arte, sufre por su propia culpa, es decir por su insubordinación á las leyes universales. No se puede subsistir sin acomodarse al espíritu de la época. Hoy ante el empuje que dá la nación de Washington, los antiguos imperios ceden en su orgullo, y la raza latina tambien tiene que despertar de su calma

La libre comunicación y el progreso no hacen peligrar la integridad de los territorios ni la índole nacional, eso lo prueba Méjico, gloria de los pueblos

latinos, que vive seguro á las puertas mismas del coloso yanqui. El comercio es un antídoto contra la conquista, porque las ventajas de la anexión territorial desaparecen en el mecanismo de las relaciones comerciales.

El móvil de cualquiera intervención política de parte de los Estados Unidos, sería puramente el interés comercial, y una tal intervención amenazaría solamente aquellos países cuyas condiciones fuesen malasanas y perjudiciales para propios y extraños.

La guerra hispano- americana se hizo “porque la prolongada contienda en Cuba traía por consecuencia la turbación de la paz interna en los estados de la unión, y la destrucción de importantes intereses comerciales y pecuniarios de los ciudadanos americanos.”

Próximamente, cuando la energía yanqui haya abierto la vía acuática entre los oceános oriental y occidental, los norte americanos estarán más cerca que antes á las repúblicas de Centro y Sud América, y la condición política de éstas los afectará tan simpáticamente como lo hicieron los sucesos del Mar Caribe.

La presencia de este factor nuevo en el escenario sud americano, forzosamente tendría que estimular el espíritu de solidaridad y unión en la población latina la que de otro modo vería puesta en riesgo su independencia.

Tratándose de naciones ricas como lo son las repúblicas centro y sud americanas, el fomento del comercio solo podría hacerlas ganar en importancia— así el efecto producido por la expansión de los Estados Unidos, sería en el sentido de aumentar la fuerza moral de la comunidad anti-sajona.

Naturalmente los norte americanos son los adherentes más persuadidos del credo de la superioridad anglo-sajona. Sin embargo ese es un punto sobre el

cual no hay que debatir, porque basta preguntar, si la humanidad estaría más adelantada al retirar de ella el elemento latino, para hacer confesar á todos los polémicos que esto sería algo como separar la tierra del mar ó la sombra de la luz.

Al hacer la propaganda del progreso, uno de los primeros deberes es el desvirtuar cualquiera prevenCIÓN infundada que obra á veces en el ánimo de las diversas razas. Las naciones siguen casi nunca su política especial por capricho, sino impelidas por la fuerza de las circunstancias. La armonía social resulta cuando los varios pueblos con la debida firmeza se obligan á hacer mutuas concesiones.

Callao, Mayo de 1902.

OPTIMISMO Y PESIMISMO

Dice Miss Simcox, la discípula de Spencer: "En las horas de prueba ó tentación pasionales, el individuo no puede encontrar mejor auxilio que su propio pasado."

El alma del filósofo se siente á veces acometida por la duda:—hay momentos en que desconfía de la moral, de la inmortalidad, de Dios. De repente la naturaleza parece despojarse de todo espíritu poético, se encoje y enfriá hasta convertirse en un pobre mecanismo; la existencia humana, polvo que al polvo vuelve, apenas si merece ser embellecida por la moral y vigilada por un dios, él que presidiría eternamente á la muerte.

Sin embargo el desconsuelo no esá en el mundo

—está solamente en el corazón de los críticos.

Para el hombre de costumbres inmorales, son verdades la degeneración y la extinción de su raza; conforme se precipitan por la pendiente del retroceso él y su linaje, las virtudes humanas parten, los goces de la vida se vulgarizan, la inteligencia se atonta y acaba por sumirse en la nada.

Allá el pesimismo es una realidad, brotando de todas las percepciones del ser y corroborado por las consecuencias de los hechos.

Fácil es decir de donde viene la nota triste que está invadiendo la literatura moderna. Ante el rigor de la ciencia se anonadan las promesas de la doctrina religiosa; los bardos que impregnán su mente con los humos de sociedades corrompidas, son profetas de su esfera y predicen la decepción. La melancolía del desaliento en Madrid, la exitación neurótica en París, han criado escritores pesimistas. Los personajes típicos de la novela rusa son todos pesimistas; Tolstoi y Dotoyewski pintan los hombres de su patria en "Resurrección" y "El espíritu subterráneo."

Un santo que hubiese tenido la suerte de nacer en un medio vicioso, se haría pesimista al ver la impotencia de sus ideales en la lucha con el mal. Budha, el gran Budha, surgió del pueblo indostano. Los hijos del Ganges hubieron arrastrado por muchos siglos una vida pasiva y contemplativa, su escepticismo no fué engendrado del vicio, sino de la inacción. A un pueblo sin energía, sin espíritu de empresa, no se le abren los horizontes del adelanto, ni las perspectivas de la esperanza, y cansado del ocio tanto que de las tareas que inalterablemente se repiten, no le queda otro recurso que el suspirar por un olvido final de la existencia.

Se conoce que el aspecto pesimista que pueda tener el mundo, es puramente personal, y que los ante-

cedentes de los individuos y pueblos respectivos, explican la tendencia sombría de sus argumentos metafísicos.

En las peculiaridades individuales de Schopenhauer y de lord Byron, encontramos el motivo de la filosofía negativa de estos dos grandes hombres, mientras que Budha fue obligado al pesimismo por el lamentable abatimiento social del que fue testigo inmediato.

Hay hombres y pueblos enteros que no quisieran vivir más, porque la vida continuamente les desilusiona. ¿No será, quizás, que el fatalista sufre tanto de los eventos, porque no emplea la fuerza que él mismo tiene para determinarlos ó porque el medio psíquico tan altamente sugestionable, refleja sobre él las amarguras de su propio temperamento, cuando igualmente sabría reflejar sonrisas y júbilos?

La vida del desgraciado es un episodio en la historia del universo; el aniquilamiento de los incompetentes es una fase de la selección natural, la que sin cesar impulsa la creación á un rango superior. El pesimismo personal, por justificado que sea, no puede pretender á afectar el orden eterno, ni á teñirlo con un colorido escéptico.

¿Porqué referir ciertos acontecimientos á la fuerza mística del destino, cuando es plenamente responsable de ellos la volición de individuos determinados? El hombre sano sabe, lo que el degenerado ignora, que la perseverancia de la voluntad humana acaba por realizar los fines más queridos del alma, y que la vida es un continuo ascenso á sensaciones superiores. El optimista no necesita negar el determinismo, pero lo limita, y hasta cierto punto le tiene en su favor, porque él se sirve del poder dinámico de las facultades heredadas—todo el pasado se levanta para garantizarle el éxito. Un hombre de estirpe intachable y de una men-

te bien equilibrada, confronta el mundo con una fé infinita. Ese ser privilegiado, deduce de la confianza en sí mismo, la confianza en el universo. En la hora misma en que por el gigantesco amontonamiento de los obstáculos ó por una de esas fluctuaciones periódicas del estado físico, su espíritu se halla más abismado, anticipa airoso la reacción á la felicidad. Tal es la felicidad de sus emociones y la pasión de sus deseos, que llega á pedir la vida eterna y la inmortalidad de sus recuerdos, seguro de que ambos le serán concedidos. También el optimista debe su filosofía á su experiencia personal. Jamás la suerte lo engaño; jamás retrocedió en su generosidad, sino que se mostró inagotable en sus recursos. El optimista, con santa curiosidad, pisa el umbral de la tumba, porque ama el desconocido, esa fuente misteriosa de toda bella revelación.

Se ha dicho que la actividad es el remedio del pesimismo. «Aquel que obra, siente su fuerza; aquel que se siente fuerte es feliz». Los pueblos sajones son indudablemente los más optimistas, porque se apoyan en la conciencia de su capacidad. Sin embargo, no sabemos si en su constitución no se oculta también un germen de pesimismo. Para ser optimista se necesita más que el ser activo. Los brillantes esfuerzos de la inteligencia humana, coronados mil veces por la gloria, han conducido á la sobreestimación de los cálculos exactos. Quien cree que á los pueblos positivistas les pertenece exclusivamente el porvenir, ha hecho caso omiso del elemento emocional que se requiere para ser optimista verdadero. El éxito material, cautivando las ideas en el presente, las aleja de Dios; la preferencia extremada por las ciencias positivas, origina un desprecio por las cosas insondables, en las que sin embargo, el alma encuentra su última expansión.

Los pueblos que sin ser degenerados, se han dejado sorprender por el infortunio, ó los que ineptos hoy,

quizá no lo sean mañana, ofrecen á la fé un suelo fértil. «El sufrimiento engendra el amor»—los hombres que fueron egoístas hasta precipitar en el abismo la nave del estado, se convierten en mártires de la patria caída y afrentada. «El ideal germina en los que sufren». Así es que en los pueblos desgraciados y no en los felices, debemos hallar el grado más intenso de la esperanza—y mientras que al feliz se le descubre la esterilidad de lo positivo, al desdichado nunca se le agota el infinito.

En fin, la fé inquebrantable, la fé que peligra en el círculo estrecho del positivismo, es la condición cardinal del optimismo. ¡Creer en las posibilidades que imaginamos sin poderlas comprobar por el momento, esto es lo que nos ha hecho avanzar en la civilización, lo que llevó á Colón á América y lo que hizo florecer el cristianismo sobre las tumbas de los primeros cristianos! ¡Amar el sufrimiento, esto es desarmar la duda en la divinidad del mundo! Se puede amar el sufrimiento, pues lo que da valor á nuestros ideales es el sacrificio que hacemos por ellos.

Al estudiar las causas sujettivas que inducen á los hombres á formarse tal ó cual concepto metafísico, reconocemos que el optimismo depende de una combinación muy delicada de cualidades y disposiciones mentales. Sin ir más adelante en el análisis de los caracteres engendradores de filosofías especiales, pasamos á interrogar al mundo objetivo, á ver si este se declara en favor de una ú otra teoría.

Ninguno, salvo un espíritu del porte de Schopenhauer, podría haber tenido la osadía de proponer que la existencia del mundo se deba á un error primordial del poder creador, él que retrocediendo sobre sus pasos, estaría empeñado en la ingrata tarea de deshacer gradualmente el gran aparato de la naturaleza, que tan inutilmente había sacado de la potencialidad.

La brillantez del escritor cubre la insensatez de la teoría.

Cada día la ciencia demuestra más que en el mundo existe, penetrándolo todo, un principio de unidad. Este principio que llamamos Dios, es inteligente, porque mal podría un impulso ciego producir el orden.

Ahora, si el destino del universo fuerat tal que desengañara las esperanzas de los optimistas, la inteligencia suprema tendría que avergonzarse ante los ideales del hombre, siendo así que sus aspiraciones fuesen inferiores á las de la mente humana, ó su voluntad incapaz de sostener una evolución infinita.

Por mucho que pueda errar el hombre respecto del bien verdadero, no yerra al preferir el progreso á la destrucción; al pedir lo mejor está de acuerdo con Dios, y debe encontrar una satisfacción mayor aún que la que espera.

Hasta ahora solo se evidencia en el mundo la ley del progreso. Unicamente si comparamos dos épocas demasiado cercanas entre sí, podemos dudar si eso es verdad ó no. La naturaleza continuamente ha estado realizando sus ideales, amoldando y reamoldando las materias hasta llegar de las formas imperfechas á las más perfectas. La humanidad sigue también verificando sus ideales; los hombres de hoy se parecen á los dioses que soñaban los pueblos de ayer— esos hombres que cruzan los mares y los aires; que han vencido la distancia mediante el hilo eléctrico y que pueden lanzar de su mano el trueno, derribando ciudades enteras.

Considerando que en la historia de la evolución terrestre, un millón de años igualan á un día, los Salomon, Licurgo y Julio César son casi contemporáneos de la presente generación; y sin embargo, aunque todavía reviven los Carcallas y las Mesalinas, hoy se encuentran tipos humanos puros, generosos é intelec-

tuales, como jamás los ha habido antes.

Los que mueren pueden estar seguros de revivir en un mundo mejor—no obstante de que el mal parece tan potente, el balance final siempre ha salido en favor del bien. La vida y la alegría se engendran de los cadáveres de aquellos que supieron inmolarse por su ideal, y los elementos dispersos de los mártires se re-asocian sin duda en cuerpos juveniles, para gozar de la victoria que conquistaron en la hoguera.

El carácter de la naturaleza no tiene nada de pesimista: para ella la muerte y la pena son humildes siervas de la esperanza. Al ver lo que ha podido hacer la fe creativa de la naturaleza irracional, no debemos ya dudar del poder que tiene la fe de los hombres!

Según dice Guyau: «el pesimismo es la sugestión metafísica engendrada por la impotencia física y moral. Toda conciencia de una impotencia produce una desestimación, no solo de si propio, si no también de las cosas mismas, desestimación que en ciertos espíritus especuladores, no puede dejar de transformarse en fórmulas á priori».

El hombre entrevé en momentos fugaces la inmensidad de los destinos del ser, y poseído del sentimiento de su pequeñez, se asusta de las aspiraciones atrevidas que entonces se agolpan en su alma. Pero la naturaleza, grande é imperturbable, no se amedrenta ante los horizontes infinitos, y siendo la inteligencia humana uno de los éxitos de su labor, en vez de amenazarla con la destrucción, la protegerá como á uno de sus frutos más queridos. La fe se basa, no en lo que sabemos, sino en lo que no sabemos. Sin la fe, no habríamos tenido ni grandes hombres ni grandes eventos; sin la fe, el mundo sería inerte y no habría optimistas.

Callao, Junio de 1902.

FILOSOFÍA RISUEÑA

||El pesimismo una enfermedad moderna!! Si la teoría del optimismo es verdad, el sentimiento de la desgracia universal debe ser más propio de los tiempos antiguos que de los presentes. Puesto que el mundo progresá, el dolor disminuye y los puntos de claridad en los problemas confusos de la vida aumentan.

El pesimismo nació probablemente donde hubo los primeros pensadores; Budha lo fundió en una doctrina religiosa; y los sabios de occidente le hicieron suyo, porque no tuvieron ciencia que oponerle.

Siglo tras siglo, desde Diógenes hasta Schopenhauer, el pesimismo se ha nutrido con los hechos tristes que hay en el mundo— se ha aumentado con la falsedad de los individuos, la apatía de los pueblos y la licencia de las sociedades.

Las épocas de incredulidad religiosa son propicias para el pesimismo.

De cuando en cuando una generación declara la guerra contra los dogmas teológicos, porque se emancipa del tutelaje de pensadores fencidos. Pero la religión, en un estado difuso y vago, pierde su fuerza y el hombre que ha abandonado, por insostenible, la fe de sus padres, cual un explorador que busca tierra, se entristece con la duda.

En momentos tan críticos no es preciso entrar en abstracciones filosóficas. La fe en los hombres es el primer paso hacia la fe en Dios. Ver es creer. El vislumbrar la divinidad en un ser humano, es ver abrirse el cielo á todas las esperanzas.

El optimismo no es un arrebato engendrado por efectos pasajeros de la atmósfera; al contrario, es una convicción profunda y santa, porque es al mismo tiempo un poder creador.

¿Qué produce el pesimismo, enseñando como ley la traición cometida por mujeres frívolas, y el escepticismo sembrado por la ironía de los hombres?

Al meditar sobre «El aliado del Perú», escrito por el poeta Chocano, el corazón de los patriotas se decía: «No son las oportunidades ni las riquezas, son los hombres los que hacen á las naciones.»

El género humano es un elemento transformable. Felizmente los degenerados irrevocables son tan raros como los genios, y la multitud que vacila incierta entre aquellos dos extremos, puede ser perdida por el pesimismo y salvada por el optimismo. Con la chispa del entusiasmo que prende en los pechos más oscuros, y sobre todo con la sujeción potente del ejemplo, se puede convertir á los indiferentes en héroes y á los demonios en ángeles. De la bajeza á la altura ha progresado el peregrino género humano; del fango moral hanse elevado las sociedades orgullosas; de míseros fragmentos háse construído el edificio de las glorias nacionales.

El pesimismo tendría visos de razón, si el carácter humano fuese una cualidad inmutable. Mas, como todo lo que vive es capaz de modificarse indefinidamente, el optimismo debe emprender la labor de convertir en oro las piedras. Por una gracia extraña, el mal puede ser fundador de la virtud, y el dolor condición de la felicidad.

Quizás si con la esperanza de estimular una revolución del sentimiento en la sociedad, los autores publican sus lóbregas fantasías, y así, en lo oculto de su ánimo, los pesimistas sean realmente optimistas.

La aurora del pensamiento anuncia á la acción que tarda en llegar. Hubo un maestro más grande que Platón, y dijo: «Si tuviereis fé como un grano de mostaza, diréis á este monte: pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible».

Callao, Julio de 1902.



LOS HABITOS

SU MISIÓN FISIOLÓGICA Y PSICOLÓGICA

¡El hábito, cosa tan sencilla, cuyos efectos podemos observar en nuestra vida cuotidiana! Por ejemplo, una familia de Lima se ha mudado de un barrio á otro, y el padre de la casa, que es empleado de un negocio mercantil, al salir de su oficina por la tarde, con la mente absorta, toma la dirección acostumbrada hacía la localidad en que ya no habita. Luego se detiene, y golpeándose la frente dice: «Vaya lo que hace la fuerza del hábito».—Un joven, á quien recién se le enseña un oficio, encuentra muy fatigosa su ocupación; la torpeza de sus dedos le hace malograr un trabajo delicado; sus miembros, en vez de ayudarle, parecen tropezar con los instrumentos y las piezas de la obra. Pero insensiblemente sus movimientos se ajustan á

las manipulaciones requeridas, y lo que antes hacia con milesfuerzos pronto lo hace como por encanto, sin saber casi que lo ejecuta.

Después de un tiempo adecuado de aplicación constante, el hábito ha venido á facilitar las tareas del laborioso artesano.

El hábito, de puro familiar que es, nos parece un fenómeno poco notable. Luego veremos qué papel tan importante desempeña realmente en el mundo.

El hábito es causa de actos maquinales y ridículos, causa de destreza; origen del amor y del hastio; fuerza que sostiene nuestro carácter moral; poder que nos arrastra al infierno; génio de orden en el universo y constructor de organismos animales.

El hábito influye, no sólo en los movimientos de los miembros, sino en la acomodación sutil de las moléculas de un cuerpo humano, así que se explica el hecho de que los hábitos de pensar y obrar hagan variar el aspecto físico de una persona.

Pruébase un hábito en la circulación de las ideas y se comprobará un hábito análogo en la circulación de las materias. Gracias á los adelantos en la ciencia fisiológica, sébese hoy, que á todo pensamiento corresponde un movimiento molecular. El pensamiento, el deseo mismo, modela los órganos. Pensamientos los hay sólo en la esfera de la razón humana, pero deseos ó simpatías rudimentarias las puede haber en entidades primitivas, en animales, plantas, y en los átomos.

Es la ley, que los mismos pensamientos tienden á repetirse en un individuo—lo que el cerebro ha pensado ó percibido una vez, lo pensará y percibirá con más facilidad por segunda vez. Como fascinado por una atracción que no le deja salir de su círculo, el sujeto vuelve y regresa sobre los mismos objetos, los mismos actos, y poco á poco se le hace imposible el emanciparse del ciego impulso de hacer lo acostumbrado.

La tendencia no acaba en el individuo, sino que se trasmite á los hijos, se apodera de ellos y les sugiere seguir los pensamientos y movimientos de sus padres. Esa actividad, dirigida siempre en un mismo sentido, y continuada por generaciones, fija gradualmente una peculiaridad marcada en la musculatura, la masa del cerebro y las facciones de la cara. Las diferencias etnológicas son el resultado de hábitos propagados y sostenidos en una región durante un tiempo suficientemente largo. El hábito se hace orgánico; los instintos racionales son acompañados por modificaciones en la conformación del cráneo.

Una especie animal es orgánicamente distinta, antes de haber contraído un hábito, que después. Ningún ejemplo más apropiado, que el caballo de carrera, para mostrar como el deseo del animal se hace obedecer por todas las partículas de su cuerpo—y casos iguales pueden observarse con respecto á las plantas. Los órganos que caen en desuso, se atrofian: el zapo que encerrado en una cueva oscura, no tiene ocasión de emplear su sentido ocular, pierde la vista. Debido al método de evolución que indicamos, los caracteres frenológicos no siempre concuerdan con el carácter actual del individuo, porque aquella actividad que aún está en vías de volverse hábito, no puede ser ostensible en el organismo; y las estructuras erigidas por hábitos antiguos, pueden permanecer estables por un tiempo, como las paredes de un templo en el cual ya no se rinde culto.

En el actual estado de la ciencia se concibe que el carácter humano se forma por estratificación. Los hábitos depositan en el cerebro las capas del valor, venganza, amor, generosidad, honradez, impulsos criminales, vanidad, y otras más. Las disposiciones que han sido más ejercitadas, son las más firmes. Por ejemplo, el temor físico, sensación primitiva, está más arrai-

gada en la naturaleza humana, que la vergüenza, que es una emoción posterior.

En los sentidos inferiores, la vida es más profunda e intensa, el hábito hace que los estímulos bajos tengan más poder sobre el individuo, que los elevados. Por consiguiente, lo que los moralistas cristianos han dado en llamar la perversidad humana, no es perversidad realmente: los hombres se inclinan á las satisfacciones brutales y groseras por servidumbre á los usos primitivos.

Los seres vivientes llegan á la mayor perfección de todas sus emociones y aptitudes, gracias á la repetición, al frecuente repaso que dan á sus facultades. Los cuidados maternos, los amores de las vírgenes, se han practicado durante trescientos mil años, y difícilmente las mujeres de hoy podrían olvidar el arte de querer el que está impreso en todos los resortes de su naturaleza. Es, en efecto, imposible vivir sin perfeccionarse en una propiedad ú otra; porque viviendo, se repiten actos, y repitiendo actos cualesquiera, la expedición en ejecutarlos aumenta.

Se ve cómo hábitos determinados se desarrollan en familias y pueblos, y les confiere un tipo moral y físico especial. Cuando los hábitos, por su insistencia en una raza, se han hecho orgánicos, se puede hablar de capacidades e incapacidades nativas. Evidentemente se ha acentuado una diferencia cerebral entre los hombres y las mujeres, porque los miembros de ambos sexos han optado por dedicarse á prácticas diferentes. Se nos viene á la memoria lo que se ha dissertado últimamente sobre antropología criminal. El criminal nato es un ser irresponsable, porque sus impulsos no pueden superar á la conformación de su cerebro, el que está amoldado á los instintos más viles. Al criminal nato puede llamársele víctima de su constitución orgánica, pero también fruto de hábitos rui-

nes perseguidos durante generaciones en su familia.

El hombre normal también hereda de sus padres una organización que predispone para ciertas habilidades y excluye á otras. Según la definición de Aristóteles, el hombre virtuoso no lo es por mérito de sus actos aislados, sino por la práctica constante de buenas acciones. Pensamientos y actos hechos automáticos, estos son los hábitos. En un momento de excitación ó sorpresa, se descubre cuál es la naturaleza verdadera del hombre, porque en tales momentos desaparecen los modos de conducta que no son automáticos, y salta á la superficie el impulso involuntario, innato, habitual.

«Sembrad un pensamiento y cosecharéis un acto; sembrad un acto, y cosecharéis un hábito; sembrad un hábito y cosecharéis un carácter; sembrad un carácter y cosecharéis un destino».

Muchísimos miembros del gènero humano, que tranquilos viven sujetos á la rutina, se admirarían al saber cuántas cosas en el mundo se reducen á efectos del hábito.

Oigamos á un hombre de ciencia que se expresa como sigue: «La insistencia de ciertos impulsos voluntarios es una prueba de salud, y revela tan solo el poder benéfico del hábito. Nosotros tenemos un impulso insistente de respirar; un impulso frecuentemente insistente de comer; nuestra vida depende de semejantes impulsos insistentes. Deseos insistentes nos conservan el amor al trabajo; nos llevan diariamente á cumplir nuestros deberes; nos sientan en nuestras sillas á descansar; conducen nuestros pasos de regreso á nuestros hogares; nos acompañan desde la mañana hasta la noche; sea que nos bañemos, vistamos, paseemos; que hablemos, escribamos ó que nos acostemos. El contrariar á estos impulsos normales insistentes, nos causaría dolor, y en casos extremos sería completamente desastroso».

El cuerpo humano es obra del hábito; sus diferentes partes se han acostumbrado á existir juntas, apoyándose las funciones de las unas en las funciones de las otras. Se cree ahora que los grandes fenómenos de la naturaleza, como la rotación de las estrellas y las mareas, también reconocen por causa el hábito. Quizá que el hábito es tan potente en las materias primitivas como en el ser humano! Quizá que á esta circunstancia se debe el orden de las lluvias y de los vientos, el impulso de los gérmenes y el estrépito de las catástrofes volcánicas. Acostumbrados á un ritmo especial, los elementos descansan y se excitan; como la naturaleza de los hombres también, á momentos señalados, pide el narcótico ó ansía un estimulante sano. El deseo, hijo de una necesidad engendrada por el hábito, mueve las fuerzas eléctricas á producir una tormenta, como mueve á los miembros de una sociedad á producir eventos históricos. Háse indicado por filósofos muy perspicaces, que en la historia se advierte una regularidad periódica en los esfuerzos de la humanidad entera, que sin duda sería referible al hábito. Sin la posibilidad de librarse repentinamente del poder magnético de la rutina, marchan los mundos, viven los pueblos y soplan los aires. Tan penosa impresión causa el abrogar las costumbres cimentadas, que toda la naturaleza parece rehuir el esfuerzo de emanciparse de ellas.

Como lo muestra Byron con verdad poética, el encarcelado llega á preferir su triste sepulcro á la libertad que ya se le ha hecho extraña.

El hombre se acostumbra de igual modo á sus padecimientos que á sus alegrías, y se opone á las ideas y situaciones nuevas con toda la fuerza de resistencia que tiene acumuladas. Sólo la reflexión puede disolver el instinto, y apartar el individuo con su voluntad soberana, de las tradiciones que lo arrollan.

Callao, Agosto de 1902.

LOS HÁBITOS Y EL HOMBRE

El hábito con relación á los afectos causa el amor. Los hombres cobran cariño al medio en que viven; se enamoran de las noches que apañan sus alegres desvaríos, ó del taller en el cual transcurre su monótona existencia. Todos los seres vivientes y todos los páisanes merecen ser queridos, pero cada uno preferiré interesarce con aquellas personas con quienes rosa directamente, y consagrar su lealtad al suelo en el cual pudo arraigar su interés.

El hábito causa el hastío. El hombre se acostumbra á los encantos de la mujer adorada, y se causa de ellos—se causa de las melodías que oye repetir con frecuencia y de las escenas que se le presentan todos los días.

Sensible de un tedio insoportable, el espíritu inconstante se arraiga en pos de la novedad. Pero á través de la separación, el peregrino recuerda las primeras impresiones, y regresa á saludar con emoción redoblada á los objetos que antes abandonó con ingratitud.

Efecto de ignorancia que produce el hábito.— Hasta cierto punto se pierde el criterio respectivo á las cosas y personas que constituyen el medio acostumbrado. En la sociedad los defectos más feos y absurdos

se mantienen inadvertidos cuando son usuales. Los objetos familiares no estimulan el sentido; no se interroga acerca de los fenómenos ordinarios, por más que éstos necesitan de tanta explicación como los extraordinarios.

Servicios que presta la rutina.—El individuo no está consciente de las funciones habituales que desempeña su organismo, ni de los instintos que son propios de su carácter. Sin embargo, todos los actos detallados que implican aquellas funciones y aquellos instintos, han costado un esfuerzo penoso al principio, cuando fueron nuevos. El adepto en escribir, en dibujar, en hablar idiomas, en mezclar esencias, en construir edificios, en llevar cargas, tiene justamente tanta perfección en su arte, como práctica ha empleado para adquirirlo, ó sino ha heredado el talento de sus padres.

Durante el avance de la evolución, los actos que alguna vez se ejecutaron por elección y con tardanza, pasan á ser actos que se realizan con la velocidad del instinto.

El hábito economiza muchísima energía en el mundo. Lo que al principio constituye un empeñoso trabajo, repitiéndolo, se reduce á una actividad automática, la que requiere ninguna atención. La colaboración de los órganos en el cuerpo humano, originalmente no ha sido una operación tan sencilla como lo es ahora. La bondad que parece tan natural en ciertos caracteres nobles, ha sido adquirida gradualmente por la reflexión y la disciplina. Con el mecanismo entero de la vida pasa lo que con la niña, que después de dedicar horas de difícil estudio á una pieza de música, la toca corrientemente de memoria. Las cualidades que el individuo cultiva más, se incorporan con el tiempo en su naturaleza, porque se hacen involuntarias.

Despotismo del hábito.— El hábito es una avalancha, que va cobrando velocidad y volúmen hasta estrellar en el abismo á todo cuanto ha envuelto en su carrera; es una corriente que en medio de mar borrascosa, apresura al navegante hacia el fin de su ambición. Los pueblos son gobernados por las tradiciones que se han hecho hueso de sus huesos y sangre de su sangre. El hábito triunfa en oposición secular contra la voluntad y la razón, y de la senda del progreso desvía aún á los seres con la fuerza de los impulsos atávicos. Cuando se realiza un cambio, el hábito permanece en el fondo del alma, y á su dolorosa agonía, hacen eco las pulsaciones de la vida.

El hábito y la educación.— Se puede optar solo por un modo de dos: ó servirse del hábito ó ser su esclavo. Ya que todos los actos posibles pueden convertirse en hábitos, es preciso procurar que únicamente aquellos que favorecen á la especie, obtengan dominio en la sociedad. Todo proceso de cultura consiste en la sustitución paulatina de hábitos inconvenientes con otros mejores. No se puede concebir la educación de otra manera sino como un método de cautivar los elementos plásticos del carácter dentro de una rutina saludable. Práctica y más práctica es lo que desarrolla las energías ocultas del alma humana; el secreto de la elevación moral está en dar ejercicio á los sentimientos finos á los cuales se desea fomentar.

Cualquiera acción que se repite es un hábito incipiente; cualquiera inclinación que recurre es una tendencia, á la cual le falta por de pronto la acumulación necesaria para ser poder y motor. Los hijos heredan no solo el carácter que los padres han alcanzado, sino lo que éstos han podido hacer, su obra incompleta, su esfuerzo aparentemente inútil. La silenciosa labor de la primera generación se trasmite á la siguiente como

aptitud nata. Las líneas de conducta persistentes, se convierten con el tiempo en sentimientos.

Las ideas morales son el derivado de una larga evolución de todos los actores sociales. Durante los múltiples siglos que cuenta la existencia de la tierra, se han ido repitiendo más ó menos los mismos eventos; se han encontrado en incesante rotación las mismas substancias y las mismas pasiones, chocando las unas con las otras en tremendas luchas ó reconciliándose en deliciosas armonías. Todas las causas y todos los efectos se conocen mediante la frecuencia con que se han imprimido en la mente.

El hábito á la vez instruye el intelecto; forma la voluntad y crea el sentimiento. ¿Qué más se puede decir para dar un bosquejo de su importancia?

Callao, Agosto de 1902.



UNA CORONA EN LA TUMBA DE ZOLA

Algunos grandes autores supieron ilustrar con su vida lo que quisieron enseñar con sus escritos.

Zola, desde joven, soñó con la fama.

Un puesto conspícuo es un privilegio supremo para aquellos que quieren dar ejemplo.

Tantas falsedades se proclaman en el mundo, que el alma está ansiosa por contradecirlas. ¿Cómo hacer? Pertener á la historia, contesta el génio. Hacerse notable, ser recordado para siempre, y sostener así el lema de un estandarte ante la fila interminable de las generaciones del porvenir.

El hombre mismo es más inmortal que sus obras.

Llegará el tiempo en que habrán perdido su poder fascinador, su espíritu de actualidad, los libros de Zola. Pero las emociones humanas son iguales en todos los siglos: la fe se refresca en los ejemplos de amor, de lealtad y de energía que ha habido de época en época. La *Iliada* tiene el sabor de las costumbres pasadas; pero cada latido del corazón de Héctor repercute aún en nosotros como si éste fuese nuestro contemporáneo.

Si Francia tuvo necesidad de que le dijeran *resurgam!*, «resurgam» le dijo Zola. En plena era anglosajona, el ilustre novelista conservaba la tradición napoleónica sobre la importancia de París, juz-

gándolo como la madre intelectual del orbe. Vino en auxilio de la primera necesidad vital de un pueblo: la confianza en sí mismo. Luego creó una literatura del presente, en contraposición al arte enamorado del difunto clasicismo griego y enfermo del mal del mundo. En esa sala de dolientes de un hospital enorme, que se llama el siglo XIX, al decir de Max-Nordau, Zola se paseaba como un médico.

La salud es amor á la vida, el deseo por la actividad. Zola infundió vida con el soplo potente de sus vigorosos pulmones. Zola diagnosticaba la patología del cuerpo social; analizaba la morbidez que había hecho desesperar del destino á tantos desgraciados. La bajeza y el egoísmo, la lascivia y la cobardía, la traba paralizadora de las falsas creencias; ahí había la raíz del desfallecimiento.

El mal estaba en su punto álgido—Zola no hizo mas que predicar el amor á la vida, nó en un sentido espiritual y romántico, sino en un concepto material, como lo podía comprender la muchedumbre. ¡Fuera los ascetismos de una religión fanática! fuera los pecados artificiales! ¡Alivió el alma dándola ventilación y contacto con la naturaleza! No le importaban ni el pasado ni el futuro; le bastaba el momento! De seguro que el presente pertenece al hombre, y que este presente puede estar lleno de satisfacción y de belleza. Sí, la ciudad de París, ese albergue de misterios nefandos, aparece linda y magestuosa, cuando se le contempla en una noche de luna desde el campanario de Notre Dâme. La aspiración glorifica á la miseria. La mancha sobre el esplendor de la metrópoli es tan enorme, que sale del olvido, y como una lección al mundo adquiere precio.

En Zola predomina, nó la reflexión extensa, sino el sentimiento expontáneo. Como naturalista, desdena las especulaciones metafísicas; como socialista, ve

el mal, lo pinta, y pintándolo protesta. Ya en el apogeo de su relumbrante carrera, le tocó á ese genio viril la suerte de salir ante el público francés, no para escuchar aplausos, no para recibir la cruz de la legión de honor, sino para pronunciar la enfática palabra «Acuso»! Zola entró ciego en la cuestión Dreyfus. Su cerebro ingenuo y generoso, no concebía que en medio de la civilización moderna es obra la más difícil un simple acto de humanidad. En Francia, obreros y generales estaban de acuerdo para sacrificar á un oscuro individuo de linaje semita á las pasiones nacionales. Tan candoroso era el autor de la «Bestia humana», que no creyó encontrarse frente á frente con la fiera, ebria aún de orgías sangrientas, insensible al magnético poder de la altivez. Sin embargo, aunque Zola se hubiese encontrado delante de un peligro mayor, su actitud habría sido siempre idéntica. «He dicho la verdad, no sé qué consecuencias tenga», fueron sus palabras lacónicas: Así es el hombre recto y arrojado: ignora las corrupciones sociales, cumple su deber, y aguarda los resultados.

«Nunca en mis libros he buscado otra cosa que la verdad. Mi vida debe ser como mis libros, una persecución ardiente de la verdad y de la justicia».

Hénos aquí al escritor apóstol sostenido por sus acciones. Veamos también, cómo logra atravesar el fango, inmune á sus emanaciones. Si sus relatos no esquivan los detalles indecentes, si á las almas débiles parecen sugestionar el vicio—¿debemos censurar lo?— El que emprendió la labor de pensar y describir las escenas de los «Rougon Macquart», no fué contaminado por los hechos vergonzosos. Dígalo su vida metódica y el amor de su esposa desconsolada.

Felizmente, no ha sido un suicidio la catástrofe del lunes 29 de setiembre. ¡Suicidarse para Zola hubiese sido contradecirse! ¿Cometer un acto de miedo

al combate, cuando aún germinaba dentro de su cráneo una poderosa invocación á la libertad? No; la determinación de un intelecto sobrehumano intervino. Zola merecía una muerte repentina como la había deseado. Siempre su desaparición tenía que parecer prematura, puesto que había de morir sin decadencias de su génio, palpitante siempre de entusiasmo y actividad.

¿Expirar por una debilidad de su organismo? No. ¿Acusar con su agonía á algún culpable? No.

La muerte de Zola tiene algo de simbólica. Trabajaba la víspera en la plenitud de los proyectos; á la mañana siguiente fué encontrado asfixiado, despidiéndose aún con el calor de la vida de las personas que penetraron al recinto.

La muerte en la historia de Zola viene á ocupar escaso lugar; no fué prevista en pálida expectativa; sobrevino violenta por un descuido! ...

Vida, vida incontenible es la impresión que dejan las huellas del insigne parisense. En vida reboza toda su obra, porque es un trozo de su carácter.

Callao, Octubre de 1902.



LA OBRA DE DARWIN

¿Sería exagerado llamar á Darwin el padre del pensamiento moderno?

Tres son las ideas principales que él ha iniciado, á saber: la uniformidad de la naturaleza; la división del trabajo y la continuidad del progreso.

La uniformidad de la naturaleza quiere decir que el mundo no es una sucesión de eventos que entre sí son independientes. Al contrario, cada fenómeno, por insignificante que sea, lo causa un principio que es propio al universo entero; cada estremecimiento que sentimos en la tierra es parte de una vibración que recorre el espacio infinito.

Por consiguiente no sería vana aspiración del hombre la de comprender el universo y de atravesarlo sustancialmente por sus regiones ilimitadas.

La vida intelectual humana es la experiencia subjetiva de leyes y procesos que la naturaleza ejecuta sobre un plan inmenso, y por lo mismo que el ser inferior tiene participación en el movimiento general de los mundos, se encuentra siempre sugestionado por los instintos universales, y es capaz de deducir principios grandes de los pequeños.

Todo progreso sería imposible sin la uniformidad de la naturaleza, porque si una afinidad innata no ayudara á los seres ¿cómo podrían ellos tener entendi-

miento para las cualidades que están destinados á adquirir gradualmente?

Excusado es decir que la uniformidad en referencia absolutamente no implica monotonía. Una misma fuerza puede tener un sin número de aspectos diferentes. Basta recordar que algunos sabios creyeron que el hidrógeno era la materia prima que constituía el mundo físico, y que todos los elementos conocidos en la tierra representaban á aquella en sus varios estados de condensación. Esa proposición, aunque ha quedado prácticamente desechada, simboliza la verdad de que en el fondo de la naturaleza hay un principio único, del cual arrancan los modos de ser infinitamente diversos que existen.

Más obvio y plausible que la «uniformidad de la naturaleza» es, para las personas no filosóficas la «división del trabajo». ¡Cuánto hay que hacer en el mundo, y para que poco alcanzan las fuerzas y el tiempo de un solo individuo! El joven que al dejar los estudios del colegio, tiene que elegir una carrera, se encuentra con un largo programa de ocupaciones que poder seguir. Si una vocación no le impulsa hacia un oficio determinado, tan pronto podría ser comerciante, médico ó industrial, que marino, clérigo ó ingeniero. Todas las profesiones á la vez no las puede aprender—es preciso decidirse por una exclusivamente y concretar en ella su atención. «Quien mucho abarca, poco aprieta» es el dícere vulgar, y por ser vulgar, mil veces acertado. Limitándose así forzosamente al ejercicio de faenas circunscritas, el individuo adquiere una aptitud habitual tan grande en su ramo, que comparativamente parece tener ineptitud para los demás ramos de la actividad. Sin embargo, aquella ineptitud es solamente casual, y no inherente, siendo «selección del trabajo» la que hace la diferencia entre los seres que de origen fueron igualmente dotados.

La civilización avanza al paso que las grandes unidades de la naturaleza se diferencian en minuciosos detalles. Todas las ciencias fueron tan simples, al principio de la historia, es decir, contenían un material de saber tan escaso, que un individuo con facilidad las pudo poseer enteras. Esto fué el caso con las ciencias mecánicas, químicas, astronómicas, médicas y todas las demás. Conforme progresaba el tiempo, se descubrió que en cada ciencia entraba una cantidad de datos y de consideraciones, que un solo cerebro no podía dominar, y en consecuencia, las ciencias se fracturaban en muchas subdivisiones, las que prestaban temas á los especialistas. Hoy sabemos perfectamente que la medicina, por ejemplo, es un campo vasto, cuya exploración se comparten científicos de diversas denominaciones. En las factorías famosas de los Estados Unidos, se ve cómo la perfección de los productos industriales se debe al sistema especialista, habiendo operarios que durante todos los años de su empleo se dedican á la construcción de una pieza particular, una pieza modesta que forma parte de las obras mayores. Hermosa idea del instinto social que anima al género humano, es esa que dá el espectáculo de la división del trabajo. El esfuerzo aislado, premiado por su concentración con una prolijidad extraordinaria, contribuye á un todo, que por la minuciosidad en la ejecución de sus detalles, resulta primoroso. Cada persona, habiendo dejado prisioneras sus facultades en un círculo cualquiera del saber, tiene que desatender completamente muchos puntos de interés general, pero con la seguridad de que estos puntos son atendidos por otros trabajadores, y de que los resultados obtenidos en las regiones separadas no tardan en beneficiarse mutuamente.

Darwin señala la división del trabajo como un medio del adelanto orgánico en todas las esferas de la

existencia. Del sencillo elemento protoplástico engendróse todo el variado reino animal y vegetal, sólo por la división del trabajo, pues se acentuaron en las substancias funciones diversas, que gradualmente fueron á establecer sistemas cooperativos.

En la sociedad humana, cada individuo contribuye con algo á las facultades que insensiblemente se hacen propiedad general. No solo el pensamiento de los génios y el invento de los ingenios, también la agilidad del montañés, la concentración moral del domador de fieras, la abnegación de las enfermeras y la despreocupación alegre de los inútiles, entran en la gran herencia que la raza deriva del individuo.

En orden tercero y culminante viene la teoría del ascenso desde los principios pequeños hacia los éxitos magníficos. «Tenemos en la tierra la evidencia del progreso que nos hace adivinar una eternidad en perspectiva para realizar el ideal». Todo en la tierra comienza pobre, insignificante, ineficaz y sigue acrecentando hasta lo inmenso. Tenemos una evolución de las razas, de la política, del arte militar, de la música, del teatro, de la técnica, de la marina y el comercio, de las ciencias, del sentimiento y de la inteligencia.

En gran parte la evolución es combinación. Comparese la canoa india, hecha de un árbol hueco, con el «Kromprinz Wilhelm» que últimamente batió el record entre Cherburgo y Nueva York. El modelo del buque moderno no se creó por encanto, sino que paso á paso un perfeccionamiento del arte naval fué sugiriendo á otro. Dados los remos como el primer medio de locomoción en el agua, ideóse luego las velas; con el auxilio de las velas llegóse á descubrir las tierras incógnitas con sus exóticos productos; un cerebro halló la virtud de la brújula; otro el poder propulsor del vapor; otro aplicó prácticamente las cualidades de los diversos minerales y vegetales que se importaron.

Los elementos que estaban repartidos en los varios extremos del orbe, pudieron combinarse y formar un entero ingenioso. El vulgo en nuestros días hace cálculos más comprensivos que el sabio de antaño; hoy los especuladores piensan en nada menos que en apoderarse del mercado del mundo, y los vendedores de periódicos negocian con los sucesos que ocurren á los antípodas. Extensión del saber, hénos aquí un motivo permanente que altera la conducta del individuo y la condición de las cosas en general. Vale la pena el hacerse presente lo que los conocimientos en ciencias naturales, por ejemplo, influyen en el poder y las creencias del hombre.

La evolución es mudanza incesante, mudanza causada por la acumulación de impulsos y aptitudes, por el engrandecimiento de las ideas y la fusión de los esfuerzos.

En un sentido el conservatismo es siempre ilusorio, porque á cada instante cambia el individuo en relación al medio y el medio en relación al individuo—en otro sentido, el conservatismo es absoluto, porque la naturaleza inmortaliza al prototipo en la larga serie de modificaciones que lo acerca al ideal.

Estamos en un mundo donde todo se transforma maravillosamente, y donde todo está unido por la relación de causa y consecuencia. El calificativo de imperfecto deja de ser reproche en el sistema evolucionista: imperfecto tiene que ser todo objeto, en vista de que su perfectibilidad es ilimitada, y considerando también que las actividades más fecundas son accesorias de mayores principios centrales.

Callao, Octubre de 1902.

JUEGO DE AJEDREZ

Con entera imparcialidad, como espectadores lejanos, observamos desde aquí el fenómeno del antisemitismo en Europa. Durante el juicio Dreyfus, la agitación contra los judíos se presentó bajo el aspecto de una injusticia tremenda. Se entiende que en la época actual, en París, nadie pelea por intransigencia religiosa puramente. Sin embargo, el famoso conde Esterhazy pudo decir: «Si alguna vez se permite que Dreyfus vuelva á poner el pié en tierra francesa, os prometo que cien mil cadáveres de judíos cubrirán el suelo. Si se absuelve á Zola, habrá revolución en París. El pueblo me pondrá á su cabeza para verificar una matanza de los israelitas».

De este á oeste, y de norte á sur, resonaba en Francia el grito «abajo los judíos». Los diversos partidos aprovechaban aquella voz de guerra como arma de ofensiva y defensiva. El autor de la commoción hostil fué un periodista, Eduardo Drumont, editor de *LA LIRRE PAROLE*, amigo del pueblo; un hombre de los que resumen en sí los prejuicios corrientes, y están dotados de una voluntad autoritativa y de una elocuencia retórica. Indudablemente que en las masas ya había estado latente un rencor contra el huésped secular oriundo de Palestina, que nunca fué bien visto entre los cristianos. Solo faltaba que en vez de contener la

ira popular con razones prudentes, se arrojara una chispa que inflamara el combustible acumulado, causando una conflagración voraz.

Según Drumont, los judíos, por ser diferentes de los galos respecto á ideales, razonamientos y métodos, no debían haber sido admitidos en la familia nacional francesa, sino al contrario, sujetos á una legislación especial, así como fué el caso en los alabados tiempos anteriores á la primera revolución.

Sin duda es verdad que los judíos no siempre se identifican con la nación en cuyo seno han nacido—¿pero quién tiene la culpa de eso? Quizá aquellos intolerantes, que no saben hacer grato el asilo que forzosamente brindan al paria.

Se arguye que el influjo de la raza oriental rebaja la civilización occidental. Pues el número de pobladores judíos en Francia asciende á 70,000 almas solamente. Triste idea de la resistencia moral de los cristianos da la suposición de que un contingente extranjero tan pequeño, tenga la facultad de pervertir el carácter de los aborígenes!

A pesar de la insignificancia numérica de los judíos, en poder de ellos ha caído la cuarta parte de la riqueza nacional. Este es, en efecto, el hecho que levanta la indignación de los europeos. ¿Pero qué remedio hay, si los judíos han conservado sus peculiaridades de raza, de una raza excelente en el comercio, y por consiguiente, predestinada á enriquecerse? ¿Sería compatible con los «derechos del hombre» el negar á los judíos la libertad de sentimientos y la licencia de hacer fortuna? Sólo de un modo es posible triunfar dignamente de una competencia enojosa, esto es, alcanzándola y superándola.

Drumont pertenece al orden de los demagogos que saben tocar los resortes de la genervosidad pública.

ca, pero que no son capaces de hacer una sugerión fecunda en beneficios.

Otra raza vilipendiada, es la africana, y en favor de ella escribe el señor Burghardt du Bois, hombre de color, y profesor graduado en Norte América:

«Necesitamos hoy más que nunca la educación escolar, el adiestramiento de manos ágiles, de vista y oídos alertos, y la cultivación extensa de cerebros talentosos. La facultad del voto la necesitamos obtener en simple defensa propia, y como garantía de buena fé. Tal vez que la empleemos mal, pero apenas podríamos usarla de peor manera que nuestros amos de antier. Aún buscamos la libertad—la libertad de vida y miembros—la libertad de trabajar y pensar. Trabajo, cultura y libertad, todo eso queremos, no aislada sino colectivamente, porque hoy la comunidad de negros concibe una aspiración suprema: el ideal de fomentar los característicos y los talentos de la raza negra, no en oposición á los grandes fines de la República Americana, sino en conformidad con ellos para que algún día, en el suelo de América, dos razas universales, la blanca y la de color, puedan cada una suplementar sus cualidades innatas con las de la otra».

Es de notar que Burghardt du Bois, en vez de seguir la pista á supuestos ó verdaderos culpables, insiste en que sus congéneres obtengan una buena calificación profesional é intelectual. Ante todo precisa el formar gremios trabajadores, cuyos méritos è intereses prácticos se presenten como objetivos claros á la consideración general.

Por idealismo nada se hace en Norte América: allá siempre se agita el egoísmo enérgico de expertos mercantiles y obreros. Los ciudadanos pueden ser jueces competentes sólo dentro de la esfera de sus conocimientos especiales. No basta el saber leer y escribir para entender el mecanismo gubernativo. ¿Los

hombres que ejercen la administración son malos? Pues quizá el medio en que operan es malo, y el censor, en iguales condiciones, no sabría portarse mejor que el censurado. Es un error creer que el pueblo tiene que vengar agravios.

Sin el concurso del pueblo, ningún mal intencionado puede hacer daño serio al país, así como sin el auxilio de estadistas ilustrados, la patria no puede figurar en el concierto de las naciones.

No puede resultar predominio en ninguna parte, sin que en otra haya habido falta de resistencia oportuna. La fuerza siempre se abre campo, no solo la imposición de los tiranos, sino también el empuje de los hombres de trabajo. Toda la desgracia que ha habido en el mundo, ha provenido de que los hombres, en vez de luchar con perseverancia por sus intereses vitales, han desperdiciado el tiempo en escaramuzas inútiles.

El pueblo es á la vez el factor más inocente en sus propósitos y más criminal en sus acciones. En materia pública, las clases bajas ¿de dónde toman sus inspiraciones? De la palabra escrita de la prensa, ó de la verbal de los propagandistas de partido. La reina Catalina de Médicis, temerosa del poder creciente de los hugonotes, hizo que el pueblo sacrificara á éstos en nombre de la religión. Robespierre, á fin de salvar su existencia, entretuvo á los ciudadanos con guillotinar á los girondinos. Y en época reciente, la multitud impulsiva de los franceses estaba lista á ponerse al servicio de algunos ambiciosos clericalistas ó militaristas. Conste que cualquier intrigante ó fanático de resaltantes aptitudes, tiene probabilidades de hipnotizar la opinión nacional.

Acontecimiento por demás raro en la vida de los estados es una crisis que requiere la intervención atrevida del público. Las convulsiones que con frecuen-

cia se repiten en algunas repúblicas, son crisis artificiales. En Francia campean cuatro partidos: realistas, socialistas, radicales y republicanos. La mayoría de la nación está decididamente opuesta á cualquier retroceso al sistema monárquico, siendo así las tendencias realistas tan impopulares como en los países sudamericanos podían serlo las pretensiones á la dictadura. Al quedar alejado el peligro de una supresión de los fueros republicanos, las demás distinciones políticas tienen escasa importancia. Si cualquiera de los partidos supiera cumplir lo que sus candidatos prometen al pueblo en época de elecciones, los anales de la historia serían muy diferentes de lo que son. Los verdaderos intereses del país tienen que ser comunes á todas las facciones. Aquí en el Perú, por ejemplo, ¿qué tienen que ver las cuestiones de dignidad nacional, y la legislación sobre impuestos, obras públicas, fomento del comercio y mejoras locales, con las teorías democráticas, civilistas ó constitucionales? Los partidos son agrupaciones de hombres, que, alternativamente, por buenos ó malos motivos, tratan de obtener el poder. El ejercicio del poder gradualmente vicia á los individuos, y por orden natural, los diversos partidos se relevan, perdiendo la popularidad los unos, y obteniéndola los otros. Cuando, por fortuna, ha habido el suficiente espacio de tranquilidad, se ha podido comprobar, que tanto por medio de la paz como de las revoluciones, se efectúa una continua rotación de los partidos en la administración pública, y que se asegura de una manera automática la igualdad de oportunidades para todos.

Lo que dejamos dicho sirva para afianzar la certidumbre de que el deber del ciudadano tiene su circunscripción en el círculo íntimo de los negocios y de la familia de éste, en donde mucho falta que hacer por fortificar el nervio popular. En los Estados

Unidos la sociedad va reclutando sus elementos distinguidos entre la juventud humilde é industriosa, y sin duda, ese movimiento sistemático para arriba, de las clases bajas es lo que regulariza mejor la marcha del Estado.

Callao, Noviembre de 1902.



EQUIVALENTES

La renta es el premio del esfuerzo—póngase esto de base á las ideas sobre la fortuna. Admitido que hay relación entre el trabajo y la propiedad del individuo, el orgullo del dinero queda justificado, pues entonces la riqueza significa un certificado de competencia.

Conviene considerar las operaciones comerciales bajo su aspecto primitivo y simple. Un hombre criaba ganado, y el otro cultivaba la tierra; á fin de conseguir una porción del trigo que cosechaba el segundo, iba el primero y ofrecía uno de sus chanchos ó corderos. El hombre que trabajaba, obtenía productos apetecidos, y podía exigir un equivalente al cederlos á otro, mientras que aquel que no trabajaba, no poseía nada y se quedaba pobre. En aquellos tiempos no mediaban los problemas de la herencia, del cambio monetario, del valor convencional de los objetos y de la labor, sino que puramente la industria del indi-

viduo creaba la posibilidad de vender y comprar artículos necesarios.

Luego el sistema mercantil se complica por las cuestiones de gusto, porque los objetos extraordinarios llaman la atención en grado mayor que las cosas demasiado comunes. Los comestibles exquisitos, las piedras preciosas, los artefactos ingeniosos y las curiosidades de todo género alcanzan un precio antojadizo. Sin embargo, si por haber satisfecho el gusto del comprador, una persona recibe ingentes sumas, merecidas las tiene y agregaremos que generalmente una cosa es rara, porque es difícil de proveer. La piel de gamuza, los trozos de marfil, las plumas de avestruz son objetos costosos, porque su apariencia en el mercado presupone una caza arriesgada ó fatigosa en parajes incultos. En los siglos anteriores, muchos artículos tenían un valor más subido que ahora, por lo dificultoso de los viajes y trasportes. El uso de los nuevos inventos casi siempre es caro, puesto que la fabricación de ellos implica riesgos desproporcionados.

Respecto del valor del trabajo, el obrero más constante y hábil será el que recibirá más sueldo y se encontrará más solicitado. Por otra parte, la clase obrera no es más acaudalada, porque el trabajo cerebral de los hombres que hacen grandes combinaciones tiene mayor estimación en el mercado que la mera habilidad mecánica.

Los mineros, los fabricantes de piezas finísimas de acero, exponen su vida y sacrifican sus órganos tanto y más que los cazadores de tigres y pescadores de perlas, y sin embargo, no pueden pretender á pingües remuneraciones. Si en ésto parece haber una contradicción á nuestra teoría, de que la renta equivale al esfuerzo que se hace, recordaremos un argumento que nos ayuda: ya al individuo no se le puede

considerar aparte del linaje al cual pertenece; la persona es solo un fragmento de una entidad más amplia, la generación.

El talento extraordinario que manifiesta un individuo, probablemente se debe á un superavit imperceptible de cualidades buenas que ha existido en los antepasados, el que al fin aventaja á una familia ó raza ante otras. Por consiguiente, las labores superiores en comparación con las comunes, son el resultado de un esfuerzo mayor hecho en la generación; aunque no por el individuo.

Con el punto de que estamos tratando se relacionan también las leyes de la herencia. Distribución desigual de la energía, éste es el secreto sobre el cual gira toda la actividad del mundo. Si el padre, con un trabajo desmedido, ha logrado producir un beneficio para sí, quizá ha absorbido alguna de la fuerza que en orden natural hubiese pertenecido al hijo, y lógicamente lega á éste su fortuna, como parte del derecho que le corresponde. Desde luego, un heredero, sin tener merecimientos personales, podía ser fisiológicamente justificado en apropiarse de la labor paterna.

Sin independencia económica, no puede haber libertad individual, ni nobleza y rectitud de carácter posibles. Todas las mesquindades sociales provienen de la falta de independencia en hombres y mujeres.

Para asegurar la subsistencia independiente se presentan dos alternativas ó trabajar sin intermitencia hasta el fin de la vida (lo que es cosa muy precaria) ó acumular un exceso de ganancias en una época, con el objeto de poder descansar en otra.

Al mismo tiempo, los propósitos de las diversas personas son muy diferentes: algunos tratan de mejorar sucesivamente las condiciones de la existencia, y

así requieren siempre mayores sumas para sostener sus hogares; otros se limitan á mantenerse con modestia, y quizá dirijen su atención sobre intereses que no acarrean bienes materiales. Respecto de obras espirituales, es mucho más difícil fijar el valor del trabajo, que cuando se ponen en ejecución mejoras prácticas, y de aquí resultan tantas injusticias, que solo se subsanan cuando el mundo avanza suficientemente para apreciar lo intangible.

A veces el orgullo del dinero va errado. El génio estético y filantrópico tiene que ceder el privilegio de la riqueza al génio comercial, el cual es maestro indiscutible de las finanzas. No siempre se pueden medir los méritos relativos de las personas según la proporción de sus bienes. Sin embargo, en general subsiste la verdad de que cada uno ostenta en su condición económica la medida del esfuerzo que hace por habilitarse. Aún los bienes mal ganados son frutos del esfuerzo. Un ladrón común puede hacer un robo grande, pero no sabe multiplicar su tesoro, sino al contrario, lo desperdicia conforme lo ha adquirido—en último resumen es y queda un mendigo. Un negociante de mala ley, que logra enriquecerse y obtener posición no deja de emplear industria, y prospera á causa de cierta corrupción en el medio ambiente que le favorece—probablemente es un hombre que se ha esmerado más que sus víctimas, las que han sido también inmorales ó, á lo menos, desidiosas. La ignorancia en nuestros tiempos, es un crimen enorme.

Dudamos si la fortuna es tan caprichosa como se cree: nos parece, más bien, que ella se deja guiar por causas sutiles que se ocultan en el carácter de cada individuo, ó más correcto, de cada familia.

El ideal resplandeciente que se impone á la humanidad, es la independencia económica. Sean las pretensiones de las personas como quieran, altas ó ba-

jas, cada una tiene derecho de exigir para sí tantas ventajas como su trabajo confiere al mundo. Todo acto de caridad, ó es un empréstito ó no tiene razón de ser. El hombre que hace costumbre de recibir el sustento sin pagarlos, es un condenado á la degeneración. Ni siquiera el amor se da de balde. Amamos á un ser adolescente con la esperanza de que algún día premie nuestras ilusiones—y si su espíritu queda estacionario y no alcanza á tener contacto con el vuelo de nuestra alma, irremediablemente acabamos por sentir indiferencia hacia él. Los animales, por su utilidad merecen la vida, pues de otro modo, cuando son inútiles, las especies acaban por ser exterminadas. Tan estricta es la naturaleza en la aplicación de su ley, que al organismo humano mismo, si no sabe mantenerse á la altura de sus funciones, lo reduce á abono de la tierra. En el Perú, la población observa sin vacilar la ley de los equivalentes. Se prestan servicios, y los individuos gozan de estimación en la sociedad sólo mientras tienen esperanza de retornar aquellos que han aceptado. A nadie se le tolera por mucho tiempo en un puesto que ocupa gratuitamente.

Ya que se ha cumplido la ley dentro de los límites estrechos, tiene que cumplirla también la nación ante las naciones. Al lado de la doctrina de Monroe sale á luz la teoría de los equivalentes. América no está libre. Cuba debe su independencia á los Estados Unidos, y paga lo que adeuda con obligadas concesiones comerciales. Lo mismo sucedería con cualquiera de las repúblicas latinas, si ante el peligro europeo se aprovechara de la protección norteamericana. Todo auxilio exterior que se recibe, debe ser pagado dentro de cierto término, ó el acreedor se hará dueño de cuanto con su crédito se ha cultivado.

Es necesario que cada pueblo interroguen su conciencia y diga: «¿Tengo una importancia real que ga-

rantiza mi existencia; he dado obras al mundo que están acordes con la posición que ambiciono ocupar?»

Puesto que no es producto suyo, la doctrina de Monroe no puede beneficiar al continente de Colón. Queremos palpar el desarrollo de ideales sud-americanos, para sentirnos amparados bajo la ley de los equivalentes. La América latina aún no tiene capital en los libros de cuenta. Todos saben quien salvó á Venezuela.

¿Mañana otra república tendrá que pedir auxilio contra Alemania, Inglaterra ó Italia? ¿Los estados de aquí deberán á países extraños el saneamiento de sus ciudades y la solución de sus problemas? ¡Entonces no tendrán derecho á vivir!

Roma imperial compró la gloria con las armas, y la Roma de los papas la concilió con la sutileza del espíritu. Ya que el vigor de los muslos y la perseverancia intelectual han escrito caracteres tan deslumbrantes en la historia, ¿qué huellas surcaremos los hijos de Sud-América para hacernos dignos de nuestros sueños dorados?—En primer término podemos introducir higiene nosotros mismos y con eso aumentar la población; podemos crear una cultura propia, y con ella asimilar á los colonos á nuestro modo de ser.— El régimen de dar medida por medida quizá parezca ultra-positivo, anti-poético, pero es el régimen del honor y será eterno como Dios.

Callao, Marzo de 1903.



EGOISMO Y ALTRUISMO

Los ideales abstractos son como débiles aristas que apenas pueden estimular débilmente las energías de las multitudes.

Hay un error en orientar la vida demasiado temprano hacia propósitos remotos.

Apelaremos pues al egoísmo como un medio de engrandecimiento de la patria, para que así nuestros argumentos resulten justos y aceptables. Desentenderse de los sentimientos egoístas, sería imponerle un cargo demasiado pesado al altruismo. Si todos los habitantes de un país se tomasen el debido interés en su propia condición y obtuviesen un éxito halagüeño, el estado marcharía perfectamente. Por el contrario: ¿qué orden resultaría en una comunidad cuyos miembros tuviesen más desarrollado el sentimiento de cuidar de preferencia los demás en vez de cuidarse á sí mismos? El egoísmo es el primer deber natural del hombre, y el altruismo el segundo.

No se podría, por ejemplo, hacer efectiva la higiene pública si cada hogar no se preocupase de la suya propia.

¿Quién tendrá más probabilidades de reformar las condiciones sanitarias de una ciudad: un solo hombre que dicte las medidas del caso, ó mil personas que las ejecuten por convicción íntima? ¿Quién tendrá la culpa de la mortalidad infantil extremada en

un lugar, los miembros municipales, ó las mujeres que usan métodos inconvenientes en sus casas? ¿Quién hará de un niño un ser sano y fuerte, la familia que lo rodea ó el gobierno que no lo conoce individualmente? ¡Educación é higiene, las artes de pensar y de robustecerse!

¿Dónde debe ponerse la reflexión y la responsabilidad: en los poderes administrativos ó en hombres ó mujeres en general? ¿Quién hace la paz y la guerra? Los votos que suman las mayorías, los individuos que forman las listas militares. ¿Es el gobierno quien suggestiona sus ideas al pueblo, ó es el pueblo quien las inspira al gobierno? ¡Pobres autorizados, si la inteligencia popular, la sanción pública, no encauzan sus procedimientos!

Gobierno y pueblo son una sola entidad respecto á cualidades y costumbres. No pueden haber intereses generales, antes de que estén definidos los intereses particulares.

Los intereses de los capitalistas que invierten su dinero en grandes negociados y los de los proletarios que desean ganarse rudamente el pan, son ambiciones egoistas desde luego; pero dan forma de uniforme robustezá la vida pública. Lo que en un siglo no han podido realizar discusiones de bellas teorías, en un momento lo hace la conveniencia individual cuando se decide por la paz y las leyes.

Puesto que cada hombre entiende su negocio y se desvive por el fomento de su industria particular, se proyectan claramente las necesidades de las diferentes castas sociales y se encuentra, entonces, el gobierno ante postulantes que no ceden en sus demandas justas. Los egoistas obran sin miramientos, convencidos de que sus esfuerzos están fatalmente limitados por el egoísmo ajeno que les detendrá en un puesto necesario para la salud de la comunidad.

Este método empleado en los Estados Unidos, ha dado magníficos resultados. Allá no hay indulgencias, pero en cambio hay vigorosa competencia. Quien no sepa con qué óbolo la Gran República ha contribuído al progreso moral de la humanidad, lo sabrá algún día. Los norteamericanos han logrado fijar un precio á todos los servicios que presta el individuo; desde el burdo cargador de bultos, hasta el artista más refinado. En Norte América no se desprecia ningún trabajo, ni se admite candidato alguno que no esté expedido para desempeñar cumplidamente su cargo.

Fácil es, desde luego, comprender que los talentos educados en un medio tolerante, tienen que hallarse poco aptos para competir con individuos disciplinados por la rigidez de un público intransigente. El trabajador sudamericano se encuentra en condiciones desventajosas ante el norteamericano, y este es, justamente, dadas las próximas perspectivas políticas, el palpitante problema del día.

El patriotismo es un egoísmo extendido del individuo al medio que le rodea. La subsistencia y engrandecimiento del Estado son un interés secundario ante la subsistencia y el engrandecimiento del sujeto. Conforme avanza el tiempo, los peligros se multiplican, pues, en un orden más amplio, porque las naciones ensanchan sus intereses fuera del radio de sí mismas y entran en conflictos con las demás.

El derecho internacional se reduce, hoy por hoy al argumento siguiente: ¿Porqué ha de tener un país la misión de cuidar de otro?

Que cada pueblo procure desarrollar sus fuerzas vivas de tal modo que su existencia forme parte del interés de los demás, y entonces estará bien amparado por la protección recíproca de todos.

Tan diferente es el carácter latino del sajón, que en el primero el egoísmo es estéril, pueril y contra-

producente; mientras que en el segundo constituye su mejor elemento de prosperidad. Revistiendo el egoísmo formas de presentación tan poco simpáticas, resulta que los latinos se apartan de él y se deciden por los principios altruistas tomándolos como artículos de fe. El proletario confía, resignado, en el auxilio ajeno; el obrero espera siempre encontrar indulgencia en el patrón; el ciudadano relega sus responsabilidades al gobierno; y el gobierno forja teorías humanitarias, sentimentales é irrealizables.

Con aconsejar á los latinos que tengan un poco menos de altruismo y más de egoísmo como los anglosajones, no hemos querido expresar nuestra admiración sin reservas hacia los métodos norteamericanos. Casi todas las virtudes van fatalmente acompañadas de un defecto, así como los defectos de una virtud. Los yanquis, después de que su proceder sensato les ha dado frutos primorosos, se olvidan del fin real de sus esfuerzos; porque el egoísmo tiene por objeto la felicidad individual;—pero en el transcurso de su espléndida carrera, el norteamericano, olvidado de todo, se contrae solamente al hábito de acumular dinero, y resulta siempre que en vez de hacerse feliz, se hace millonario.

Los meridionales tienen las prerrogativas del temperamento artístico. En los países genuinamente latinos, la cerebración es exuberante y exquisita. De ahí la ausencia de sentido práctico, que parece dar vasto campo para el florecimiento de sentimientos en extremo delicados y sociales; donde hasta el perdón de las imperfecciones, penetra á los seres con grata amabilidad.

Sin embargo, la mejor forma que puede tomar el altruismo, es el impulso del respeto recíproco. A consecuencia de los frecuentes rechazos que sufre la voluntad del individuo en su contacto con la del pró-

jimo, se forma una especie de instinto altruista, que previene la repetición de tales choques. Mucho antes de tener amor á sus semejantes, los hombres experimentan temor á la sociedad, y por esto observan como dogmas los principios de honra y de cortesía. En el arte de inspirar respeto estriba el ser ó no ser de los individuos y de las naciones. Todo atropello social puede referirse á la falta de respeto, y toda suerte ruinosa de un país á su falta de respetabilidad exteriora. Europa y Estados Unidos aún no sienten hâcia los sudamericanos ni admiración ni gratitud, por eso son una perpétua amenaza en nuestro horizonte.

¿Es que los pueblos de aquí no han tenido la disresión suficiente para colocarse á una altura de estimación respetuosa, ó es que no han dado á conocer sus virtudes en grado debido?

Muchos seres merecen, sin embargo, consideración, sin que nadie se acuerde de ellos.

Muellemente reclinado en el asiento de un ferrocarril, el aristócrata mira con cierta compasión desdenosa al humilde indio que labora en el campo, sin decirse: «Este pobre hombre cuando trabaja por ganar el pan, es tan independiente como el millonario, y más vale á veces el poco saber bien asimilado del llamado ignorante, que las náltiples nociones confusamente almacenadas en el cerebro de la juventud acomodada». El rico, ¿cómo puede ser orgulloso ante el pobre, cuando lo necesita para tantos objetos; cuando las provisiones, las comodidades, la licencia de dedicarse á sus ocupaciones favoritas, las debe al obrero?

Veamos ahora cómo se presenta el problema del trabajo en todos los países cálidos.

No se puede explotar las riquezas del corazón de, África ó Sud-América sin el concurso de las razas inferiores. Al contemplar el auge que promete tomar

la industria en el Transvaal, se escribió: «El trabajo de los blancos para labores de lampa y azadón en las minas y la agricultura, no puede, por desgracia, tomarse en seria consideración por sus condiciones especiales». En el Perú, el costeño resulta inútil cuando ofrece sus servicios en la montaña. Aquí, como allá, tienen que hacer el trabajo rudo y primario los indígenas ó los asiáticos importados. Ojalá que la despreciada raza india fuese mucho más abundante en nuestras serranías, porque es ella la más apta para desarrollar con el paciente golpe de azadón, la riqueza del suelo patrio.

El hijo de los centros sociales civilizados, resulta demasiado culto para labrar el campo, pero no lo es bastante para vivir sin los frutos del trabajo ordinario. Hay que concluir por aceptar que la naturaleza ha sido muy sabia al guardar una reserva de manos de obra en los rezagados de la civilización. Esos individuos son indispensables pues en el funcionamiento del organismo político, merecen atención, y mucha, de parte de sus conciudadanos. Ningún empresario tiene derecho de acumular un gran sobrante de capital antes de conseguir que sus dependientes vivan humanamente respecto á las condiciones de aseo, habitación, alimentos y descanso. Condiciones de vitalidad y progreso son éstas, que extirparían los gérmenes morbosos físicos y psíquicos, que hoy constituyen el terror de los ricos tanto como de los pobres.

Casi es imposible establecer un lindero fijo entre el altruismo y el egoísmo, porque hasta la verdadera sabiduría, al procurar el bien ajeno, obra en provecho propio.

El capital que se forme, á pesar de las cantidades distraídas á favor de la clase proletaria, sería de la justa propiedad de los génios pensantes e iniciadores. El dinero, en manos de hombres experimenta-

dos y pensadores, indirectamente sirve de provecho á las castas inferiores. No hay motivo alguno para mirar con odio la riqueza, pues ella crea la demanda de trabajo y multiplica los ideales de la humanidad.

El egoísmo no tiene nada que hacer con la deshonra ni con la envidia.—Entendiéndolo bien, es quizás la emoción más autorizada é importante del corazón humano. Si la actividad es la vida, el deseo es el elemento de la actividad; por eso no hay otra fuerza más poderosa que la fuerza del deseo que se agita por encima de las luchas del mundo.

Si no se puede pues matar al deseo, es necesario disciplinarlo, ampliarlo y elevarlo.

Es creencia general que el altruismo es deficiente y limitado, cuando sucede lo contrario: al egoísmo le falta desarrollo y forma. El hombre se ennoblecen cuando se ennoblecen sus deseos, no cuando hace renuncia de ellos. Todos los individuos tienen un interés diferente, así es que ninguno debe confiar en el otro para realizar sus fines.

¿Quién merecerá la palma de la aprobación? El que goce más por estos medios y llegue por fin á conquistar la felicidad perseguida.

Callao, Marzo de 1903.



RECORTES Y APUNTES

Tenemos un pequeño cofre lleno de recortes de periódicos. Allá se encuentran en chistoso consorcio las publicaciones de los diversos órganos políticos que se contradicen en cada una de sus aseveraciones. Los editoriales que aparecen para el año nuevo están juntados con un alfiler á los que salen después de la clausura del congreso. Varios artículos que trataban de la confraternidad universal, los mandatarios ideales, el futuro poder militar del Perú y otras utopías, los habíamos guardado al principio, pero más tarde los quemamos. Un párrafo que apenas parece digno de ser conservado, dice que el presidente Riesco ha hecho un obsequio de seis yeguas chilenas al emperador de Alemania; este fragmento va unido á dos largas tiras de papel en las cuales se dá cuenta de las manifestaciones que hizo la juventud limeña á Colombia y á la República Argentina el año 1901. ¡Muestras interesantes son éstas de las simpatías internacionales! Ya los ecos de las aclamaciones que atronaron los aires en Lima, han muerto; pero puede ser que las yeguas chilenas hayan tenido cría, predisponiendo á los aficionados alemanes en favor de las granjerías araucanas.

Algunos de los recortes que tenemos son muy viejos y sirven para medir la velocidad del progreso que ha hecho el Perú desde la época de la restauración

ó para recordar indicios de planes arrogantes en otros países, que por mal nuestro pudiéramos olvidar en los intervalos de calma. Las ambiciones duermen, pero no mueren.

Siempre tenemos un empeño especial en tomar nota de lo que hacen las demás naciones, si por acaso nos ganan en los negocios ó dan lugar á que les ganemos á ellos. Por eso vemos con paciencia todas las correspondencias de Chile, pues allí se cosechan muchas lecciones.

La diplomacia de Santiago llega á todas partes antes que la de Lima; la previsión chilena activa la comunicación trasandina por Uspallata en concordancia con la próxima apertura del canal de Panamá; el dinero que Chile pagará á Bolivia por la cesión de la faja ribereña que se extiende entre las provincias de Tarapacá y Atacama, se invertirá en la construcción de un ferrocarril de la parte central de Bolivia á la costa del Pacífico, arrancándonos el comercio que de Mollendo se hace al Desaguadero.

¡El alma se nos estremece al pensar que hemos condenado á las llamas las tres cuartas partes de todos los diarios limeños, por no contener más que áridas discusiones partidistas!

Aquí y allá se ven las rayas de lápiz rojo, que ponemos en señal de aprobación. El discurso del doctor Fuentes que se publicó en *EL COMERCIO* de mayo 9, es magnífico—y cuántos ciudadanos lo habrán leído solo una vez!

Setiembre 21 de 1903.—«Las vías de comunicación en el Perú.—Propaganda á favor de las carreteras y del establecimiento de un servicio de automóviles en toda la República», por Pedro Dávalos Lisson.

Sigue en noviembre del mismo año, el informe de don Eduardo Habich sobre la expedición que hizo al oriente peruano. «El porvenir del país depende en

gran parte de que las riquezas naturales que abundan en su suelo se hagan fácilmente accesibles, mediante la construcción de trochas y vías férreas que permitan explotarlas extensa y económicamente. Una red de ferrocarriles, completada por la navegación del Amazonas, transformaría el norte del territorio de la república en un país de lo más floreciente bajo todo aspecto. Además, el departamento de Loreto se hará solidario con la patria en todos sus intereses.» Sí; no es demás mencionar que los departamentos del Perú necesitan una fuerte unificación, tanto en relación á la política como á la cultura, que aún no tienen, con grave peligro para el porvenir nacional.

«Progresamos», un artículo firmado por L. Arnaud, salió también en noviembre próximo pasado. Concluye el autor diciendo que dos crisis están pendientes de solución en el plazo de un año: una política, la presidencial, y otra financiera, la del azúcar. La primera ha de ser resuelta con la sensatez de nuestro pueblo, y la segunda lo será también con la mediación de tantos y tan poderosos países que en ella están tan ó más interesados que nosotros mismos. Para entonces es preciso estar en el terreno y desde ahora es necesario prepararlo y disponer desde luego la ruta que en el nos convenga seguir».

«Menos lata y más agua», dice el amigo de Tejerina; él tiene razón en contra de muchos otros peruanos que quieren echar una capa de oro sobre la realidad de las cosas. El Amigo de Tejerina es tan patriota como la mayoría de sus prójimos, pues se preocupa del verdadero bien de la nación en el tiempo y espacio que sus asuntos particulares se lo permiten, que es lo que hacen todos los ciudadanos.

La viticultura y la explotación del caucho requieren más atención. El Perú debería tener fama por sus vinos, y en vez de esto la vid está cada día en ma-

yor decadencia, por la ignorancia de los plantadores y la incuria administrativa. Inmensa es la riqueza de nuestras regiones gomales, pero el shiringuero vá despoblando de árboles los lugares donde trabaja, yéndose con el tesoro y dejándonos la pobreza. En todas partes falta la supervigilancia que debe impedir la disipación del organismo nacional.

¿Sería de extrañar que se repitiesen casos análogos al de Centro América, en cuyos mercados se vendía el arroz peruano como producto chileno?

Recordamos el informe que pasó el cónsul general de la república en Montevideo, en mayo último, relativo al comercio peruano- argentino, para preguntar con curiosidad si hay un número competente de cónsules distribuido en todos los centros accesibles, que velen con laboriosidad igual sobre las conveniencias de nuestros exportadores é importadores.

Mayo 24 de 1903.—«Los Estados Unidos y las demás repúblicas americanas», correspondencia de Nueva York.

Febrero 16 de 1902.—«El ferrocarril internacional», y junio 18 de 1903,—«La nueva política internacional», por Alejandro Garland.

«El proteccionismo y el libre cambio», por Russell Gubbins . . .

Estos son los problemas que deben embargar la atención del público. Pero los demagogos gritan: ¡legicidio!, y ¡legicidio! repiten los grupos ciudadanos en las esquinas de las calles. Nadie contesta lo que expresó el doctor Fuentes en una frase sublime: «Señores, la paz es hasta la venganza del pueblo».

La voluntad popular muestra su impotencia cuando derroca los gobiernos, en vez de obligarlos á ejecutar las obras del progreso.

Al realizarse todo el movimiento que presupone una mejora en el estado industrial y mercantil, no ca-

bría ya la pobreza en las filas de la clase baja honrada. Esta clase que comprende al indio y al obrero urbano, debe salir de su obscuridad para tomar el primer puesto en la consideración general. El trabajador indígena tiene que interesarnos antes que el inmigrante extranjero, porque es un elemento autóctono que está adaptado con perfección al medio local y no puede oponernos conflictos diplomáticos con potencias de afuera. El simple jornalero juega un rol más importante en el engrandecimiento de la patria, que cualquiera de los jóvenes medio educados que no saben desempeñar las labores inferiores que requieren nuestros campos vírgenes. El indio peruano es humilde y paciente, lo que le vale más que ser atleta é ilustrado. Quiera Dios que prospere y se multiplique, y no que ahogue su miseria en el desastroso alcohol!

Los periódicos europeos y norteamericanos hablan del Perú como de las cosas que están muy lejos, tan lejos como el centro de África ó los años del siglo XVI.

Las revoluciones nos alejan del mundo civilizado, aunque traigan á nuestros puertos las escuadras de todas las potencias. Cuando se pone á nuestra vista el informe escrito para el «Public Ledger» de Filadelfia, por J. A. Pezet, secretario de la legación del Perú, desearíamos ver unos mil más de trabajos semejantes: «¡La paz y un sistema monetario estable, abren una nueva era para el Perú!»

Apenas hay un motivo para extendernos sobre la doctrina de Monroe. Sólo las revueltas civiles nos acarrean conflictos con las naciones europeas; si cesan aquellas, no necesitaremos de protección alguna, y si continúan, hará poca diferencia si nos convertiremos en esclavos de Norte América ó en siervos de Alemania.

Sin embargo, en prevención de lo que pudiera

suceder, dedicaremos media hora á esta esperanza de los débiles que se llama doctrina de Monroe.

Un párrafo que data de la época del último congreso pan-americano, dice:

«Por medio de la doctrina de Monroe esperamos poder resguardar la independencia y asegurar la permanencia de las menores de las naciones del Nuevo Mundo. Me parece, por lo que he podido conocer de Roosevelt, que, llegado el caso, hasta tomaría medios activos su gobierno para impedir que cualquiera nación americana tomase por derecho de conquista, territorio de cualquiera otra. Los Estados Unidos se opondrán siempre á que las nacientes naciones del sur se aniquilen por guerras cruelmente fraticidas, causando de esta manera gran perjuicio al comercio norteamericano».

Pero qué daño posible podría hacer al comercio de los Estados Unidos la desaparición de algunas naciones con gobierno inestimable y legislación insuficiente? Ninguno; por eso los norteamericanos favorecerían á los países más avanzados contra los atrasados.

La doctrina de Monroe es oportunista, como todos los documentos diplomáticos. Cambia la época y modifícase el espíritu de la famosa teoría. Lo único que pudieron decir, tanto Jefferson como Roosevelt, es que «América para los americanos» significa que este continente no puede ser considerado como un campo de colonización para ninguna potencia europea.

El ministro Drago trató en vano de dar una interpretación generosa á las declaraciones que se hacen en Washington. Los norteamericanos son fríos calculadores, y tan amigos del orden como pudieran serlo los mismos europeos; no tienen la intención de hacer más llevaderas á sus hermanas del sur «las calamidades transitorias de la insolvencia». El deseo de

los yanquis es que los pueblos á quienes se refiere la exposición hecha por Drago enmienden sus costumbres, evitando así gastos y tropiezos al gobierno de Washington. ¿Cómo va á sancionar un estado progresista el que los compromisos de diversa clase se retarden por un número de años indefinido, aunque este precedente se pueda encontrar en la historia de la República Argentina? Si los sudamericanos reconocen los males consiguientes á las desgraciadas situaciones financieras, ¿por qué han de ser remediadas éstas por los Estados Unidos y no por los interesados mismos? ¿No quieren convencerse nuestros ideólogos de que las amistades internacionales no existen, sino que solamente hay intereses nacionales que toman la apariencia de la amistad?

Otra aseveración insostenible es esa de que un acreedor debía estar siempre convenido conque el deudor eligiera el modo y la oportunidad de liquidar sus obligaciones. Dice el documento en otra parte: "todos los gobiernos gozan de diferente crédito según su grado de civilización y cultura, y su conducta en los negocios, y estas circunstancias se miden y se pesan ántes de contraer ningún empréstito, haciendo más ó menos onerosas sus condiciones con arreglo á los datos precisos que en ese sentido tienen perfectamente registrados los banqueros. De acuerdo con ésto, siendo considerados los empresarios extranjeros como particulares que habían calculado el riesgo que corrían, no debían traer nunca en su apoyo á sus respectivos gobiernos.

Convenimos en que el argumento que antecede es bueno, ¿pero, invertiríanse aquí tantos capitales como quisiéramos, si se ofrecieran á los contratistas nada más que las escasas garantías que pueden dar algunos de los gobiernos hispano-americanos?

Los políticos de este continente van demasiado

lejos para buscar una solución á los conflictos que amenazan á sus patrias respectivas. Estamos con el doctor Estanislao Zeballos cuando enseña «con toda la evidencia de una lógica de acero, que la mejor garantía que pueden alcanzar los países sudamericanos es la que les presta una vida institucional tranquila y ordenada».

«La Europa no nos amenaza—agrega el autor—es nuestra amiga y acaso nuestra aliada».

La doctrina de Monroe constituye un peligro para las repúblicas latinas de América en tanto que puede ser la causa de una aproximación exclusiva de éstas á los Estados Unidos. Sirva el ejemplo del Transvaal para prevenirnos que una raza menos fuerte nunca debe quedarse sola con otra más poderosa.

«La conquista militar del continente americano está muy lejos de ser el designio de la Gran República pero el monopolio del comercio de este hemisferio sí constituye su culminante propósito». El señor Victor M. Arana, que escribe esto de Chicago, califica la política norteamericana de inofensiva al mundo. ¿No puede haber una tiranía mercantil casi tan odiosa como el imperialismo bélico?

Si se quiere que haya justicia en alguna parte, procúrese que muchas fuerzas opuestas se equilibren recíprocamente. El Perú, como todos los países hispano-americanos, no tiene una población indígena bastante numerosa para descansar en ella su independencia—luego es preciso que el contingente de inmigrantes sea constituido de tal modo que no pueda convertirse en una amenaza para la libertad del Estado.

Muchas guerras de conquista hay latentes en el mundo, que jamás estallan porque el mútuo recelo de las potencias interesadas no lo permite! Sea enhorabuena que los colonos radicados aquí tengan á sus espaldas el poder de Norte América, Alemania, Inglate-

rra, Italia ó Rusia—al haber tantos vigilantes habrá un orden ejemplar!

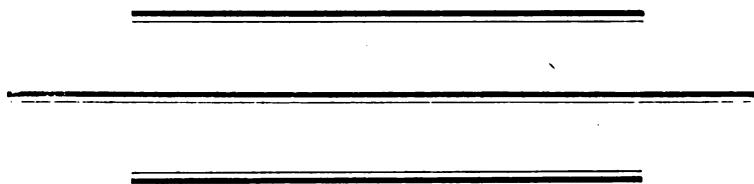
Vienen por último en nuestra colección unos artículos referentes á la cuestión razas. Nos parece que pierde su tiempo quien trata de probar la superioridad de unas categorías humanas sobre las otras, cuando al fin todos los seres se modifican y mezclan su sangre, porque la vida es incapaz de continuar sin la fusión de todos sus elementos.

No somos partidarios de una confederación latina, porque creemos en la voluntad y la simpatía libre.

La fuerza de la consanguinidad hispano-americana no puede ser redoblada por pactos oficiales; al contrario; las alianzas son un estorbo para los pueblos contratantes y una provocación hacia los no partíspes. En el silencio de la reflexión madura y del patriotismo resuelto crecerá la gloria del porvenir, que sorprenderán al mundo.

Callao, Julio de 1903.





RASGOS Etnográficos

Grecia y el Perú

Las obras de Fouillée son de aquellas que sugieren libros enteros de comentarios. Tenemos á la vista el "Bosquejo psicológico de los pueblos modernos" traducido por Ricardo Rubic.

El gran sociólogo francés ha logrado condensar el carácter de una nación en dos ó tres capítulos, y esa brevedad del conjunto ha hecho resaltar mejor las causas históricas que determinaron la suerte de las colectividades humanas.

Nos detuvimos en la sección que trata de la Grecia antigua y moderna, porque nos sorprendió una infinidad de rasgos que establecían un paralelo entre el pueblo helénico y el peruano. Aunque este parecido resulte más bien aparente que verdadero, al llevar el análisis á mayor profundidad, no será demás hacer una corta reseña al respecto.

¿Qué pueblo no quisiera parecerse á la Grecia de Temístocles, de Arístides, de Pericles, de Platón, de Sofocles, de Píndaro y de Fidias? — ¡Pero cuán poco duró la gloria de Atenas, Esparta y Tebas! Con la ba-

talla de Queronea, 338 (á de J. C.) termina el esplendor helénico. En raras ocasiones hase visto en un estadio un eclipse tan completo y duradero. No basta para consolar el patriotismo el hecho de que la gloria nacional se haya paseado de una manera anónima por tierras extrañas, ocultando sus huellas en el arte italiano y en las letras de todo el occidente.

¿Habrá de repetirse siempre la historia? ¿Será necesario que se suiciden los pueblos generosos y artistas, dejando solo que sus almas desheredadas vayan sobre la faz del Universo? No podrá gozar de un imperio material quien posee el imperio del intelecto?

Roma tuvo una vida más perenne; después de sepultada en el fango moral, la metrópoli cesárea, surgió la “ciudad eterna”, ostentando en su altiva frente la triple corona de los papas. Por el otro lado ¿quién habla de Grecia durante la Edad Media; qué reyes vienen á postrarse en los templos de Atenas; qué poetas pulsan la lira en los valles del Parnaso? Y en la Grecia moderna no hay apenas un nombre famoso ni un hecho que afecte vitalmente la sociedad humana. Recordemos la guerra de Grecia con Turquía en 1897. Fué ésta como una pelea de gallos, estando de espectadoras las tres potencias Inglaterra, Rusia y Alemania, que permitían avanzar al furor bélico hasta donde quisieron, y al fin separaron á los dos contendientes en el momento que les pareció crítico. El ejército del coronel Vassos no osaba derrotar al enemigo, y el vencedor musulmán no podía coger los laureles del triunfo. ¡Oh qué triste vergüenza la de los pueblos impotentes!

“La política y las guerras intestinas perdieron á la Grecia antigua.” En los siglos posteriores vino ese movimiento de emigración é inmigración que se operaba ahora poco por todas partes de un modo fatal

y desapercibido, trasformando y confundiendo las razas humanas.

Cualquier peruano al leer las líneas que acabamos de trazar, reconocerá que en su patria prevalecen las mismas causas que hicieron peligrar la grandeza ática.

“Es un espectáculo doloroso”, dice M. de Lagouge, esta lucha sin descanso, guerra de raza entre Esparta dórica y Atenas jónica, guerra de principios entre Esparta aristocrática y militar, y Atenas democrática y política.—Luchas de clases, luchas de grupos de ambiciosos, asesinatos, guerras civiles, proscripciones—todas estas palabras no suenan extrañas en el Perú, y si no se enfrena con tiempo la costumbre revolucionaria, puede seguir también la lucha entre las diversas secciones del territorio nacional, pueden levantarse estados federales y combatirse mútuamente.

A medida que las generaciones intelectuales de Grecia se agotaron, comenzaron á florecer las familias de los esclavos, rebajando el nivel de la raza indígena. Excusado es decir que nadie se preocupó de estudiar las causas sociales que favorecían la procreación del hombre inferior á costa del superior. La transformación de los elementos étnicos en Grecia pudo tomar dimensiones tan grandes, que hoy es dudoso para los sabios si aún existen helenos en la tierra clásica.

Nos parece que en nuestro siglo no debiera permitirse que un país se poblara á merced del acaso, pudiendo ordenarse la composición de la sociedad según un sistema racional. Protestámos desde luego contra la introducción de chinos y japoneses al Perú, que debieran ser absorbidos por un otro medio. Preferibles á ellos son los negros, porque no siguen teniendo comunicación con su patria y se asimilan á la población lugareña. El elemento bueno europeo, á pe-

sar de ser tan deseado de nuestros reformadores, debe entrar gradualmente, porque de otra manera borraría la individualidad nacional.

¿Cuáles son, por fin, las virtudes y los defectos netamente nacionales? Todo patriota debe principiar por exclarecer este punto, pues su labor ha de consistir en preservar el carácter del pueblo y en atenuar el daño que pudieran ocasionar los errores predominantes.

Uno de los más hermosos rasgos del carácter griego es el amor apasionado á la libertad y la independencia." Distinguimos entre el sentimiento de la independencia y el de la libertad. El carácter norteamericano es típico del primero, y el sudamericano del segundo. Los peruanos tienen la indisciplina y el amor del cambio de los antiguos atenienses, prefieren las líneas tortuosas á las líneas rectas, y se emancipan de las formas cristalizadas de la ley y del derecho, para disolverlas bajo la luz de la razóu instantánea,—todas las peculiaridades de su ser tienden al menor arraigo y absolutismo de las ideas.

Es innegable que en cuanto Roma fué más próspera, Grecia fué más amable. Un espíritu que no está tan enérgicamente contraído á sus fines, se muestra más interrogativo, más dulce y alegre. Al través de las edades amamos el genio de Grecia, justamente porque no fué utilitario, sino humanitario, cultivador de la belleza y de la verdad por sí solas. De lamentar sería, que todos los países llegasen á triunfar los dogmas del interés sobre los caprichos varios del corazón.

Al fin y al cabo los griegos no fueron impracticables, pues poseían la astucia comercial y el talento de fabricar. Hoy mismo los griegos tienen bastante esperanza de volver á tomar un puesto importante entre las naciones. La moderna raza griega es vigo-

rosa y puebla una gran parte del imperio otomano. Los comerciantes más ricos de Alejandría, Esmirna y otras ciudades del oriente, son griegos. Nos sorprendió saber que los griegos modernos son muy castos lo que no fueran sus compatriotas de antiguo.

Si bien es cierto que la sensualidad parece estar en alguna relación con el intelecto, los griegos modernos no dejan de distinguirse por sus dotes mentales, y deben tal vez el inestimable privilegio de “un alma sana en un cuerpo sano” á los efectos de la frugalidad y castidad.

La vida doméstica de los latinos es menos perfecta que la de los sajones. En el peruano predomina, aunque no tanto como en el griego, la vida pública; los hombres salen á la calle á discutir; la educación de los niños se encomienda más á las escuelas que á las madres. En Grecia, esta última circunstancia, unida al intelectualismo de la raza, hace que la instrucción popular esté muy atendida. Pero la educación adolece de superficialidad, se la tacha de no estar concorde con las necesidades reales del país y por exitar en los espíritus ambiciones imposibles de satisfacer.

“Atenas es una gran fábrica de abogados inútiles y perjudiciales. Los estudiantes de medicina van á completar sus estudios á París ó á Viena, después de lo cual no quieren enterrarse en una aldea. Todo griego cree que la principal misión del gobierno es darle un destino á él ó á un miembro de su familia. Cada partido es un estado mayor, y desde su advenimiento al poder todo su personal queda colocado: desde el primer gobernador hasta el último maestro de escuela. ¿Durante este tiempo que hacen los de la oposición? ¿Como viven? Vegetan en la miseria, y sin profesión ninguna, se ganan la vida como pueden, esperando la caída del ministerio y el triunfo de la antistrofa sobre la estrofa. Los jóvenes instruídos

creerían desmerecer continuando la profesión de sus padres más ó menos servil, en consecuencia natural se hacen políticos ó periodistas, ó socialistas; más tarde un gran número de ellos va á parar á los tribunales, y finalmente se entregan al bandolerismo", lo que es solo un otro nombre para el montonerismo peruano!

Toda la página anterior parece copiada de la historia de la desorganización social del Perú. Capo d'Istria, uno de los pocos políticos previsores de Grecia, trató de contrarrestar el impulso hacia las carreras liberales de su patria, oponiéndose á la creación de un número demasiado grande de establecimientos de instrucción secundaria y multiplicando las escuelas prácticas y profesionales.

La emigración de los campos á los centros urbanos es considerada universalmente como una calamidad social. Si se permite con indiferencia que la población rural del Perú abandone sus centros, se da lugar á que se diezme la fuerza de la nación, porque el campesino regresa de las ciudades ya descalificado para sus ocupaciones originales, y convertido en un elemento ineficaz y embarazoso.

"Una nación pobre necesita mas trabajadores que oradores". Conservemos en el Perú los trabajadores que tenemos, ya que en nuestro pueblo, semejante al griego, es tan marcada la tendencia de hacer uso del espíritu antes que de los brazos.

"Edmundo About encontraba en los griegos más talento que en ningún otro pueblo del mundo; no hay, dice, trabajo intelectual de que no sean capaces. Los obreros, en algunos meses, aprenden nn oficio difícil." Algo semejante á este fenómeno halagador observamos en el Perú, y si esta facilidad de la inteligencia viene aliándose á la ligereza y movilidad del carácter meridional, hay por fin un argumento que

oponer á los métodos consecuentes de las razas septentrionales.

Los defectos del pueblo griego no estriban ni en la emoción, ni en el intelecto, sino en la voluntad. "Los griegos son capaces de un gran impulso, y les gusta, como dice Platón; correr un peligro hermoso; pero lo que les falta es la perseverancia en un mismo deseo, seguido con obstinación." Teuemos aquí la explicación del lento éxito que alcanzaron los griegos así como muchos pueblos sud-americanos, y entre ellos el peruano. ¿Pero, habrían podido ser los griegos más prácticos, y sin embargo poetas?

Los hombres que se hayan caracterizado como acabamos de indicar, pueden sobresalir en la cualidad de comerciantes y científicos, y tendrán reservados un puesto mas honroso del que logran ocupar actualmente, cuando la humanidad haya ordenado mejor las leyes de la división del trabajo.

Los griegos siendo retóricos é imaginativos por excelencia, introducen en el estado todos los privilegios modernísimos sin derivar el debido provecho de ellos. Se anticipan á los tiempos, discutiendo sobre la tiranía del capital que aún no ha tocado á ellos, y gozan de las libertades cívicas, convirtiéndolas en causas de mayor desorden. "El griego, dispuesto para el ensusiasmo, conoce demasiado el apasionamiento y sus fáciles decepciones con el desaliento que los sigue".

Tales son á rasgos ligeros, las influencias del carácter popular, que han obrado en pro y en contra del desarrollo del país. Sería bueno meditar sobre este punto. El libro de Fouillée finaliza con las siguientes palabras: «El porvenir no es de los anglosajones, ni de los latinos; es de los más sabios, de los más industrioses y de los más morales». Esta es una

gran verdad, y para aprovecharla es preciso que los pueblos se conozcan bien á sí mismos y que estudien sus virtudes y sus defectos, no dejando desaparecer los unos, ni crecer los otros, inadvertidamente.

Ningún pueblo puede ya vanagloriarse de una eterna preeminencia; ninguno tampoco puede estar condenado á una decadencia irremediable, aprovechando cada uno por la solidaridad universal, los descubrimientos y las experiencias de los demás."

Callao, 1903.

ROMA y CHILE

Roma y Chile se parecen.

En ambos pueblos encontramos la firme perseverancia y la voluntad indomable, que son tan agenas á lo que comunmente se llama el carácter latino. Las engreidas razas meridionales no comprenden á esos hombres que, á semejanza de una nidada de águilas, desprecian los suaves gorgeos y los plumajes multicolores, para mirar con ojo atrevido é inteligente la cumbre más alta de los cerros sobre la que anhelan posarse algún día.

Tenemos que escribir la apología de los conquistadores, á pesar de ser enemigos decididos de la conquista. Roma confirió al mundo tantos beneficios como Grecia, aunque en un sentido muy diferente. Sin la tendencia imperialista del pueblo romano, la misma cultura griega no se habría extendido fuera de un radio estrecho. Chile encarnó durante muchos años el peligro de la historia del Perú; y el peligro es

un elemento saludable en la vida de las naciones. Solo por el temor de los rivales y enemigos, posee Inglaterra un sistema militar y comercial, y admite la China instructores alemanes en su ejército. Solo por la competencia á muerte que se hacen los hombres, particular y colectivamente, vemos un adelanto en todos los ramos de la actividad científica, técnica y política.

En el temperamento chileno, como en el romano, se combinan, en extraña mezcla, la audacia y la prudencia. Aspirantes siempre estas dos razas al poder y á la riqueza, saben ocultar su éxito bajo un aspecto modesto. Cuando su suerte parece estar declinando, describe nada más que la curva descendente para subir otra vez con mayor empuje. Cada súbdito de la joven Italia hace recordar con su surgimiento el desarrollo triunfal de la antigua Roma. Aquí en el Perú hemos visto cómo los inmigrantes de Génova hicieron la fortuna que buscaron sin comprometer jamás su porvenir con una ostentación prematura de su creciente bienestar.

“El romano supo marcarse un fin y tender á él en silencio, á través de los más complicados rodeos.”

Los italianos y los chilenos representan el tipo del vigor que no está domado por ningún prejuicio metafísico. El principio utilitario excluye las ideas abstractas. Maquiavelo no se retractaría, arrepentido de las doctrinas que propagó, con entera y justa convicción. Durante el trascurso de los siglos, Italia ha dado al mundo los grandes legisladores, los grandes ordenadores y positivistas en una palabra. Con cuanta verdad asegura el autor de la *Psicología de los pueblos modernos* que la doctrina cristiana dejó de ser una religión sencilla en el Vaticano, para convertirse en un sistema gubernativo.

Como los romanos amaban lo que es grandioso, nada mas natural que concibieran el ideal de la patria grande, imperialista. En fin, el patriotismo es una fé como cualquiera otra, igualmente propensa al error que á la gloria. "La gran virtud moral y social que prevaleció en Roma fué la abnegación y sacrificio completo del individuo al cuerpo social." Los habitantes de Chile han seguido instintivamente el ejemplo de los de Italia, que tienen horror á la revolución y para librarse de ella soportan todo, aún lo que en un principio les hubiese parecido insopportable. El egoísmo chileno es un egoísmo más provechoso mejor concentrado que el de los peruanos. La virtud, según el concepto de los chilenos, es un medio para alcanzar un fin; y según el de los peruanos es un ideal divino, casi intangible.

Fouillée, dice con fino criterio respecto de la criminalidad de la moderna Italia: "Ella testifica mas bien un resto de barbarie, una miseria excesiva, que una perversión radical de las costumbres." Puede suceder que en Chile veamos desaparecer casi todos los principios de la moral, pero quedará el patriotismo, quedará el nervio impulsivo que hará resurgir la nación después del peor desconcierto. Tanto en Roma como en Chile la política tiene el poder de la dirección única y del esfuerzo colectivo.

Roma tuvo esencialmente el sentido de lo real, y aventajó con esto muchísimo á los pueblos soñadores. En lugar de abrir perspectivas filosóficas, construyó anchas vías de comunicación en las más apartadas regiones del territorio, y en vez de deslindar derechos midió los recursos militares de sus enemigos. El civismo romano se impuso en la antigüedad á la desorganizada Grecia, á la tropical Cartago y á los pueblos bárbaros del norte. Mas tarde se realizó el destino que parece estar reservado á todos los conquistadores:

la desmoralizacion á raíz de la opulencia excesiva, la desintegración á causa de la heterogeneidad de las dependencias del imperio, y la derrota final á manos de los vasallos que aprendieron á modificar sus costumbres durante la esclavitud. Entonces venció la superioridad moral en un sentido opuesto: "Los incultos pero virtuosos germanos subyugaron á los civilizados pero lujuriosos romanos."

Italia renació en 1870 viril y pagana como la antigua Roma. El joven estado se encontró hipnotizado por las tradiciones cesáreas; apenas establecido, pugnó por entrar en el círculo de las potencias. Más los elementos no estaban preparados para un esfuerzo semejante, la administración se vió colocada entre una tarea imposible, y las tendencias éticas de los ciudadanos, desorientada por un falso ideal, amenazaban terminar en la esterilidad y la anarquía. Es de esperar que un gobierno sabio en Italia transformará por completo la política seguida hasta ahora, encaminando la ambición nacional hacia el noble fin de la rehabilitación interna que tanto reclama ese país.

Tal vez no volverán jamás los días clásicos de Roma ni Italia será un estado conquistador en el futuro. Aunque el espíritu del pueblo conserva sus antiguas cualidades, la constelación política de antes no se restablece; pues en lugar de las incultas tribus que rodearon la metrópoli del mundo, están hoy la Gran Bretaña, Alemania, Francia y Rusia!

Algún día, cuando todas las repúblicas sud-americanas se hayan robustecido bastante, ni la ambición de Chile, ni la de los Estados Unidos serán ya un peligro en este continente. No son las naciones las que vencen en las luchas sino las virtudes. La inteligencia de algunas razas está incompleta por el lado espiritual y la de otros por el lado práctico. Allá forman en fila los Estados Unidos de Norte América, el

Japón, Chile, Italia, el Ecuador, Nicaragua;—aquí Francia, España, Austria, la República Argentina, el Perú, Colombia La evolución, que combate todo lo imperfecto, trata de equilibrar aquellas dos tendencias opuestas, la positiva y la especulativa, fusionándolas, por cualquier medio, suave ó extremo.

Hemos escrito el presente artículo, en complemento del anterior “Grecia y el Perú”, no para alabar á Chile, como dirían algunos lectores superficiales, si no porque sabemos que el público peruano se descuida en hacer un estudio comparado de las naciones; estudio que le daría los datos indispensables para la reglamentación de su conducta.

Chile quiere titularse un gran pueblo—pueda ser que lo sea. ¿Quién en Lima lee un periódico de Valparaíso, con el objeto de parangonar las condiciones de aquella sociedad y la nuestra? ¿Cuántas personas examinan siquiera las columnas de telegramas de “El Comercio” para sacar de ahí la filosofía de los hechos generales?

No sería de poca consecuencia, por cierto, que el vulgo supiera juzgar la situación del país á la vez que los diplomáticos, y se penetrara de la necesidad de señaladas medidas y sacrificios. ¿De qué sirve que los jóvenes se solacen con la crónica diaria, con el relato de algún crimen callejero ó con una larga lucubración partidista? Ya que el individuo del pueblo posee el inapreciable privilegio de saber leer, debiera usarlo para formarse una idea del carácter de los pueblos contemporáneos, de sus hábitos y la estructura de sus instituciones.

Aquí en el Perú hacen falta esos recelos y esa inquietud que sienten nuestros vecinos del sur al saber, por ejemplo, que fundamos una marina mercante ó ponemos á la cabeza de nuestros negocios á un hombre competente. Los chilenos para estar en armonía

con las naciones poderosas, han aprendido á tener seriedad en los negocios, tolerancia y justicia en las leyes, ellos saben vivir la vida de los otros pueblos además de la suya, celosos por mantener su propia soberanía y adelantar sus planes.

El 16 de Octubre pasado nos llamó la atención en “El Comercio” el siguiente telegrama: “El Estado Mayor de Ejército de Washington ha decidido enviar á Sud-América algunos agentes para estudiar las condiciones militares de esos países, como preparativo en caso de guerra que puede envolver los Estados Unidos y cuyo campo de operaciones fuera en aquel continente. Ha llegado al conocimiento de las autoridades norte-americanas que agentes militares de naciones europeas se han ocupado activamente en reunir datos sobre la clase de caminos, formación general de los países, provisión de víveres y otras cosas que tienen importancia para el jefe militar que busca informes seguros en el campo de operaciones en perspectiva”.

La instrucción es el único ideal que no engaña. ¡Qué diferentes nos parecerían las proporciones de las cosas si supiéramos lo que no sabemos respecto de los otros países y sus costumbres! “La idea de la patria es odiosa, por que presupone el odio á la patria ajena”, dice Laurent Laihade. Creemos que yerra el poeta. Las observaciones en el terreno ajeno sirven no solo como una medida estratégica, sino también como un medio de armonizar á los hombres. El patriotismo es el cumplimiento del deber en una sección geográfica encargada á nuestra especial vigilancia; y el odio á la patria ajena sería lo más dañoso que se pudiera imaginar para los intereses del patriotismo. No sería plausible que odiásemos á nuestros rivales por las virtudes que tienen, siendo éstas, sin embargo, la causa exclusiva que los hace peligrosos en la lucha interna-

cional, El poder de los romanos consistió en la unidad, el realismo, el orden y la previsión; cualidades que perduran hoy en los sajones y araucanos. Los abusos que cometieron los fuertes no provienen tampoco del odio, sino de la poca resistencia que encuentran los sentimientos egoistas en una sociedad insuficientemente educada. Sin poseer una educación sólida, un pueblo está igualmente incapaz así de evitar un desastre como de soportar una buena fortuna.

No podremos insistir demasiado en que la vida social es un balance muy difícil, y que todos los hombres tienen que hacer un estudio de sus dos puntos de equilibrio, la originalidad y la adaptación. Ningún momento será más oportuno que el actual para proponer una idea conciliadora en Sud-América, y es la siguiente: la vida de los brutos puede ser una guerra intermitente, pero la vida de los hombres no debe pasar de la categoría de un arte.

Callao—1903



LA MUJER Y EL MATRIMONIO

Los periódicos, haciéndose eco de un problema que actualmente agita al mundo civilizado, dirigen á sus lectores la pregunta: “¿Es el matrimonio un fracaso?”

Si un gran número de personas correspondiese á esta invitación, cuantas opiniones extrañas oiríamos! Los libre pensadores y los cristianos ortodoxos contestarían en sentido dogmático; la gente simple teñiría la cuestión con sus experiencias estrictamente individuales y aisladas—en los unos faltaría la minuciosidad del criterio práctico y en los otros la amplitud de miras que es indispensable al hacer apreciaciones de carácter general.

El matrimonio no puede declararse un fracaso, puesto que la continuación de la raza terrestre depende de la unión nupcial. La normalización de la alianza entre el hombre y la mujer tampoco puede ser un error, por que al no hacerse del matrimonio una institución fija, no pueden obtenerse relaciones de familia ordenadas, y la familia es la base de la cultura social.

El estado depende en todos respectos de la vida doméstica de sus habitantes. Si se quiere que una nación sea próspera, es preciso que sus miembros sean numerosos y competentes—y de donde procede ese

vigor?—del hogar.

El estado, por consiguiente, está altamente interesado en defender la institución del matrimonio. La sanción social, por su parte, tiene que reprimir cualquier licencia atentatoria contra la salud de las generaciones y contra la compostura civil. No importa que la ceremonia religiosa del matrimonio se descarre con el tiempo como un acto superticioso—basta que el matrimonio sea un contrato ante la sociedad de formar una alianza exclusiva y perdurable. Así entendemos el matrimonio legal, el que satisface las exigencias sociológicas.

Lo que aleja al hombre de los seres brutos, es la concentración de su fidelidad sobre un solo individuo del sexo opuesto, y los escritores que predicen la teoría de amores ambulantes, son en verdad abogados de la retrogradación. La felicidad conyugal no debe considerarse como un accidente de la naturaleza; al contrario, es un triunfo ganado por la voluntad humana en el tránscurso de los siglos. Después de un prolongado esfuerzo de constancia se hace posible al hombre el concretarse á un solo amor, á un solo hogar: es cuestión de controlar el deseo en vez de ser controlado por él.

Compasión dan las nociiones que emite Tolstoy respecto del matrimonio. Decir que los seres humanos caen cuando se casan, es una necedad soberbia. El amor divino, espiritual, entre el hombre y la mujer, no entra en los cálculos del sociólogo ruso. En efecto, aunque la poesía erótica inunda y satura el mundo, el amor conyugal parece adolecer aún de bastante insuficiencia. Bajo los tenues rayos de la luna de miel muere la pasión de los novios, y luego asoma la realidad con sus crudezas, sus desentonos y su indiferencia. ¿Dónde está la felicidad soñada? —Pero, preguntamos, ¿las personas que son desgra-

ciadas en el matrimonio, habrían sido aptas para ser felices en una condición distinta? — ¿Y el matrimonio ha errado su destino, cuando no encierra ni el amor ni la felicidad? Un matrimonio sostenido por convicción mas bien que por deseo, sería la mejor escuela de la moralidad humana. Las virtudes civiles no nacen hechas, sino que se elaboran lentamente, practicándolas al traves de los obstáculos y tentaciones.

Con razón se delibera sobre las renovaciones que pudieran introducirse en las leyes del divorcio. Inconsulto sería el dar su voto porque se dificulte el divorcio ó porque se facilite; el fin que se persigue es la mayor armonía posible entre las dos mitades componentes de la humanidad y el medio de alcanzar ésta puede ser diferente, según las razas y la época. Indudablemente que en atención á los caracteres diversos, unas veces sirve soltar el freno y otras veces conviene ajustarlo.

¿Cómo puede haber surgido la idea, tan opuesta al sentido común, tan peligrosa para el estado, de que el matrimonio es un fracaso? ¿Porqué dan los jueces tan mal testimonio respecto á esta institución?

Sencillamente porque el hombre hace responsable al principio del consorcio, de las decepciones que originan su propia y natural imperfección. La sociedad, desde tiempos antiguos ha cometido un grave atentado, en los seres masculinos ha descuidado la moral, y en los femeninos la inteligencia. Y así quiere que la unión entre hombres y mujeres traiga resultados. ¡Imposible! El hombre que ofende la dignidad del hogar, y la mujer que no sabe satisfacer las necesidades espirituales de su compañero, cuando éste se eleva á un plano mental superior, no viven verdaderamente en matrimonio. ¡Hágase un esfuerzo por remover los obstáculos á la dicha doméstica; y véase después si el matrimonio es un fracaso!

Además, el amor sólo es posible entre dos individuos de predicamento igual. El superior no puede amar ilimitadamente al inferior, ni el inferior puede permanecer en presencia de la superioridad sin sentirse oprimido. Si hombres y mujeres han de amarse mútuamente, como se supone que es esencial para el éxito de las relaciones íntimas entre ellos, ambos tienen que ser estimados iguales. No con esa igualdad pedantesca que haría repetir en un individuo todos los característicos que tiene el otro, sino con esa igualdad cualitativa que consiste en que los méritos de uno suplan á los del otro. La idea de que el ser masculino es dueño de la creación, desaparecerá—la mujer, cuando esté reconocida en su posición soberana al lado del hombre, sentirá con más entereza y practicará una labor mas útil. ¡Entonces habrá amor y felicidad en la raza humana!

Mucho tendremos que decir en otra ocasión para ilustrar los varios aspectos del problema que dejamos abordado.



DÉBILES Y FUERTES

Las naciones débiles se parecen á las mujeres. Mientras que las potencias labran su fortuna con actividad, desconsideración y vigor, los estados menores llevan una vida indolente, soñadora y apasionada. Cada categoría ha elegido el papel que quiere desempeñar en la existencia, cada una censura el modo de ser de la otra, y en medio de una lucha sorda por sostener las mútuas pretensiones, ambas son interdependientes, ambas tienen momentos en que recíprocamente se admiran y se aman.

Debemos comprender la situación. Hombres y mujeres persiguen un ideal distinto. La naturaleza ha dividido á la humanidad en dos mitades, y nunca anulará esta diferencia. Así también el poder de las circunstancias ha creado pueblos fuertes y pueblos débiles; ambos tratan de alcanzar un mismo fin, la prosperidad; pero cada uno tiene que llegar á su objeto por una dirección propia, pues no le convendría tomar de repente aquel camino en que el otro le lleva ya tanta delantera.

¿Hay superioridad en las razas más fuertes? No la habrá habido, si las débiles logran llegar intactas y libres al término de la jornada. En relación á ciertos privilegios materiales ¿como es que los débiles se dejaron ganar por los fuertes? sea quizá que estuvieron

cuidando de lo que los otros dejaron desapercibido en las regiones del pensamiento y de la emoción.

Las naciones débiles han de recordar que son de condición más delicada que las fuertes; igual á las mujeres, necesitan rodearse de mayor dignidad personal, porque el poder físico no las defiende.

No queremos pecar de sentimentales al tratar de la cuestión Venezuela. El instinto de la consanguinidad es tan absoluto, que la comunidad latina entera, desenvainaría la espada, sin investigación de causa, en cuanto un miembro de la familia se viera agredido por un poder extraño. Es verdad que á Venezuela se la trata con injusticia y con desprecio; pues, ¡qué desprecio mayor puede haber que el hacerla desempeñar el triste papel de instrumento involuntario en la política de las grandes potencias! Por cierto que las deudas de Venezuela no constituyen el interés que origina las demostraciones béticas en Puerto Cabello, sino que estas son un experimento dirigido contra la doctrina de Monroe. Sin embargo, Venezuela tiene la culpa de lo que pasa. Olvidando que es nación débil, ó contando con el brazo fuerte de los Estados Unidos, la república hermana ha provocado el conflicto, que una vez iniciado va ya demasiado lejos.

Vanamente se queja el mundo de los abusos que cometen los fuertes. También los fuertes tienen razón. ¿Porqué está débil Venezuela? Porque ha disipado sus años de promesas en guerras intestinas.

La civilización hoy día no está tan atrasada, que una persona indefensa fácilmente podría verse agredida sin motivo alguno. La mujer que sufre vergüenzas debe primero haber tendido la mano al ofensor. ¿Hasta cuando los débiles tentarán á los fuertes á cometer crímenes?

No sabemos á quién censurar más, si á los sudamericanos, aplaudiendo la victoria momentánea de

los venezolanos sobre una nación á la cual no pueden derrotar verdaderamente, ó á Alemania, haciéndose odiosa donde podría celebrar sus más bellos triunfos pacíficos.

El débil es igual al fuerte, cuando sabe hacerse respetar, y el fuerte es grande solamente, cuando defiere á los derechos del que físicamente le estaría sujeto.

Es un error admirar la jactancia bélica en una nación cuyos destinos no pueden cifrarse en su superioridad marcial. Venezuela está sola ante Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. En política no hay sino dos clases: ó patriotas ó cosmopolitas. O el hombre ama á su pueblo sobre todos, ó no sabe distinguir entre naciones, y solo ama á la humanidad. La amistad entre los diferentes pueblos, si la hay, siempre es transitoria y engañosa. Cada nación existe por sí sola, sea por su fuerza ó su prudencia. Ninguna de esas repúblicas sud-americanas cuenta con un átomo más de protección de la que ella puede procurarse con sus recursos propios.

No es la fuerza bruta sino la voluntad resuelta, la que impera en el mundo. El hombre doma á la fierza poderosa. Ante la mujer, el instinto brutal prevalece solo cuando mengua el respeto.

La debilidad material conduce por obligación necesaria á la desgracia ó á la virtud. El débil para no suenibir, está llamado á desarrollar una superioridad moral, esto es innegable. Cualquier irregularidad, que en un organismo tosco, se podría perdonar, en él sería un delito.

No creemos que pueblo alguno haya sufrido inocentemente una suerte fatal.

No; más bien los países menores deben haber faltado de comprender la altura de conducta á que tenían que aspirar por motivo de su vulnerabilidad.

Los mismos actos que á un hombre dan gloria, en la mujer son detestables.

La mujer es el producto de una larga educación, y representa una aspiración espiritual del género humano. Durante mucho tiempo se la consideraba como juguete y propiedad del hombre, no se la compadecía por su fragilidad, ni se la respetaba por su belleza. Pero la presión extraordinaria á que fué sujetada en el seno de la sociedad, la hizo más pura, más paciente y más sensitiva que los individuos del otro sexo. Entonces comprendió el mundo que en la mujer el progreso celebraba un triunfo, y la juzgó bajo un crisol nuevo y refinado.

¡Pueblos débiles! comprended la voluntad del destino: la presión que sufrís debe tener sobre vos un efecto purificador; la altivez de vuestras costumbres y conceptos constituirá nuestro título ante la justicia humana. Ya habéis engendrado del sufrimiento vuestro, la imaginación, la fe y la piedad. Los fuertes no pueden hacer dos cosas á la vez, es decir, realizar el bien positivo y custodiar el bien ideal.

La emancipación de la mujer es un hecho; todo ser que cumple una consigna en la división del trabajo, pierde la dependencia y es libre.

En este siglo en que se advierte algo como un certámen de los sexos, las soluciones que se hallen, quizás se podrán aprovechar en favor de las naciones, mostrando lo indispensable que se hace en toda la naturaleza la existencia de dos factores, opuestos en carácter y distintos en hábitos.



¡ATRAS CONQUISTADORES!

La conquista va desacreditándose cada día más. El Sr. Criado y Tejada, al sustentar su tesis “¿Desaparecerá ó no la guerra de la faz de la tierra?” dice, que la guerra siempre continuará, porque ella es un principio fundamental de la vida consciente. En verdad sin una lucha entre tendencias opuestas, no puede sostenerse la energía de la existencia; pero, también es científicamente imposible que esa lucha tenga siempre la misma forma. Todos los fenómenos duran por un tiempo, suben á su apogeo, decaen después, y al fin se sumerjen en un modo de ser nuevo y superior. La guerra cruenta no puede eternizarse, aunque la lucha ineruente, en infinita variedad de aspectos, esté destinada á llenar la historia del universo.

El primer paso á la supresión de la guerra sería la abolición de la conquista. Y como dijimos arriba, la libertad de la conquista ya se ha estrechado un poco desde los tiempos clásicos. Hoy un jefe militar no saldría de su país con el simple propósito de efectuar combates y anexiones, cual lo hizo Alejandro el Grande, rey de Macedonia. Actualmente se buscan pretextos de toda clase para encubrir los planes ulteriores de absorción territorial, y esta necesidad de hallar pretextos, sirve siquiera de freno á los ímpetus de los fuertes. La sanción general vela sobre los ac-

tos de las naciones, y el heroísmo marcial no es la única calidad que se acata y aplaude.

Si se lograra suprimir la conquista, la guerra quedaría grandemente limitada. Solo cuando se proscribiese la costumbre de la conquista, las contiendas se pondrían sobre la base que pretenden tener. La guerra en cuanto toca el honor y la independencia de los pueblos, se prolonga estéril y cruelmente. Necesario es que los hombres se sometan á la razón, pero no que se dobleguen ante el orgullo de una nación agena. En nombre de la razón, y persiguiendo los fines de la razón, los pueblos adelantados podrán hacer la guerra y dominar la inexperiencia de sus antagonistas—pero harán alto cuando el vencido se rinda ante el principio supremo, y no exigirán de él que abjure de su bandera. Las leyes del progreso serían tanto más claras é indiscutibles, en cuanto no se mezclaran en el concierto de las naciones la tentación ni la sospecha de rapiña. Se dice que la conquista se impone como pago de los sacrificios hechos durante la lucha y como prevención contra tropiezos repetidos en el futuro. Pero no; los mismos recursos que se emplean para sofocar hasta el último la vitalidad de una raza, bastarían para mantener los derechos que sirvieron de motivo á la disputa. La civilización del siglo XX demanda que se respete la propiedad nacional, è incalculables serían los beneficios si se observase el código de justicia aún con los salvajes.

La combinación de circunstancias que prevalece en la tierra no puede ser mejor: es decir, la emigración, y en otros la inmigración se hace condición indispensable de bienestar. Se suplen pues los requisitos de los diferentes estados. Lo único que estorba la buena marcha de los eventos es la obsesión de los cerebros que convierte todo plan de providencia nacional en un intento de conquista.

Un estado no tiene derecho á su exceso de población, pues según la naturaleza, un organismo que está en extremo nutrido, segregá de sí un ser independiente. Los emigrantes son pedazos arrojados por la fuerza centrífuga á la que ha subido la actividad en las grandes potencias, y estos pedazos pertenecen al centro que los acoge y les brinda vida nueva. En Sud-América realizase una fusión de sangre tan importante para la raza europea como á la indígena, pues si el vigor de la segunda parece ineficaz; los ímpetus vertiginosos de la primera acabaron por hacer imposible la existencia en el continente viejo.

Los gobiernos olvidan que ellos fueron instituídos solamente como medios de favorecer el bien de la humanidad. El gobierno, respecto al propio pueblo que preside, frecuentemente es un objeto de lujo ántes que un vigilante del orden general, y respecto á los países extraños, representa la vanidad de sus compatriotas, en vez de fomentar, como debía, relaciones sociales.

¿Los hijos del imperio alemán, necesitan acaso, que su gobierno, con ansiedad paternal, piense en hacer adquisiciones territoriales, para asegurar su porvenir? No; el alemán con su trabajo y sus cualidades, puede procurarse una posición completamente feliz en cualquiera localidad que no esté bajo la sombra de los águilas prusianos. Más aún, el emigrante en la mayoría de los casos, ni siquiera desea que le acompañen las leyes y tradiciones de su patria; al contrario, le deleita la plasticidad que en estados jóvenes tienen las condiciones sociales. Para logar el bien de los individuos se necesita nada más que una buena regularización internacional del comercio y de los fueros privados.

Admitido que la conquista es un recurso inútil y equivocado de la política, falta indicar que para hacer

flagrante su injusticia los pueblos pacíficos de su parte tienen que observar ciertas precauciones.

En primer lugar, hay absoluta necesidad de que los residentes extranjeros encuentren en los países sud-americanos las mismas garantías que están acostumbrados á gozar en su patria.

De todos los modos posibles hay que desvanecer la idea de que las entidades públicas de este continente son inferiores á las de Europa.

Y en tercer lugar, no se debe otorgar preferencia á nación extranjera alguna, porque el mútuo celo de las comunidades grandes, bien equilibrado, ofrece la mejor seguridad de subsistencia á las colectividades pequeñas.

La doctrina de Monroe es tan peligrosa para los sud-americanos como para los europeos. Tal como al presente está la situación en la América latina, la protección ejercida por los Estados Unidos equivale á entregar las repúblicas débiles al poder gigante de sus hermanos sajones. *No conviene excluir las potencias europeas* de nuestro continente, porque más vale sufrir las mil vicisitudes del contacto con la política universal, que el adorinercerse con la ilusión de una independencia ficticia, cobijándose bajo la flamante insignia norte-americana.

Hemos querido probar los hechos siguientes:

Que las conveniencias de los poderes comerciales coinciden con los nuestros si se elimina el principio de la conquista. Que á las repúblicas sud-americanas les toca hacer propaganda en Europa porque se respete internacionalmente el derecho de propiedad territorial, patentizando ante todo que la individualidad de los estados existentes aquí, merece ser respetada.

Al lograrse disuadir á Alemania de que la conquista es un modo de operar indispensable, se habría

prestado un servicio trascendental á la humanidad. Alemania es el país que en nuestros tiempos alimenta el espíritu del militarismo; imperio jóven, con vastos sueños de engrandecimiento, cree que su deber político tiene un carácter bélico y no solo comercial, y así arrastra á todos sus vecinos á una prolongación de la marcialidad ya agonizante. Inmediatamente se hacen notar los ecos de la iniciativa alemana en el parlamento inglés y en el discurso del Presidente de los Estados Unidos—es decir, cerca de los centros del mercantilismo.

Pero ni los males ni los bienes los engendra un solo ser. Recuerden esto los sud-americanos, que son los más interesados en que cambien las tendencias de la diplomacia europea. Hay algo que hacer de nuestra parte. Cuando nuestras repúblicas hayan removido toda excusa que pudiera haber para la intrusión extranjera, será tiempo de apelar á los alemanes para que reflexionen y no tomen sobre sí la responsabilidad enorme de ser los últimos promotores del crimen de la guerra.



VIDA Y DOCTRINA

Los temas abstractos no están fuera de lugar entre las publicaciones de actualidad política, porque difícilmente habría una idea abstracta que no influyera directamente sobre la vida práctica.

Basta una suposición metafísica para trasformar nuestras miras y nuestros actos. El budista siente un estremecimiento de respeto ante la vista de una serpiente ó de un buey, creyendo que en el cuerpo de estos animales pueda hallar albergada el alma de un parente suyo. Los cristianos, al contrario no reconocieron nada de sagrado en la naturaleza, hasta que en estos últimos tiempos los pensadores volvieron á “adivinar lo maravilloso en lo común”.

La inteligencia moderna está dominada por el darwinismo, el que mal entendido muchas veces, afecta las nociones sobre la moralidad individual y colectiva. Los prosélitos de los filósofos pesimistas abundan bajo la forma de suicidas y genios decadentes. el rigor de Tolstoi, el positivismo de Comte, el socialismo de Saint Simón, han imprimido un sello á grandes secciones de la sociedad. La duda de Nuñez de Arce deja un eco en el corazón de los españoles, mientras que las obras populares de Flamarión encienden la chispa de la exaltación en el alma de los burgueses de Francia, y llevan, traducidas á todos los idiomas,

el evangelio de la esperanza á múltiples pueblos terrestres.

Los libre pensadores ridiculizan cual hijos ingratos las religiones viejas, sin acordarse de que estas han sido la única fuerza que pudo dar la disciplina al género humano y que aún hoy contribuye de mil modos inostensibles al mejor arreglo de la conducta personal. La doctrina y la cultura son términos relativos—tenemos una cultura mahometana, una cultura católica, una cultura que prescinde de la religión, como aquella de Haeckel Spencer, Zola.

Se comprende que el Estado no puede permanecer indiferente ante las doctrinas que se predicau y que por esto legisla respecto á ellas. En Francia la prevención de los diplomáticos se dirige contra la iglesia, en Rusia y otras partes contra los propagandas perturbadoras del orden habitual. El Emperador Guillermo I dijo: "*tenemos que conservarle la religión al pueblo*". Esta frase célebre expresa á la vez un pensamiento sabio y una tontería soberbia. Es innegable que la irreligiosidad constituye un gran peligro en la sociedad, principalmente cuando se apodera de las clases bajas. Pero al mismo tiempo no se puede imponer la religión como una ley benéfica, por la simple razón de que á nadie se le hace creer lo que no cree. La absoluta libertad de conciencia pareee que no se comprendiera todavía; en el Perú mismo tenemos á muchos adalides del progreso que pretenden introducir sus ideas avanzadas *jà la fuerza!* Un fanático á quien se obliga al silencio, vale tanto como un Galileo que abjura las verdades que ha preconizado: ambos no cambian de ánimo por más que se disimule su insubordinación.

Guyau pronostica la irreligión del porvenir. Pero no le creemos, y menos al haber leído sus libros, que son llenos de una belleza, una armonía y un amor

infinitos. Al contrario, nos parece que pronto tendrá lugar un gran aumento de intensidad del sentimiento religioso, porque sin este el carácter humano descansa sobre bases insuficientes.

Sería absurdo suponer que una misma doctrina habría de convenir á todos los hombres por igual. El éxtasis de un Guyau se opera de distinta manera que el de una mujer sencilla como la joven Bernardina, que tuvo la visión de la virgen de Lourdes.

No necesitamos de una religión, sino de muchas, según la gran diversidad de entendimientos que hay. ¿Quién tendría el derecho de prohibir á un individuo las ideas que exaltan su naturaleza, aunque parezcan atrevidas ó triviales á los demás hombres?

La enseñanza religiosa tiene que adaptarse al grado de desarrollo del espíritu al cual se aplica. No haríamos bien en mandar un Spencer para que predique á los pueblos de nuestra sierra, ni en llamar á un Pedro de Amiens para que regenere á la juventud de las aulas universitarias.

Algunas personas interpretan la religión como una poesía, otros como una revelación, y otros todavía como una ciencia. Los hombres no hacen más sino retratar al universo tal como se refleja en su mente, y todos los cerebros habidos y por haber no alcanzarán á reproducir la verdad entera.

En cualquier caso, las gentes superiores deben recibir las revelaciones más completas y crear las imágenes religiosas más bellas. ¿Qué juicio nos formariamos de un médico que se contentase con poseer los conocimientos que necesita para rendir el exámen de doctor, sin seguir estudiando después para aprovechar las ideas nuevas que atañen á su ramo? No lo contaría entre los mejores de su profesión por cierto. Pues los teólogos tienen una obligación

idéntica de perfeccionar sus teorías según las adquisiciones progresivas del saber.

Las que llamamos formas bajas del culto pueden tener una gran fuerza moralizadora en las esferas bajas de la sociedad. Pero nunca debe faltar una religión que esté á la altura del pensamiento contemporáneo, no para que la acepten todos los hombres, sino para que los espíritus más avanzados tengan un objeto de fe. Hay que tener en cuenta que los incrédulos, rechazan, no el fondo, sino la forma prevaleciente de la religión. La ciencia no tiene la facultad ni de afirmar, ni de negar en lo esencial, las suposiciones metafísicas. También es un sofisma decir que solo sabemos que no sabemos nada. Tenemos bastante material que puede servir de base siquiera de una probabilidad convincente. La ciencia ha negado los dogmas antiguos, pues que ella nos dé doctrinas nuevas, ó mejor dicho, que explique en su lenguaje minucioso las verdades generales que siempre se han creído, desde Buda hasta Cristo, y desde Cristo hasta Mahoma.

¿La teoría de la evolución no abre acaso á la imaginación los horizontes de una vida eterna con sus premios y castigos? ¡El análisis científico, al buscar el principio del orden que sostiene las leyes físicas y el universo inmenso, no quita la idea de Dios!—El infierno darwiniano iguala en énfasis tétrico al infierno de Dante. La ciencia no empequeñece las cosas, sino que las agranda: desde el siglo pasado, en que tomaron mayor impulso los estudios exactos, “vemos más universo en el menor ser individual”. Se completan las vagas ilusiones respecto del cielo y la gloria, con el prospecto de una actividad interminable y ascendente.

La razón humana conoce solo dos alternativas, *la forma ó la nada*. Los antiguos fabricaron ídolos

de piedra, y nosotros tratamos de construir conceptos fisiológicos precisos, para acercarnos á los misterios del infinito.

Nos parece desde luego un hecho que las especulaciones metafísicas deben adherirse á la sociología, y que á las discusiones sobre la inmortalidad hay que asignarles un lugar en los estudios sobre la memoria.

Lo que se nos presenta en el mundo es la vida del átomo, ó sea la de las unidades finales que se agrupan y se separan según leyes determinadas y peregrinan por el espacio, causando con sus afinidades y energías misteriosas, los fenómenos visibles. Aún el vulgo llegará á aprender que el universo es un vasto sistema social, que admite de la existencia de muchas comunidades, estando las unas contenidas en las otras mutándose las combinaciones, sin perderse los elementos al pasar de una agrupación á la otra, y quedando ancho campo para la variación oportuna de los cuerpos, en lo que respecta la cualidad y el número de sus componentes. La voluntad social en su expresión suprema sería Dios. Falta probar que los corpúsculos elementales son indestructibles, y que es su voluntad y potencia propia la que les hace formar estrellas, seres, minerales ó atmósfera—pero lo creemos, y hallamos en esta hipótesis la mejor solución de muchos problemas filosóficos harto difíciles.

La memoria es el único hilo que sostiene la idea de la personalidad allá donde no hay cuerpos estables como se creía antes, sino un continuo ir y venir de elementos microscópicos. Aunque de vez en cuando ocurre en los organismos una disolución más general y violenta que la que acontece diariamente, no hay motivo para creer que la actividad mnemotíca no pueda desempeñar sus fuciones lo mismo después de la muerte que durante la vida.

Cuando sepamos más sobre los estados subconscientes del alma, tendremos por segura la inmortalidad.

Las barreras que nos opone la naturaleza son relativas y no positivas, parecidas al impedimento que erige una disparidad de idiomas entre dos seres humanos que desean comunicarse. En verdad, somos girones del eter ilimitado, núcleos animados de emociones anhelantes.

Cualquier individuo que en una época de incredulidad efectúa el renacimiento de la religión, hace una obra humanitaria. Muchas religiones tienen un código de moral que es difícil de observar, porque sus argumentos son obscuros. Esto proviene de que los pueblos persisten en obedecer las reglas que fueron adaptadas en otros tiempos y lugares. Los apóstoles persiguen, como todos los sabios, el solo fin de hermosear la vida. Ni la religión ni la ciencia deben ofuscar el sentido común, arrogándose una autoridad indebida. No hay que confundir el dogma, ni aún el más científico, con los puntos irrefutables del conocimiento, porque aquél se extiende de los hechos exactos á las conclusiones que pueden ser falsas.

Aceptando la proposición que hizo con atrevimiento un publicista extranjero, dividimos la historia de la civilización en dos épocas, la del instinto que comienza en el período prehistórico, y la de la reflexión, que data del siglo XIX.

Hoy pide el mundo el por qué de todas las cosas. No sería una deshonra para el pensador, si alguna vez se contradijese al resolver las interrogaciones, pues los hombres sinceros vacilan más en sus juicios que los superficiales. El único método por el cual se llega á dominar el laberinto de las incertidumbres, es el de estudiar los problemas en su origen, donde se presentan en su aspecto menos complejo.

Las condiciones psicológicas de la época dependen en gran parte de las teorías de algunos maestros, porque en el concepto de la felicidad mezclase mucho de lo que no es real, sino imaginativo.

La doctrina puede ser semejante á una tormenta que acumula todas las fuerzas destructoras; á una densa niebla que envuelve la verdad, ó á una luz que ilumina los objetos, glorificándolos uno por uno

Callao, 1903.

FIN DEL PRIMER TOMO



ÍNDICE.

	PÁG.
Cuatro Palabras, por Remigio B. Silva.	I/X
El Génecis científico	1
La Filosofía de la Política moderna	6
El Patriotismo	13
La muerte de una reina	19
La evolución de la moral	23
La ley de la fuerza	29
Vaticinio americano.	35
El problema de la caridad.	43
El socialismo	49
El espíritu y la materia....	57
El mundo animado	61
Analogías....	71
Inmortalidad	77
Paz	83
Arminio	90
La grandeza de la patria	97
Perspectivas	107
Optimismo y pesimismo	111
Filosofía risueña	119
Los hábitos (su misión fisiológica y psicológica)	121
Los hábitos y el hombre	127
Una corona en la tumba de Zola....	131
La cobra de Darwin.	135
Juego de Ajedrez	141
Equivalentes....	146
Egoísmo y altruismo	153
Recortes y apuntes..	162
Rasgos etnográficos	171
Roma y Chile	178
La mujer y el matrimonio.	185
Débiles y fuertes ..	189
Atrás conquistadores	193
Vida y doctrina....	198

